

DIRECTIVA DEL
ATENEIO DE EL SALVADOR

PARA 1941

<i>Presidente.....</i>	<i>Doctor</i>	<i>Lisandro Villalobos</i>
<i>Vice Presidente.....</i>	<i>Doctor</i>	<i>Nazario Soriano</i>
<i>1er. Vocal.....</i>	<i>Profesor</i>	<i>Manuel L. Escamilla</i>
<i>2o. Vocal.....</i>	<i>Doña</i>	<i>María de Baratta</i>
<i>3er. Vocal.....</i>	<i>Don</i>	<i>Julio César Escobar</i>
<i>Tesorero.....</i>	<i>Profesor</i>	<i>Baudilio Fuentes</i>
<i>Fiscal.....</i>	<i>Doctor</i>	<i>Aristides Palacios</i>
<i>Secretario.....</i>	<i>Don</i>	<i>Juan Felipe Toruño</i>
<i>Pro - Secretario.....</i>	<i>Profesor</i>	<i>Francisco R. Osegueda</i>
<i>Bibliotecario.....</i>	<i>Don</i>	<i>Manuel Alvarez Magaña</i>



DIRECTORES DE ATENEIO

Lisandro Villalobos

Juan Felipe Toruño

MIEMBROS DEL ATENEO DE EL SALVADOR

ACTIVOS – SAN SALVADOR

Alcaine, hijo, Aguilar, Alfaro, Alfaro Jovel, Alvarez Magaña, Avila, Ayala,	Ingeniero Doctor Ingeniero Profesor Señor Doctor Doctor	José Salvador Simeón Angel Jorge Manuel Julio Enrique Victorino
Baratta, Brito,	Doña Doctor	María de José Ciro
Calderón, Castro, Claros,	General Profesor Doctor	José Tomás Celestino Rafael F.
Chávez y González, <i>Arzobispo de San Salvador</i>	Rvdmo.	Luis
Durán v. de Arango	Doña	Victoria
Escamilla, Escobar, Espino, Espino,	Profesor Señor Lic. Bachiller	Manuel Luis Julio César Miguel Angel Alfonso
Fernández, Fuentes M., Fuentes, Funes,	Profesor Profesor Profesor Doctor	Juan José Ricardo Baudilio Ricardo Adán
Hurtarte M.	Profesor	Jorge
Ibarra,	Profesor	J. Esteban
Jule Gálvez,	Doctor	Joaquín
Liévano, López,	Doctor Doctor	Carlos Alberto Vidal Severo
Mejía Robledo, Molina, Monterrosa	Señor Profesor Profesor	Alfonso José Lino Carlos

Orantes Osegueda,	Profesor Profesor	José Andrés Francisco R.
Palacios, Pérez Marchant,	Doctor Señor	Arístides Braulio
Reyes Henríquez,	Señor	Salvador
Soriano, Sutter,	Doctor Doctor	Nazario Víctor Arnaldo
Toledo, Toruño,	Lic. Señor	Francisco E. Juan Felipe
Valencia Robleto, Vega y Aguilar, Vidal, Villalobos,	Profesor Pbro. Dr. Doctor Doctor	Gilberto Vicente Manuel Lisandro
Zúniga Idiáquez,	Doctor	Manuel

HONORARIOS

Araujo,	Doctor	Miguel Angel
Arrieta Rossi,	Doctor	Reyes
Benavente,	Señor	Jacinto
Gavid'a,	Señor	Francisco
Guerrero,	Doctor	J. Gustavo
Hernández Martínez,	General	Maximiliano
Mistral,	Señora	Gabriela
Orantes,	Profesor	José Andrés
Paredes,	Doctor	Juan Francisco
Stéfano,	Doctor	Habib
Vasconcelos,	Lic.	José

CORRESPONDIENTES EN EL SALVADOR, C. A.

S o n s o n a t e

Alas,	Señor	Ciriaco de Jesús
Escalante,	Doctor	Luis A.
Larín Zepeda,	Señor	Lisandro
Rivera'	Doctor	Abraham
Sifontes,	Señor	José María
Zepeda,	Señor	José Santos

S a n t a A n a

Barrios,	Doctor	Gerardo
Court,	Doctor	Anacleto
Escalón,	Doctor	José
Reyes,	Doctor	Franco. Antonio
Turcios,	Doctor	Secundino
Vides,	Doctor	Federico
Vides,	Bachiller	Ricardo

Ahuachapán

Argüello Señor Agenor

San MiguelOsegueda, Señor César Augusto
Peccorini Doctor Atilio**Santa Tecla**

Núñez, Doctor Rogelio

Juayúa

Jerez Doctor Máximo

San Martín

Román Peña, Pbro. Miguel

Ilobasco-Cabañas

Navarrete, Doctor Vicente

Morazán-(San Francisco)

Turcios, Dr Inf. David

Quezaltepeque

Rodríguez Canizalez, Señor Saturnino

Usulután

Osegueda, Señor Napoleón

CORRESPONDIENTES EN EL EXTERIOR**Argentina-Buenos Aires**

Busto,	Señor	Gumersindo
Díaz,	Señor	Leopoldo
Gissott,	Señor	Emile
González Arrilli,	Señor	Bernardo
Laudet,	Señor	Enrique
Marasso Roca,	Doctor	Arturo
Peña	Doctor	David
Ugarte,	Doctor	Manuel

Alemania

Bjorkman,	Doctor	C. V. E.
Bjorkman,	Señora	María de

Bolivia

Arguedas, Señor Alcides

Diez de Medina,	Señor	Eduardo
Jaime Freyre,	Señor	Ricardo
Villalobos,	Señor	Rosendo

B r a s i l—Río de Janeiro

Aranha,	Señor	Gracca
Bocanera, Junior,	Ingeniero	Silio
Diniz,	Señor	Amachio
Neumayer,	Doctor	Maximus
Ruiz,	Señor	Gustavo A.

C o l o m b i a

Girón Camargo,	Señor	Gabriel	Bogotá
Grillo,	Señor	Max	"
Guerrero,	Señor	Pascual	"
Londoño,	Señor	Victor M.	"
Morales,	Señor	J. Angel	"
Prado,	Señor	Manuel A.	"
Sanín Cano,	Señor	Baldomero	"
Solano Guzmán,	Señor	Gustavo	"
Nieto,	Señor	Ricardo	Calí
Valencia,	Señor	Guillermo	Popayán

C o s t a R i c a

Barrionuevo,	Señor	Joaquín	San José
Cruz Meza,	Licdo.	Luis	"
Valle	Doctor	Miguel del	"
Jiménez Oreamuno	Licdo.	Ricardo	"
Sotela	Licdo.	Rogelio	"
Zeledón (Bill),	Señor	José María	"
Zúñiga Montúfar,	Licdo.	Tobías	"

C u b a

Cañellas,	Señor	Francisco	La Habana
Catalán,	Doctor	Ramón R.	"
Peralta,	Señor	A.	"
Vitier,	Doctor	Medardo	"
Byrne,	Señor	Bonifacio	Matanzas

C h i l e—Santiago

Bórquez Solar,	Señor	Antonio
Lillo,	Doctor	Samuel A.
Lisoni	Doctor	Tito V.
Prado,	Señor	Pedro
Vega,	Señor	Daniel de la

E c u a d o r

Andrade Coello,	Señor	Alejandro	Quito
-----------------	-------	-----------	-------

Barrera,	Doctor	Isaac J.	..
Campos,	Señor	José Antonio	..
Muñoz,	Señor	José E.	..
Viteri Lafrontera,	Señor	Homero	..

E s p a ñ a

de Ori,	Señor	Eduardo	Director de la Revista «España y América».
Figueras,	Ing. Pbro.	José	Madrid
García Ontiveros L.,	Doctor	Luis	..
Jiménez,	Señor	Juan R.	..
Rueda,	Señor	Salvador	..
Vehils,	Doctor	Rafael	..

Estados Unidos de Norte América

Brainerd,	Miss	Heloisse	Washington D. C.
Cáceres,	Señor	Julián R.	..
Cerón Camargo,	Doctor	Tomás	..
Fortuol Hurtado,	Señor	P.	..
Rowe,	Doctor	Leo S.	..
Recinos,	Licdo.	Adrián	..
Tablada,	Señor	José Juan	..
Urbizo Vega,	Señor	Benjamín	..
Estrada Orantes,	Licdo.	Félix	New Orleans
Gregg,	Doctor	John Robert	New York
Haller,	Doctor	H. P.	New York

F r a n c i a

Calderón García,	Señor	Ventura	París
Coll,	Señor	Pedro Emilio	..
Zumeta,	Señor	César	..

G u a t e m a l a

Aguirre Velásquez,	Doctor	Eduardo	Guatemala
Arévalo Martínez,	Señor	Rafael	..
Castañeda,	Licdo.	Ricardo C.	..
de Jongh Osborne,	Señora	Lily	..
Górriz v. de Morales,	Profesora	Natalia	..
Figuroa,	Señor	Salvador M.	..
Mathus,	Profesor	J. Conrado	..
Rodríguez Beteta,	Licdo.	Virgilio	..
Rodríguez Cerna,	Licdo.	José	..
Tresseras,	Hermano	Buenaventura	..
Contreras B.	Doctor	F.	Cobán

H o n d u r a s

Avilés Pereira,	Doctor	Hermógenes	Tegucigalpa
Coello,	Doctor	Augusto C.	..
Díaz Chávez,	Ing.	Rafael	..
Durón,	Licdo.	Rómulo E.	..

Gómez Romero,	Señor	Antonio	„
Guardiola,	Licdo.	Esteban	„
Mejía Colindres,	Doctor	Vicente	„
Mejía,	Señor	Vidal	„
Morazán,	Profesor	Miguel	„
Navas,	Señor	Alejandro	„
Ochoa Alcántara,	Señor	Antonio	„
Salgado,	Licdo.	Félix	„
Urrutia,	Licdo.	Ricardo de J.	„
Zúniga,	Licdo.	Luis Andrés	„
Zúniga,	Doctor	Manuel G.	„
Escalante,	Doctor	David	San Pedro Sula
Gamero de Medina,	Señora	Lucila	Danlí, Pa- raíso
Padilla,	Señorita	Visitación	Ciudad Gra- cias
Turcios,	Señor	Salvador	Comayagua
H o l a n d a			
Dausted,	Doctor	Antonio Pietri	Amsterdam
H u n g r í a			
Thot,	Doctor	Ladislao	
I n g l a t e r r a			
Angell,	Señor	Norman	Londres
M é x i c o			
Gravioto,	Tenel.	Adrián	San Pedro de Los Pinos, D. F.
Cisero,	Ing.	Raúl	México D. F.
Madero,	Ing.	Julio I.	„
Núñez y Domínguez,	Doctor	José de J.	„
Pavía,	Doctor	Miguel	„
Prado,	Doctor	Enrique E.	„
Rosado Vega,	Señor	Luis	„
Torrea,	General	J. Manuel	„
Valenzuela,	Doctor	Samuel	„
Valle,	Señor	Rafael Heliodoro	„
Palavicini	Ing.	Félix	„
N i c a r a g u a			
Avilés,	Señor	Juan R.	Managua
Barquero,	Doctor	Antonio	„
Evertsz,	Señor	Luis H.	„
López Pineda,	Doctor	Julián	„
Miranda,	Doctor	César Virgilio	„
Olivares,	Doctor	José T.	„
Rivas,	Señor	Gabry	„

Robleto,	Señor	Heren	"
Barreto,	Doctor	Simón	Matagalpa
Mendieta,	Doctor	Salvador	Diriamba
Barreto P.,	Señor	Mariano	León
Pallais,	Pbro. Dr.	Azarias H.	León
Terán,	Señor	Ulises	León

P a n a m á

Porras	Doctor	Belisario	Colón
Geenzier,	Señor	Enrique	Colón

P a r a g u a y

Báez,	Doctor	Cecilio	Asunción
Campos,	Profesor	Alfonso A.	Asunción

P e r ú

Barreto,	Señor	José María	Lima
Callorda,	Doctor	Pedro Erasmo	Lima
Palma,	Señor	Clemente	Lima
Tovar y R.,	Señor	Enrique D.	Lima

P u e r t o R i c o

Abril,	Señor	Mariano	San Juan
Balbas Campo,	Señor	Vicente	San Juan
Muñoz Morales,	Señor	Luis	San Juan
Torres,	Señor	Luis Llorena	San Juan

R e p ú b l i c a D o m i n i c a n a

Freites Roque,	Señor	Arturo	Sto. Domingo
Henríquez Ureña	Doctor	Max.	"
Henríquez y Carbajal,	Doctor	Federico	"
Lugo,	Doctor	Américo	"
Morel,	Señor	Emilio	"

U r u g u a y

Ferreiro y P.,	Señor	Eduardo	Montevideo
García Santos,	Señor	Francisco	Montevideo
Martínez,	Señor	Alfredo E.	Montevideo
Pérez Petit,	Señor	Victor	Montevideo
Vaz Ferreira,	Doctor	Carlos	Montevideo

V e n e z u e l a

Blanco Fombona.	Señor	Rufino	Caracas
Carbonel,	Doctor	Diego	Caracas
Dávila,	Señor	Vicente	Caracas
González,	Doctor	Eloy G.	Caracas
López,	Señor	Castro Fulgencio	Caracas
Parra,	Doctor	Caracciolo	Caracas
Revoillo y Sámper,	Señor	Andrés	Caracas

ATENE O

ORGANO DEL ATENE O DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Directores: Doctor Lisandro Villalobos — Juan Felipe Toruño

Redacta: Juan Felipe Toruño

Tercera Epoca. No. 151

San Salvador, El Salvador, Agosto de 1941

Año X X X

EL MAESTRO SALVADOREÑO

Nuestra cultura nacional debe su mayor porcentaje de adelanto al maestro, tipo digno de estudios más detenidos en los diversos aspectos constitutivos de su personalidad como miembro integrante del Magisterio del país, sector colectivo de presencia más ostensible en el proscenio de nuestras actividades sociales, merced a su número y a las reglamentaciones disciplinarias de su trabajo oficial.

Prescindiendo de la charlatanería intrigante y audaz, que por desgracia merodea en gran escala en el campo del Magisterio nacional (pirateando sueldos y ultrajando reputaciones nobles), existe abundante cifra de maestros vocacionales y de preparación suficiente, para hacer del núcleo especializado de la cátedra una actividad de mayor rendimiento cultural.

Hasta ahora, la suerte del Magisterio ha sido ingrata y desgraciada; porque supeditado el maestro a los caprichos de funcionarios del ramo educacional, que con raras excepciones, han estado generalmente representados por personas indocumentadas y anónimas en el mundo de la Enseñanza, su trabajo se ha encaminado por impulsos rutinarios aunque con las naturales variantes de la iniciativa individual del mentor, que como todo artifice siente las aspiraciones innovadoras del genio en perpetua crisis de inquietud y de inconformidad.

Salta entonces, a primera vista, que las energías comunes de los profesionales de la Enseñanza, no han podido aprovecharse eficazmente en una obra cultural de acción conjunta y de maciza y duradera estructura; porque no se ha logrado todavía sistematizar el empeño oficial, mediante principios de definida orientación técnica y francamente patriótica. Se ha caminado al acaso, sin la brújula que señala el rumbo a la planta resuelta, que sabe de antemano hacia dónde va...

Por otra parte, los individuos que militan en el ejército del Magisterio asalariado, no han conseguido crear dentro del interés común, espontáneo en todo grupo, un vínculo gremial de fuerte e inquebrantable solidaridad, lazo feji-

do con la fibra poderosa de las convicciones unifarias, que forja en las asociaciones humanas la conciencia de clase y el sentimiento de las íntimas fraternidades.

Seguramente, que cuando el Magisterio salvadoreño, tenga una dirección de auténticas responsabilidades y de sana y legítima espiritualidad, su labor será de mayor y de más efectivo provecho para los ideales regeneradores del patriotismo.

Además, llegará un día en que sus guarismos particulares harán examen sereno de la realidad presente, comprendiendo al fin que el esfuerzo individual casi siempre se torna infecundo en las tierras áridas del aislamiento. Es sonido que se pierde en el silencio de la noche. Simiente que no germina en el desamparo de la era abandonada. Y la cooperación fraternal y la coordinación de intereses, facilitarán el desarrollo del espíritu de clase, cohesión del grupo, que podrá entonces imprimir carácter propio y señalar tendencias a su altísima misión de cultura nacional.

El respeto para cada uno de sus miembros en particular y para la entidad en conjunto, sería una de las inmediatas consecuencias saludables de la organización gremial del Magisterio, para quien anhelamos un porvenir fecundo y glorioso, hecho de responsabilidades conscientes y definidas, de estímulos creadores y de sinceras pleitesías comprensivas de su importancia insustituible como factor decisivo en las tareas propulsoras de nuestro engrandecimiento patrio.

Esta falta de organización, de que hasta hoy, ha padecido la masa de maestros regnicolas, permite contemplar el triste espectáculo de un cuerpo magro, que puede ser robusto, fuerte y emprendedor, mediante una disciplina unánime en la acción y una comunidad de aspiraciones en el ideal.

El «Ateneo de El Salvador», sabe a fondo, que el maestro salvadoreño es poseedor de una fuerza admirable generadora de grandezas nacionales; y que en el alma de la colectividad magisterial existe un rico venero de virtudes apostólicas, incomprensidas y, por largo tiempo, talvez insospechadas. Y quiere el Ateneo hacer llegar ahora al corazón del maestro salvadoreño el eco de sus ansias de cultura nacional, vibrando insinuaciones de reivindicación colectiva, en su espíritu de constantes sacrificios....!.

LISANDRO VILLALOBOS.

Día del Maestro—Año de 1941.

INTELECTUALES NICARAGÜENSES EN EL SALVADOR

Dr. HERMOGENES AVILEZ PEREIRA

Sean mis primeras frases, de agradecimiento por el alto honor que se me discierne al admitirme entre sus Socios de Número, la prestigiada entidad del Ateneo del Salvador, honor, que como el mejor estímulo, será un acicate para avivar mis energías espirituales en el campo de las letras un tanto adormecidas aquéllas por el ajetreo de la diaria lucha.

He escogido como tema para esta noche de trascendentales proyecciones en mi vida, «LOS INTELECTUALES NICARAGÜENSES EN EL SALVADOR».

Con ello he querido, al par que llenar una ritualidad, el que quede consignada, siquiera someramente, a manera de precioso inventario en los archivos de esta Benemérita Institución de Esfuerzos y Realidades Culturales, los nombres de aquellos compatriotas que han laborado en esta hermana Tierra en el campo de las letras y las ideas.

Ocasión más oportuna no he podido encontrar para rendir un público testimonio de agradecimiento por la generosa acogida que se ha dado a los intelectuales de mi país que han encontrado siempre en El Salvador: ambiente, pan y afectos.

Dígalo si nó RUBEN DARIO, nuestro poeta máximo, que aquí sintió su romance de amor al encontrar aquella alma gemela de la suya, delicada y sensitiva, que se llamó Rafaela Contreras Cañas y por quien

En el Ateneo



El 25 de mayo del año próximo pasado fue incorporado al ATENEO DE EL SALVADOR el doctor Hermógenes Avilez Pereira, quien desempeñaba el elevado cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Nicaragua en El Salvador.

Antes de la incorporación, el doctor Avilez Pereira dió lectura al trabajo que va en esta revista: INTELECTUALES NICARAGÜENSES EN EL SALVADOR. Es un recorrido de nombres y de actividades, de actuación y valorización de quienes al amparo de la bandera salvadoreña, insignia de patria, dieron su saber y laboraron por la cultura en diferentes formas.

Es una panorámica la que este hombre de

sintiéndose en un estado psíquico extraño: orgulloso y tímido, soberbio y subyugado a la vez, exclamó en sus versos:

*"Nada más triste que un titán que llora
Hombre montaña encadenado a un lirio"*

Y sintiéndose titán, ese Hombre Montaña rindió su corazón, como ya había rendido su pensamiento a la delicada flor, «Stella», tal el nombre literario de Rafaela, a quien en una

letras hizo, con pinceladas oportunas en esta hora de fraternización y de concentraciones cordiales para América.

El doctor Avilez Pereira es una inteligencia bien cultivada, un talento de contornos firmes, conocedor del secreto que en sus entrañas guarda el arte, moldeador del pensamiento, cuentista de penetraciones psicológicas.

Esa noche, en la Universidad Nacional se congregaron eminentes personalidades para escuchar la reseña que hiciera quien ya quedó también catalogado en el desfile de valores que han vivido en El Salvador y que han estrechado vínculos haciendo duradero el abrazo que une a estas porciones de tierra centroamericana.

En ese recorrido valorístico figuran en el ambiente cuscatleco, desde el Príncipe de la poesía castellana, Rubén Darío, hasta el que escribe estas líneas. De todos es sabido que Rubén Darío pasó aquí los primeros años de su juventud, que aquí contrajo matrimonio, que enseguida fuese para Chile, pasando por Nicaragua, abriéndose después el espacio ilimitado para su fuerza creadora.

El doctor Avilez Pereira fué largamente aplaudido por el apretado público que lo escuchara, habiéndole contestado el Miembro Activo, eminente internacionalista y ex-Secretario de Relaciones Exteriores, doctor Manuel Castro Ramírez, quien con la elocuencia proverbial de él, interpretó de modo exacto el pensamiento de Avilez Pereira. Al terminar, ambos disertantes fueron abrazados por personas de las que estaban presentes.

El ATENEO DE EL SALVADOR contó con la cooperación del distinguido hombre de letras durante su actuación como Miembro Activo, ya que ahora ha pasado a ser Miembro Correspondiente en Honduras, a donde el Gobierno de Nicaragua tuvo a bien trasladarlo en el desempeño de importantes funciones.

mañana de junio de 1890, floreciendo en ilusiones y azahares, la llevó al ara de Dios, entrelazando para siempre sus vidas y esperanzas, hasta que más tarde, cuando el blanco lirio se había agostado al frío beso de la muerte, preguntara a sus otros hermanos «Los lirios de las enunciaciones» y «A las blancas dianas de los parques ducales»: ¿Has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella, la hermana de Ligeia, por quien mi canto a veces es tan triste?».

Llegó Rubén Darío a El Salvador cuando se agitaba en la opinión pública centroamericana, uno de tantos loables intentos de la idea unionista.

Se editaba en esos días «La Unión», diario cuyo primer Redactor fue don Rafael Reyes, y que a la época en que llegara Rubén Darío, era dirigida por el sabio Santiago I. Barberena, quien sintiéndose cansado de la ardua labor, confió su Dirección al Poeta, que en compañía del periodista Tranquilino Chacón, emprendió una denodada campaña centroamericanista.

Este diario — escribía Darío — «flameará como una bandera y sonará como un clarín». Queremos ver brillar la nueva aurora y esfumarse las fronteras el día de la gloriosa fiesta triunfal».

«Que vuestro pensamiento ¡Oh Morazán! Oh Barrios! Oh Cabañas! Oh Jerez! sea una explosión de luz en la noche de nuestras divisiones.

Haya franqueza, haya fraternidad!

Todo el jugo de nuestras venas y toda la vida de nuestro cerebro y todo el ardor de nuestra alma los colocamos en aras de la unión y por ella lucharemos y a su abrigo levantamos nuestra tienda.

Pensadores: que en vez de las

sombrias nubes que ha amontonado el separatismo, vuelen vuestras ideas vencedoras a los altos ideales como águilas bajo relámpagos!».

Hermosas palabras henchidas de juvenil entusiasmo que dicen cómo bajo el radiante nimbo de luz del poeta ardía el corazón de un auténtico patriota.

Y cual si fuera poco para mostrar su espíritu de ardiente centroamericano, más tarde en su «CANTO A LA UNION DE CENTROAMERICA» escribió la inmortal estrofa:

*"Cuando las plumas juntas forman una ala;
cuando la Patria, espléndida, viste de gala;
cuando el pueblo contempla nubes espesas,
rasgadas con relámpagos y Marsellesas;
cuando en una bandera cinco naciones
junten sus esperanzas y pabellones;
entonces, de los altos espíritus en pos,
es cuando baja y truena la voluntad de Dios"*

Pero aún es «la media noche» de Jerez, y, mientras en los labios del inocente niño y en el pecho de la viril juventud del istmo esa estrofa no sea más que un canto de esperanza, diremos al Aeda la frase de Shakespeare: «Good night, sweet Prince», que algún día has de despertar «cuando baje y truene la voluntad de Dios».

Fué en 1890 cuando Rubén trabó amistad, quizá favorecida por sus similares tendencias y la exquisitez de sus espíritus, con el más alto representante de la intelectualidad salvadoreña: me he referido a Francisco Gavidia, cuya amena y docta charla me ha regalado inefables horas en que el sabio Maestro, al narrarme aquellos días, ha sentido renacer en su alma, las horas lejanas de la rosada juventud.

Fueron también camaradas del portalira nicaragüense en aquella

época: Francisco Castañeda, castizo y galano hombre de pluma; el ilustre Masferrer; el delicado poeta Vicente Acosta y el no menos Aquileo T. Echeverría, costarricense, ameno y popular autor de «Concherías».

Entre el selecto número de amigos del Poeta, culminaron por las bondades que le prodigaron: el entonces Presidente de la República, General Francisco I. Menéndez, noble impulsor de la Instrucción Pública, y para quien, como una devota ofrenda a su carísima memoria, en un gesto de agradecimiento a quien fué su espléndido Mecenaz, escribió estos versos que no me resisto a dejar de leer:

M E N E N D E Z

*"Los que vieron la patria bandera
empapada en la sangre de Junio,
los que oyeron vibrar los clarines
en la diana del lívido triunfo;*

*Los que al vivo relámpago-trágico
que recorre la historia del mundo,
vieron llenos de horror a Espartaco
y de duelo al espectro de Bruto;*

*Los que miran tu límpido nombre
como enseña de honor y de orgullo,
hoy presentan las armas al paso*

*del arcángel vestido de luto
que es guardián del laurel de tu gloria
en la tierra en que está tu sepulcro".*

También tuvieron para el Vate Nicaragüense la gracia de sus atenciones oficiales y lo mejor de su buen afecto: Juan Bautista Magaña, Secretario Privado del ilustre citado Mandatario; Rafael Reyes, historiador y publicista; Luciano Hernández, vigoroso orador, laureado con las Palmas Académicas y hombre de carácter y decisión.

Darío recordaba con singular delectación su estancia en Sonsonate bajo la solariega sombra del hogar

de los hermanos, Doctores Rubén y Abraham Rivera.

Fué en esa Ciudad pintoresca, bajo el ambiente de plácida verdura, donde son dulces las frutas y más dulces sus mujeres, rememorando a su amigo, don Pedro Balmaceda Toro, de la noble tierra del Arauco (tan acogedora y fraterna y querida y admirada por los nicaragüenses) donde escribiera su libro «A de Gilbert» como un tributo de gratitud a su memoria.

Fué en esos campos soleados y aromados con el vaho de sus vacadas, en donde los pájaros tempraneros hacen dúo al rumor de sus cuatrocientas fuentes, donde quizá nostálgico de las mañaneras horas de sus campiñas leonesas escribiera aquel cantar:

*"Qué alegre y fresca la mañanita
me agarra el aire por la nariz:
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita
junto a la piedra muele maíz".*

Allí, en Sonsonate encontró la fraterna amistad de otro nicaragüense, *Pastor Valle*, redactor de la importante publicación «Los Debates».

Hay mucho que escribir sobre los días de Rubén Darío en El Salvador; pero he de limitarme porque tal lo impone el reducido marco de algo así como una revista de nuestros valores mentales en esta tierra, para dar lugar a citar, aunque sea ligeramente, los nombres de otros hijos de Nicaragua que han hecho aquí labor literaria y cultural.

JOSE MADRIZ, la más alta figura política de la historia contemporánea de Nicaragua. Su nombre es un símbolo. Si se quisiera expresar en una sóla palabra: nobleza de espíritu, esclarecido talento, basta ilustración, carácter acerado, honradez,

sinceridad, abnegación y bondad, corazón abierto a los más delicados sentimientos y a las más altas aspiraciones, y, a tan raras virtudes personales añadir, si esto se quisiera, los dotes de un gobernante modelo: patriotismo auténtico, elevación de miras, voluntad puesta a toda hora al servicio de los generales intereses, ecuanimidad y tolerancia, espíritu de sacrificio, probidad, culto amplio a la libertad y a la democracia, todas estas bellas cualidades de hombre, del ciudadano y del mandatario, no habría necesidad de inventar un vocablo, lo tenemos, reunidos esos raros dotes en un admirable consorcio y en su más alto grado, en el nombre de ese eminente Patricio de América: MADRIZ.

Madriz, grande aún en sus infortunios. Fué la víctima propiciatoria de una de las épocas más dolorosas de nuestra Historia. Blanco cordero extraviado entre una jauría de chacales. Hombre superior a su ambiente y a su tiempo, no fué comprendido y por eso, Abel en nuestras desgraciadas rencillas, fué sacrificado en aras de odios y ambiciones injustificados.

Donde quiera que sus actividades se desarrollaron se impuso por sus propios méritos: fué de los que honraron a los puestos; no de los que éstos enaltecen. Descolló en todo: como político, como orador, como diplomático, como escritor, como polemista, como catedrático.

Soñador y caballero, no supo de las componendas de nuestra política criolla. No conoció las veredas, transitó siempre por los caminos reales de la honradez, de la rectitud y de la justicia.

Como Abogado, dió lustre a la toga. Aún se recuerdan con admira-

ción sus luminosos alegatos en los Tribunales salvadoreños. Abogado Consultor del Gobierno del General Regalado lo fué también de algunos Bancos, de fuertes Casas y particulares, ejerciendo su profesión con éxito en esta República. Varias veces Magistrado de nuestras Cortes, desempeñó con brillantez el alto cargo de Magistrado de la Corte de Justicia Centroamericana, cronológicamente el primer Tribunal Internacional que ha existido en el Mundo y del cual formó parte; también, esa robusta columna del foro centroamericano el eminente jurisconsulto e internacionalista salvadoreño, Doctor Manuel Castro Ramírez, prestigio auténtico de la toga, señor de la palabra, ya como elocuentísimo orador, ya como escritor de hermosos y eruditos pensamientos y uno de los más destacados Miembros, no sólo del Ateneo de El Salvador, sino de la sólida intelectualidad americana, y cuya es su presencia aquí en esta noche, siendo el vocero del Ateneo en el acto de mi incorporación: es un alto honor que aprecio en sumo grado y que estimulándome nunca podré agradecer lo bastante.

Madriz, como un roble en la montaña, cayó para siempre en tierra hermana, bajo el verde nopal del águila azteca, cual si quisiera que el color esmeralda donde hinca sus garras el ave del Anahuac, fuera el símbolo de la esperanza en mejores días que el destino negara a sus ansias de patriota.

La Universidad de León y de San Salvador le contaron en el número de sus prestigiados académicos. Desempeñó en su patria elevados puestos del gobierno, desde Presidente de la República y la representó ventajosamente como Ministro en

México y en Washington; pero su mejor obra, donde más destacó sus no superadas dotes de diplomático, patriota y estadista, fué en la reincorporación de La Mosquitia al territorio nicaragüense.

Nicaragua estaba mutilada. Fué la audacia de Zelaya impulsada por el talento de José Madriz los que la completaron llevando en una gloriosa jornada al ejército nicaragüense, pequeño y mal armado, ante las huestes del imperio más vasto del mundo; pero grande por la justicia de su causa y por la fuerza indomable del patriotismo del soldado nicaragüense, que no mide la estatura del adversario, lo deficiente de sus armas, ni la magnitud del sacrificio, cuando por la patria tiene que luchar y debe de morir!

Madriz fué el que con fe ciega en nuestro derecho, hizo que flameara nuestra bandera azul y blanca, frente a la rugiente amplitud del Atlántico, cual si el espíritu esclarecido del Gran Patricio hubiera querido dar por fronteras a su patria, algo tan grande como el amor que sentimos por nuestro suelo: la inmensidad inconmensurable de los mares!

Ese pedazo de tierra nicaragüense surcado por gigantescos ríos, cuyos caudales, tantas veces, en horas heroicas, dignas de epopeyas, se han visto acrecentados por nuestra sangre, precio de redención y libertad; en cuyas playas se posaron un día las plantas de Colón, es el mejor pedestal en donde se alza la prócera y blanca figura de José Madriz.

Justo es confesarlo y proclamarlo muy alto: que de nada hubiera servido la intención patriótica de Zelaya y José Madriz si no hubiera estado respaldada resueltamente por la invicta espada del General Rigo-

berto Cabezas, ciudadano íntegro, militar pundonoroso que fué y será honra y prez de las armas nicaragüenses y el que, ejecutor de la reincorporación de la Mosquitia, hizo de su espada la acerada aguja que unió ese rico jirón de la República al mapa de nuestra Patria.

Otros jurisconsultos nicaragüenses han también esparcido aquí el radiante fanal de sus luces:

MODESTO BARRIOS, abogado y orador eminente, que hizo un estudio comparativo entre las leyes penales de El Salvador y las de Nicaragua, fué también catedrático de esta Universidad.

TOMAS y ALFONSO AYON, dos cumbres del foro centroamericano, historiadores y escritores de fuste y de castiza dicción. El primero Ministro de Instrucción Pública de El Salvador, cuyo retrato ha lucido como la mejor gala de estas aulas. Honra a su tiempo, a su Patria y a su nombre.

MARIANO BARRETO, eminente filólogo reputado y aplaudido como tal más allá de nuestras fronteras. Con una copiosa obra que le acredita como uno de nuestros vigorosos publicistas, y de quien la gran autoridad de Menéndez Pelayo dice: «Es una honra para las letras castellanas la presencia de Mariano Barreto en ellas».

En el campo del periodismo ha sido profícua y bellamente hermosa la labor de los nicaragüenses en El Salvador, cabiendo la honda satisfacción de decir que a donde quiera que el nicaragüense se ha aparecido, como director o redactor de diarios y revistas, ha cumplido estrictamente con la máxima del gran periodista estadounidense Walter Williams: «Nadie debe de escribir como perio-

disto lo que no puede decir como caballero».

Y al decir periodista viene a mí la figura acicalada, gentil, de ROMAN MAYORGA RIVAS, Padre del moderno Periodismo en Centro América. El Diario del Salvador, como obra y como esfuerzo, es motivo de orgullo para las publicaciones de América.

MAYORGA RIVAS, dulce portadora a quien llamó Darío hermano y «Poeta de arpa de oro y de melodioso cristal», vino a transformar por completo el diarismo primitivo, imprimiéndole nuevos rumbos ideológicos, y, en lo material, factura y presentación modernas; mentalidad superior, Mayorga Rivas supo abordar las más difíciles situaciones y salir airado en ellas.

En su Patria desempeñó con prestigio altos puestos oficiales y diplomáticos. En Río Janeiro formó parte de la delegación salvadoreña en aquella gran justa continental.

La fascinante placidez de la bahía en que, cual gigantesco centinela vigila el Pao de Assucar, pedazo de cielo volcado en la tierra, algo que no puede describirse, paisaje maravilloso que los que hemos tenido la dicha de contemplarlo en una de esas tardes incomparables de Capacabana, no lo podremos olvidar jamás; esa riente ribera del sur, fué más de una vez panorama inspirador del alma delicada de Mayorga Rivas, cuando en admirable concurso con Rubén Darío y Juan Ramón Molina, formaban una trinidad espléndida de mentalidades.

Motivo de justo orgullo para mí, como centroamericano fué cuando en la Redacción de La Prensa de Buenos Aires, oí de labios del gran periodista de la tierra de Washing-

ton, Herbert Gunnisson, catalogar entre los primeros diaristas del Continente a Román Mayorga Rivas, a lo que asintió, colmándole de elogios, la gran figura de Jorge Mitre, el más caracterizado y alto quizá, de los más altos periodistas argentinos. Sólo eso vale como una consagración, toda vez que del norte hasta el sur, los clarines de la fama han hecho resonar el nombre de nuestro compatriota.

Y ya que he hablado de consagraciones, he de repetir ahora lo que dijera, cuando el gesto simpático y enaltecedor del dinámico y progresista Alcalde, Melara Estrada, bautizara a una de las importantes arterias ciudadanas de esta capital con el nombre de «RUBEN DARIO», y refiriéndome en aquel entonces a Mayorga Rivas: «Justo es que cese ya la espera del mármol que, hace tiempos, aguarda el golpe del cincel que habrá de surgir de la piedra de inmortalidad, la destacada figura del creador del periodismo en la América del Centro».

Y como siguiendo las huellas de este *pioner* se anotan en las lides del diarismo de El Salvador los nombres de los nicaragüenses: ROSENDO DIAZ GALEANO, Director del Diario de Occidente, diarista de reconocido mérito, CARLOS SELVA, ALEJANDRO MIRANDA, J. CONSTANTINO GONZALEZ, SALOMON DE LA SELVA, ROBERTO BARRIOS, ALBERTO GARCIA, J. AGUSTIN MEZA, escritores de enjundia y acerada pluma, de espíritu combativo que, al desplegar sus banderas de guerra, pregonan siempre la victoria en los campos hermosos de la idea.

FRANCISCO JAVIER MEDINA, de honradez acrisolada, econo-

mista insigne y patriota más insigne aún; PEDRO ROA, humorista; HELIODORO BARRIOS, satírico; RAMON QUESADA, científico y literato de quien pudiera decirse lo que de Campoamor dijera el gran Rubén:

*"Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que, volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón".*

GUILLERMO J. DAWSON y SAMUEL DAWSON, fundadores de El Progreso de Centro América, una de las primeras revistas ilustradas que han aparecido en El Salvador. CONSTANTINO SANCHEZ, Director y Redactor de Patria.

FRANCISCO BRIONES LUGO, EMILIO NARVAEZ GARCIA, dinámicos y acusiosos; FRANCISCO RAMIREZ SACASA, oro en el corazón y oro en el cerebro, LEONARDO MONTALBAN, LUIS ALBERTO CABRALES, cultivadas inteligencias que han espijado con éxito en el campo de nuestra literatura indígena y de nuestra Historia pretérita y contemporánea. FELICIANO GOMEZ H., castizo, autor de varios dramas de mérito; JOSE IGNACIO SALLINAS, el chispeante Nachín, ingenioso y fecundo, poeta de sentimiento e inspiración; LUIS ALBERTO ORTIZ, dormido para siempre bajo la luz fraterna de la estrella solitaria del Arauco; ARCADIO CHOZA, SALVADOR RUIZ MORALES, ruiseñores de nuestras selvas también caídos en tierra hermana; ALEJANDRO BERMUDEZ, formidable orador de robusta y brillante imaginación, cuyas palabras que eran:

ya como surtidores de luz, como cascadas de perlas, ya como rugidos de mar o estallidos de tormenta, le hacían dueño de las almas; GUSTAVO ALEMAN BOLANOS, de espíritu inquieto y dinámico; JOAQUIN MACIAS SARRIA, exquisito y señorial; poseedor de varias lenguas, fue traductor del Diario Latino; ENRIQUE Y GUSTAVO GUZMAN, críticos y novelistas aplaudidos no sólo en América, sino aún en la Madre Patria; JOSE SANTOS TORUÑO, escritor, pedagogo de sabias y profundas enseñanzas; LEON AGUILERA, poeta cargado de aplausos y lauros y cuya labor, si bien prolongada y bastante, es aún prometedora de más, para bien de la República de las letras; HERNAN ROBLETO, que así como escribió delicados madrigales ayer, hace surgir ahora poemas de piedra en la decoración y embellecimiento capitalinos, desde lo alto de su curul del Gobierno Local de Managua; SOFONIAS SALVATIERRA, estudioso, erudito, en sus ansias de saber: en un práctico patriotismo ha ido a abreviar su sed en los viejos Archivos de Europa, frutos de cuyas investigaciones, son varios volúmenes que han enriquecido la bibliografía americana; SALVADOR CALDERON RAMIREZ, castizo escritor, historiador, maestro, pensador de fácil y amena palabra, de figura caballeresca que hace evocar a los Hidalgos de la vieja España cuyos mejores blasones podría ostentar con ventaja. Sus producciones han merecido el honor de la traducción, ya que pocos escritores de nuestra hermosa lengua, como él, son poseedores del maravilloso secreto de arrobar las almas con el encanto de sus narraciones y quien, así como

Víctor Hugo escribiera en la Albión su obra «Los Genios» para pregonar por el mundo la vigorosa fecundidad de la intelectualidad inglesa, como un reconocimiento por la hospitalidad que le dieran los cielos grises de la «Reina de los Mares», Calderón Ramírez, para pagar en algo la acogida cordial que esta tierra hermana le ha ofrecido, ha dado a las bellas letras su brillante estudio sobre el insigne General Bellosó, estudio justamente laureado en un certamen literario, «ARRIBA EL SALVADOR», tal el nombre de la obra, es lo suficiente para respaldar cualquier fama como hombre de pensamiento.

SALVADOR MENDIETA, continentalmente reconocido como el líder más destacado de la unión centroamericana en nuestros días, orador, escritor político, desempeñó temporalmente la Dirección del Diario de El Salvador en la ausencia de Mayorga Rivas en su viaje a Sud América.

AGENOR ARGÜELLO, de estirpe de poetas y pensadores, en la gama de sus versos vibra, desde el dulce cantar hogareño hasta el apóstrofe recio y erguido del rebelde. Hombre de pasiones fuertes ha sentido las mordeduras enardecedoras de la carne, ha sido tentado por todas las incitaciones, al mismo tiempo en contradictorias situaciones anímicas, ha saturado a sus estrofas de la miel y la blancura de su alma generosa, que, como la ola embravecida y altanera, si se ha estrellado alguna vez en la roca de la vida, como un fuetaso de titán, como la ola también, se ha ido a desvanecer en arrullos, en encajes de perlas en la manse dumbre plácida de los remansos!

Maestro, ha esparcido en los surcos de la niñez, corazón y cerebro.

Su actuación en el Magisterio le asigna puesto preferente en la Docencia salvadoreña. Y al referirme a esta magna Institución para cuyo prestigio y engrandecimiento los recursos del Estado no debieran de tener límites nunca, puesto que educar e ilustrar es hacer Patria, permitidme ponerme de pies espiritualmente, ante la noble personalidad del doctor J. FRANCISCO GUTIÉRREZ, Maestro por temperamento, porque como los Apóstoles del Pentecostés, ha sentido decender sobre su cabeza el fuego divino de la vocación y quien ha repartido sus sabias enseñanzas desde las humildes bancas de la Escuela de primeras letras, hasta la sapiente cátedra de las Universidades, forjando hombres salvadoreños, prestigios salvadoreños en todos los órdenes y de todas las clases.

Por justa asociación de ideas, surge en mi recuerdo la memoria venerada del padre de este Maestro, el *General Joaquín Gutiérrez*, uno de los primeros que como Maestro y Estratega en las artes de la guerra, echó con sus enseñanzas en El Salvador, cimientos de la Institución Armada, que ahora, en ese bizarro y disciplinado Ejército, es orgullo y fortaleza, gala, defensa y garantía del orden, de la paz y de la autonomía de la República.

El General Gutiérrez llegó aquí en hora de peligro cuando al saberse en Nicaragua que las huestes de Carrera invadían a El Salvador para aniquilar la idea unionista que tenía su más decidido abanderado en la aguerrida figura de Barrios, allá en León, pueblo heroico, valiente y generoso, donde hay al par de cada soldado que defiende a su bandera, un poeta que canta sus victorias y

una bella mujer que riega sus laureles, de allá vinieron presurosos y decididos un grupo de jóvenes nicaragüenses comandados por *Máximo Jerez*, que escribieran con el acero de sus bayonetas, una de las más brillantes páginas de la historia de Centro América, en la batalla de Coatepeque, en donde Máximo Jerez conquistara el sobrenombre de «León del Istmo», con que en el Catálogo de Nuestros Grandes ha entrado al Templo de la Inmortalidad.

ABSALON BALDOVINOS, de bondad nazarena, sentimental y tierno, bien pudo recoger en sus manos el callado oloroso a amor del Santo de Umbría, del dulce Francisco de Asís.

En este lírida, nacido a la luz de nuestros soles, pareciera que el ulular de nuestras montañas y el rítornelo de las olas de nuestros lagos, como un arrullo, se le hubiesen adentrado en el alma, haciendo de su vida, fugaz como una exhalación, también un perenne arrullo de suavidades y ternuras.

El supo decir calladamente sus esperanzas y sus dolores: a la estrella rutilante del azul, en los espléndidos cielos de verano; a la olorosa floración del maquilishuat, en las tardes de diciembre y a la gotita de agua cristalina y temblorosa de las negras noche de invierno.

Este poeta, hermano por el alma de Juan de Dios Peza, supo, como el liróforo azteca, de los encantos del Hogar: en los ojazos inocentes del niño, que son tan grandes y bellos que parecen que lo ven todo y que nada ven; en la sonrisa complacida de la dulce compañera del nido a

quien diera su corazón hecho versos
y sus versos hechos corazón.

JUAN FELIPE TORUÑO, magnífico ejemplar del *self maid men*, raro profesor de energías, como dijera la docta elocuencia de Francisco Paniagua Prado.

Poeta, poeta de verdad, en el cual no están reñidos los ensueños de la fantasía con las duras realidades, con la animosidad del hombre de combate que ha vivido entre tempestades, que se le encara a la vida y que domeña a la suerte.

No he de ser yo quien le consagre, que ya lo está por la palabra de las más altas cumbres mentales del Continente y por la voz de autorizados escritores y poetas del viejo solar Ibérico, de esa noble y querida España, Madre ayer y siempre, que nos dió su Dios, su Sangre y su lengua y cuya alma heroica, vigorosa y soñadora, vibra a través de siglos y océanos en los pueblos de esta América «Que aún reza Jesucristo y aún habla en español».

Novelista, ha trasladado a las páginas de sus narraciones la realidad de nuestros tiempos y nuestras gentes.

Como periodista no hay tema que pueda escapar a su ilustración varia y profunda, puesta al servicio de una prodigiosa memoria y de una asombrosa facilidad de expresión.

Como hombre, como poeta, como literato, es siempre el mismo: franco, espontáneo, de una sola pieza, rectilíneo por sus cuatro costados, sincero ciento por ciento, ha hecho de la sinceridad un dogma y una doctrina.

El Ateneo salvadoreño le cuenta entre uno de sus valiosos elementos.

Huraño en mostrar él mismo sus propios méritos, éstos le traicionan gritando sus intelectuales blasones. Para darse cuenta del Arca de sus merecimientos, hay que forzar las cerraduras. Su modestia, su quizá justa creencia en lo vanal del elogio, en lo insincero, muchas veces, del encomio, en el convencionalismo del aplauso, le han hecho cerrarla bajo siete llaves; pero, no importa; hay merecimientos que como el rádiom no pueden estar ocultos porque traspasan cualquier vano intento de velorios.

Sus libros; Senderos espirituales, Ritmos de Vida, El General Menéndez en la historia de Centro América, La Mariposa Negra, El Silencio, Los Desterrados, Hacia el Sol, llevan, cada cual en su género, erudición, ternura, inspiración e interés.

Ellos son los peldaños por donde este escogido de los Dioses, como se diría en la clásica Grecia, ha subido al pináculo de las letras y allá vá, hacia arriba.

Su último libro es como un lábaro que le señala el camino de la victoria; hacia allá va!

«Hacia el Sol»!

*
**

Entre los nicaragüenses que han desempeñado puestos en el Estado Salvadoreño, además de algunos de los ya enumerados están:

SAMUEL MAYORGA, hombre de clarísimo talento y financista de profundos conocimientos en las Ciencias Económicas, quien desempeñó altos cargos en la Hacienda de esta República.

NORBERTO RAMIREZ, Jefe de Estado en Nicaragua y después en El Salvador, que dió origen por

línea directa y afín a una estirpe de ilustres mandatarios de la Tierra Cuscatleca.

TIBURCIO G. BONILLA, orador satírico, autor de una obra jurídica, algo así como una Instituta de la Legislación Salvadoreña.

DANIEL GUTIERREZ NAVAS, que ejerció con brillo su profesión de Abogado ocupando puestos en los Tribunales de la República.

Si algún beneficio pudieran tener las contiendas políticas, entre los imponderables perjuicios que acarrear, es el de dar lugar a la necesidad de salir los descontentos a otros suelos, y, con ello, ofrecer ocasión para que sean conocidos, muchas veces, algunos valores patrios.

Tal acontecía en Nicaragua en épocas dichosamente ya pasadas.

Por eso es que vinieron a El Salvador FRANCISCO BACA, político recio y probo, quien llegó con su honorable familia a alzar su tienda en la Ciudad de Santa Ana.

El Dr. TORIBIO TIJERINO, que adelantándose a los Laboratorios, supo encontrar y combatir el bacilo de la tifoidea.

Ya que de hombres de Ciencia hablo, básteme citar los nombres de JOSE C. GASTEAZORO, uno de los primeros que en Centro América se dedicó con éxito a la especialidad de ojos, nariz y garganta y cuya sólida erudición, bebida en Escuelas de diferentes idiomas, le procuró un general y merecido renombre.

CARLOS CHAMORRO BERNARD, sabio, diestro y fino artista del bisturí, que en la luminosa Luc-tecia fué saludado como una promesa por sus eminentes Maestros que

con satisfacción ven ahora superados sus augurios.

RAUL ARGUELLO, autoridad reconocida en Radiología, que puede ser orgullo de cualquier Facultad del Mundo y cuyos dictámenes, en su ramo, son admirados y respetados por los más eminentes científicos.

LEOPOLDO ALVAREZ ALEMAN, anatómo-patólogo con letras mayúsculas, y una de las jóvenes eminencias del microscopio y de la química biológica en Centro América.

MIGUEL ROJAS TORRES, que ha practicado en su bien montada Casa de Salud maravillosas y delicadas intervenciones, como se podrían haber efectuado en las mejores Clínicas extranjeras.

Hijo de esta Universidad Rojas Torres, como lo son esos otros auténticos prestigios de la Escuela de Medicina Salvadoreña: CARLOS BRENES JARQUIN, Maestro, matemático y clínico eminente, Ex-presidente de Nicaragua, JERONIMO AGUILAR h., poeta y publicista que ya cuenta en su haber varios interesantes libros, GUILLERMO UGARTE, sin vanidad ni ostentaciones, médico de verdad, que honra a las Aulas de donde saliera tal como lo han hecho también los Doctores: OFILIO SALINAS, ALEJANDRO ALONSO ROCHI, RUBEN ZAMORA, BERNARDO SEQUEIRA, GERARDO BACA, RAMIRO LUNA BOZA, DANIEL ALEGRIA, GERARDO BARRIOS, JOSE MARIA VALLE, MIGUEL Y ERNESTO GUTIERREZ CORRALES, EDUARDO UGARTE, ALFREDO ZEMBRENA HOPE, ALEJANDRO SEQUEIRA, J. JESUS ZAMORA, GERMAN CASTILLO y HONO-

RIO ARGUELLO, en cuyos distinguidos hogares en Managua estos dos últimos lucen, como la mejor gala, el prestigio de la mujer salvadoreña.

En la Iglesia se destacan: VICENTE VEGA Y AGUILAR, como orador de unciosa, fácil y elocuente palabra. FRANCISCO ALEMAN PACHECO, tan sabio como modesto, geólogo, matemático y astrónomo, que esparsa sus profundos conocimientos desde los Observatorios de Ayagualo, desde donde, para estar más cerca de Dios, lo busca en las inmensas hipérbolas que los astros describen en el infinito azul de los cielos.

La música nicaragüense tiene en este ambiente sus representantes: SALVADOR REYES HENRIQUEZ, Miembro del ATENEO, compositor y ejecutor de alma sensitiva, ha alcanzado en varios concursos condecoraciones y lauros que le consagran como un Maestro en el arte de Mozart.

CONSTANTINO DEL CASTILLO, aplaudido por eminentes del pentagrama, Señor de la Armonía, hace de su mágico instrumento, el dulce violoncello, despertar notas que parecen almas dolientes desleídas en el quejido de sus cuerdas maravillosas. Cuando su arco vibra, parece suspender en sus sollozos la vida y así se explica la leyenda del viejo Monje y el Canto del Ruiseñor.

He dejado por último de propóposito la austeramente figura de PABLO BUI-

TRAGO porque he querido que su nombre sea el broche de oro con que cierre la ritualidad de mi discurso.

PABLO BUITRAGO, de una estirpe prócer de sabios; vinculado por la sangre y por el culto a Ástrea con esa pléyade de jurisconsultos que han sido y son exponentes muy legítimos y muy altos del Foro Nicaragüense: BRUNO HERMOGENES BUITRAGO, NICOLAS BUITRAGO, ARISTIDES BUITRAGO, ROBERTO BUITRAGO.

Al traspasar los umbrales de este augusto Templo de Minerva y contemplarle en el mármol, me ha parecido que sus ojos opacos de piedra, y su rostro grave se iluminaban con el rictus suave de una sonrisa, dándome la bienvenida, y, desde el fondo de mi alma de nicaragüense para el nicaragüense ilustre se ha escapado la frase cordial y sentida:

«Salve Maestro».

PABLO BUITRAGO, estadista, jurisconsulto y maestro tres veces eminente, supo honrar: el Libro que enseña, la Balanza de la Justicia que dignifica y la Toga del ciudadano que enaltece.

Su labor como Maestro, como sabio mentor de juventudes, la publica y la perpetúa la blancura de ese mármol. Allí está su efigie, dando el Maestro su póstuma lección a la posteridad. Allí dice, desde la altura de su pedestal cómo son impotentes la fugacidad del tiempo y lo veleidoso de las pasiones humanas cuando se llevan, como una coraza, el mérito real, una vida de probidad y de trabajo, un cerebro de luz como una antorcha y un corazón recto y generoso como un ánfora del Bien. Allí dice la dureza de la piedra có-

mo las realidades de los valores auténticos se imponen, tarde o temprano, a pesar de la ceguera de los prejuicios y de la mezquindad e intransigencias de los obsecados y envidiosos y del impotente despecho del egoísmo!

PABLO BUITRAGO! tu luminoso espíritu oiga esta noche la voz de un compatriota que agradecido porque supiste colocar bien alto el nombre de la Patria, rinde ahora su homenaje de admiración a tu memoria!

En tu sueño de alabastro, yérguete, en la serena altivez de tu inmortalidad y que tus blancos ojos pétreos vean pasar, bajo la esplendor del hermoso Cielo Salvadoreño esa Teoría de mentalidades nicaragüenses como una magnífica Revista de gloria en el luminoso campo de la idea!

Y no ha de estar excluida en este Campo una nobilísima Dama nicaragüense:

DOÑA SARA DE ZALDIVAR, esposa del Presidente Zaldívar, mujer de raros y grandes dotes intelectuales que le hicieron obtener un descidido ascendiente en su esposo, que encontró en ella, no solamente a la solícita Compañera, sino al mejor consejero en sus arduas y delicadas tareas de Primer Magistrado de la Nación. Por ello, porque supo ser sagaz y atinada Egeria, revelándose como una mujer de talento superior, es que, con mucha justicia le incluyo en esta revista de Valores Nicaragüenses.

Pero si es digna de encomio por sus altas prendas intelectuales, es más aún por sus inapreciables prendas morales, por su gran corazón.

Practicó discretamente la caridad, Hizo de su encumbrada posición una circunstancia favorable para hacer el bien. Si estuvo en alto, fué para dar sombra benéfica.

La Caridad se tradujo en sus manos: en pan para el hambriento, en medicina para el enfermo, en abrigo para las desnudeces, ofreciendo, a la vez que la dádiva que alivia, la sonrisa que conforta el alma, la palabra afable que mitiga, no sólo los dolores del cuerpo, sino los callados y hondos sufrimientos del espíritu!

Y cuánto vale muchas veces, más que la dádiva material, que puede ser ostentación, la dulce dádiva de una sonrisa, que siempre es baño de luz para el espíritu!

Allí están esos santos muros del Asilo Sara que aún dicen de la magnánima solicitud de su ilustre fundadora. Allí esos ancianos a quienes la adversidad les hubiera hecho insoportable la vida si las alas de aquel ángel, todavía extendidas desde el cielo, no les dieran techo para su desvalida senectud.

Allí, esas Hermanas de la Caridad, ángeles también que llevan como alas la corneta blanca, siendo bálsamo del dolor y consuelo positivo para la vejez abandonada, ellas, abnegadas legatarias del precioso tesoro de quien quiso prolongar sus desvelos y cuidados, confiándolos a esas sublimes heroínas que saben de silenciosos sacrificios y de indecibles renunciaciones!

Volviendo a mi tema, el nicaragüense, mixtificación del alma indomable del indio, señor de montañas, astuto, inteligente y vivaz y del alma castellana, generosa, valiente e inquebrantable, heredó quizá de ésta

su espíritu de aventuras, su ansia de conquistar el porvenir desafiando la incertidumbre del mañana, el peligro del risco y del escollo, del viento y de la lluvia: que hace que los soles de todos los ortos y de todos los ocasos proyecten en el campo de la vida, la sombra de su tienda de Nómada empedernido y osado, lleno siempre de energías y esperanzas. El nicaragüense, digo, lleva como una de sus caracterizaciones la emuladora aspiración de ampliar sus horizontes, sin temores del infortunio, sin pesimismo, sin desmayos por el mañana!

Uno de los recuerdos más intensos de mi vida, de mi vida de estudiante inquieto y optimista, lo es el de una fría tarde de invierno, allá en los confines helados de nuestra América, en un rincón desolado de la Gobernación de Santa Cruz, la región más austral de la Argentina, que únicamente vive por la explotación de su subsuelo.

Había ido de vacaciones logrando la fraterna invitación de un compañero cuyo padre era de los más fuertes accionistas de una mina de carbón.

Puerto Gallegos, tal era el poblado, se extiende en el remanso de un tranquilo golfo el cual se ve salpicado de los retazos blancos de las blancas velas pescadoras.

Vagaba por la desierta playa, una tarde, al caer el sol, viendo el pesado balancear de las barcas que echadas en la costa, en la arena y en las aguas, recibían la caricia monótona del golpe de la ola, cuando mis ojos tropezaron con una quilla negra y lustrosa que ostentaba un nombre: MOMOTOMBO!

Ese nombre me era familiar. Quién lo había puesto allí?

¿Cómo llegar a esas remotidades del mundo el nombre de uno de nuestros volcanes, cantado por Víctor Hugo, como uno de los gigantes atalayas del continente de Isabel?

La barca estaba sola. Se hundió el sol y su dueño no llegó.

La tarde siguiente me coloqué, sentimental centinela, atisbando la hora en que llegara el hombre de mar que era su dueño. No tardó. Al verlo dirigirse hacia la barca me lancé a él y le pregunté, en medio de su estupefacción, por lo inesperado de mi asalto: por qué se llama esa barca así? de dónde eres?

Asombrado mi interpelado me respondió: ése es el nombre de un volcán de mi tierra, soy nicaragüense!

Y entonces, como si hubiera visto un hermano, abracé con todas las fuerzas de mi alma a ese hombre desconocido y sentí que entre mis brazos tenía mis lagos, mis cielos y mis montañas!

Y la honda impresión de aquella tarde, me hace recordar, para confirmar el sello del alma errátil del nicaragüense, lo que cuenta Angel Gagnivet en sus cartas, coleccionadas en un libro del publicista español Navarro Ledesma, de un compatriota nuestro, que habiendo llegado del Congo Belga, después de una vida de aventuras en el corazón de las selvas africanas, fué a morir bajo el frío techo de un Hospital de Bruselas.

No hay playa, no hay desierto, no hay monte, no hay suntuosidades de grandes urbes, ni callejuelas de pueblos remotos que no hayan sido una vez holladas por plantas nicaragüenses.

Y con más razón esta tierra hermana que tiene con aquella mía, comunidad de historia, comunidad de raza, de idioma e ideales, de Dios y de lenguaje y que si fueron una ayer, lo serán también mañana, ya que nos vinculan los grandes intereses del porvenir, las grandes responsabilidades del mañana!

Y laborar por ese futuro es la misión de los hombres de intelecto, es la tarea de los que llevan en la mente, la sagrada brasa de la idea redentora en donde han de quemarse, en una salvadora iconoclastía, las ambiciones personales, los egoísmos lugareños, para dar paso a las realidades del mañana que nos darán un Patria grande, próspera, feliz y respetada!

Permitidme aprovechar la grata oportunidad de esta noche para volcar a los pies del ilustre Francisco Gavidia, como un cesto de fragantes rosas de nuestras vírgenes montañas, de las playas rumorosas, de nuestros lagos, la cariñosa admiración que en la tierra de Darío se tiene por ésta descollante mentalidad tres veces magnífica: como poeta, como pensador, como hombre de ciencia.

Diamante de múltiples facetas su cerebro es algo así como un potente faro que alumbra y guía a la joven intelectualidad centroamericana que le ha consagrado ya con el glorioso nombre de Maestro. ¡MAESTRO!

Magnífico vocablo que, junto con las palabras: DIOS, PATRIA Y MADRE constituyen las cuatro palabras santas, las cuatro palabras máximas, las cuatro palabras únicas, que en todos los idiomas que la lengua humana puede articular, son los puntos cardinales a donde el hom-

bre dirige su pensamiento y su corazón, desde el balbucear de la cuna, hasta el estertor de la agonía.

Son las cuatro mágicas barreras donde el mortal encierra el campo en que su alma encuentra todo lo que más alto pueda pensar, todo lo que más hondo pueda sentir, todo lo que más intenso pueda querer, todo lo que más grande pueda admirar!

Unas frases más para concluir.

Gracias! Gracias a vosotros todos que me habéis escuchado pacientemente.

Gracias de corazón en especial a vosotras, bellas damas, que habeis puesto la nota de amenidad en las arideces de éstas noches académicas y que con vuestra presencia sois el mejor testimonio del alma levantada de la mujer cuscatleca, que, no únicamente subyuga por el encanto de sus ojos que roban la luz a nuestros soles del trópico y por el sortilegio de sus sonrisas, sino por el vivo interés que despiertan en ellas las nobles disciplinas mentales en estas hermosas jornadas de la cultura y mejoramiento intelectual de la Nación Salvadoreña, que está diciendo con su presencia en esta Alma Mater, como siendo exquisitamente femenina y hogareña, no es sólo la damicela de joyas, perfumes y sedas que vive la vida amablemente frívola, de galanteos y encantadoras coquetuerías, sino la mujer inteligente y capaz que estima y comprende su alta misión en la vida moderna, la cual le abre de par en par las puertas de las más hermosas actividades del Espíritu y del Pensamiento!

Gracias!

Contesta el Miembro Activo, Doctor Manuel Castro Ramírez

SEÑORAS Y SEÑORES:

No estoy seguro —colegas ateneístas— de que en este discurso que me habéis confiado, el divino vehículo de la palabra logre ser fiel intérprete de vuestros pensamientos; pero es tan noble el propósito, y tan grata la ocasión, que vosotros pondréis alas a mi inteligencia para no defraudar los anhelos del ATENEO DE EL SALVADOR.

Refiere Villegas Suárez, en noble acento castizo, que el genial Emerson, bajo el imperio de una tremenda crisis comercial que asoló a Manchester, subió a la cátedra del Ateneo y comenzó por felicitar al auditorio porque no desdeñaba ocuparse de las tareas de la inteligencia no obstante las angustias económicas.

Estamos, pues, nosotros, dando un noble espectáculo; y debemos reconocer que este renacimiento cultural lo debemos a la institución que en El Salvador mantiene el culto por las bellas letras.

Y en esta noche es mayor el brillo, y cobra significado singular esta solemnidad, porque el socio recipiendario es espíritu de selección. Une a su elevada investidura diplomática el dinamismo de los hijos de aquella tierra hermana que, atenaceados por el dolor, mantuvieron siempre en alto el espíritu vivo é inquieto del andaluz peninsular. Es legítimo exponente del país en «donde sonó la siringa del Nuevo Pan»: y en el cual Dios derramó la dádiva exquisita de una naturaleza bella y codiciada.

Tan bella y tan codiciada, que América entera se ha agitado conmovida, cuando, sin derecho ni justicia, se le han querido arrebatar los tesoros que guarda, ya que abriendo sus entrañas se abre la comunicación de dos océanos y se dilata el horizonte del mundo.

De esa hermosa tierra, fecundada por la sangre de centroamericanos en luchas dignificadoras, que forman nuestra segunda independencia, viene el doctor Avilez Pereira, cerebro cultivado, varón de bondad, conciencia iluminada y mensajero de la más fecunda de las fraternidades, porque en esta noche enlaza el destino de dos pueblos con su frase enaltecedora, recordándonos que aquí plantaron su tienda muchos compatriotas suyos, heraldos de ciencia, unos excelsos portaliras otros; y, todos, dignos del respeto y recuerdo de quienes aquilataron sus virtudes ciudadanas.

De la Arcadia Centroamericana nos llegó, todavía adolescente, el genio del lirismo. Aquí agitó sus alas que lo debían de llevar hasta la cumbre del Parnaso.

Gavidia, el sabio humanista, el docto académico, el pontífice de nuestra literatura, fué su amigo y confidente. Convivieron en atractiva fraternidad; y del consorcio de sus ideas y de sus inspiraciones geniales nació la adaptación del alejandrino francés al castellano y la revolución más profunda de la métrica.

La publicación del tomo «VER-

SOS», del maestro Gavidia, arrancó al poeta - niño bellas estrofas:

*"Un acontecimiento literario,
Es la publicación que admiro ahora;
Ella solo ha tejido una guirnalda,
De laurel para el vate que da vida,
A su Patria, a su tiempo y a su nombre".*

Cómo se recrea el espíritu recordando aquella época en que el máximo poeta vivió entre nosotros!

Era el año de 1889. Desembarcó por el Puerto de Acajutla el licenciado Lainfiesta, investido de la representación de Guatemala al Congreso de la Unión. Durante un almuerzo en Sonsonate habló nuestro orador Galindo; y el inmortal Darío desgajó esta bella improvisación:

*"Por el huésped campeón,
Del ideal soberano,
Por el que traq en la mano
La bandera de la Unión;*

*"Por el que hecha rosas de oro,
Cuando dice sus palabras,
Por tí, Galindo, que labras
Tu pensamiento sonoro!*

*"Brindo por el primer clarín,
Que foque la primer diana
de Unión centroamericana,
Del uno al otro confín".*

El rey de la lírica tenía corazón de niño y alma de querube. El ilustre salvadoreño doctor y general Luciano Hernández le tendió la mano; y cuando de nuevo se encontró con él en el destierro, le dedicó esta sentida décima:

*"Al patriota en quien se entraña
Valor al par que nobleza,
Al que ciñó su cabeza,
con lauros que le dió España":*

*A quien boy en tierra extraña
Come el pan del extranjero,
Que ofreció a su patria a una
En batalla y en tribuna
La palabra y el acero".*

El Ateneo debería recoger y divulgar toda la obra de Darío en El Salvador, porque fué augurio feliz de su triunfo definitivo.

Sólo ese nombre basta a Nicaragua para atraer las miradas del mundo, ya que, sin hipérbole ninguna, cuando el poeta murió, en su solar nativo, «las campanas de la Basílica Universal tocaron a vacante».

El Salvador abrió sus brazos a los doctores Pablo Buitrago, Supremo Director de Nicaragua; a Buenaventura Selva y a Hermenegildo Zepeda, proscritos ilustres.

Buitrago fué faro de luz en el campo del Derecho. Sus cátedras eran deleite espiritual; y su verbo florido se derramó a torrentes. Nuestra Universidad le tiene consagrado; y su busto soberbio desafía el olvido.

Selva y Zepeda, jurisconsultos de nota, de la escuela española del siglo XIX, recibieron la honrosa comisión de escribir las Instituciones del Derecho Civil Salvadoreño.

Modesto Barrios, humanista y maestro, escritor y tribuno, vive en el corazón de varias generaciones.

Aún nos parece escuchar la palabra elocuente de José Madriz, avasalladora e irresistible, dotado de aquel cerebro de fuego, que iluminó Centroamérica con los destellos de su visión patriótica.

El periodismo debe a Mayorga Rivas su empuje más vigoroso; a Enrique Guzmán, páginas de dicción impecable; a Carlos Selva y Félix Quiñónez, prosa viril y sonora, y a Salvador Calderón Ramírez, sus enseñanzas pedagógicas, sus narraciones históricas, su patriotismo de buena ley. Quijote, enamorado de un ideal, yergue su figura patricia sobre el fango de las miserias humanas, y goza del privilegio singular de pasear

por todo el istmo, sin reparos lugares, el título de «ciudadano de Centroamérica», porque su espíritu rectilíneo no ha sido aprisionado por los zarzales del largo camino.

Ramón Quesada, tiene por patria El Salvador. Vale un tesoro ese ingenio sutil, que comenta con donosura a Cervantes y «ametralla con los proyectiles de su ironía.»

Al llegar a este punto, me asalta una duda, señores: En verdad, Ramón es nicaragüense? ¿No es nuestro del todo?

De niño llegó. Aquí creció y nutrió su mente. Aquí formó hogar y de aquí son sus hijos. Ha llorado nuestras desgracias y gozado nuestras alegrías. ¿Todavía conserva la marca de origen?

Qué frágiles son nuestras fronteras y qué pequeñas nuestras parroquias. La geografía, la historia y la tradición nos han juntado tanto, que resulta artificioso dividirnos.

Raúl Argüello, que nos hace recordar la figura gentil de su honorable padre, prestigia la ciencia con su labor de radiólogo eminente; y Leopoldo Alvarez Alemán, se perfila como investigador notable en el campo de la anatomía patológica.

Acaba de dictar seis conferencias sobre hematología moderna, que, según decir de los entendidos, pudieron ser escuchadas con gran interés doctrinario en cualquier centro científico extranjero.

Francisco Gutiérrez, ilustrado catedrático, adalid de la enseñanza, su nombre está estrechamente vinculado al desarrollo de la educación pública.

Maestro nuestro en Ciencias y Letras; maestro de nuestros hijos, aún se mantiene en las primeras líneas de avanzada.

Toruño, dinámico e idealista, es lazo fuerte de unión, porque ni en las tormentas, tan frecuentes en los trópicos, decae su entusiasmo.

Han sido tan constantes las corrientes intelectuales entre uno y otro país, que, para estudiarlas someramente, habría que remover todo nuestro pasado.

Oíd, como demostración elocuente, este hecho histórico:

La Municipalidad de San Miguel, creó, el año 1726, la clase de *latinidad* a cargo del presbítero nicaragüense Melchor Bermúdez. Años después, lo sustituyó, otro hijo de Nicaragua, José de Jesús Delgado; y, por último, hasta el año 1832 aquella cátedra la desempeñó el Br. Toribio Tijerino, nicaragüense también.

¿A qué seguir, pues, el recuento?

Gentil y patriota el ilustrado doctor Avilés Pereira nos evoca toda una historia fecunda de fraternidad, mantenida por obra de la intelectualidad de su noble patria.

Avivemos esa llama, la única que no podrá extinguir la mezquindad política ni el culto del nacionalismo regional.

Estamos en las filas de quienes buscan la unidad por la cultura, robustecidos por la fe en nuestro destino histórico.

Propugna el ATENEO DE EL SALVADOR la solidaridad de los hombres de pensamiento, para atajar, con cerebro y corazón, en esta hora nona de la vida universal, la obra del brazo armado.

Por eso, regocíjase del ingreso del honorable intelectual nicaragüense, que auna a la condición de abandonado del ideal la de alto funcionario estatal.

Si, como en el caso actual, el di-

plomático es agente de la cultura, se abren entre nuestros pueblos grandes corrientes intelectuales que nos acercan a la «esencia evangélica», que Bergsen creyó entrever en la peregrinidad de la idea democrática.

Doctor Avilés Pereira:

Sed bienvenidos al seno del Ateneo!

Vuestro jugoso discurso nos ha hecho concebir la bella ilusión de

que nos orientamos hacia la solidaridad centroamericana, mediante la cultura.

Ya nos lo anunció el gran Rubén:

«AUN GUARDA LA ESPERANZA LA CAJA DE PANDORA».

Señores: Llevemos —para cumplir el deseo del máximo hijo de Nicaragua— «incienso y mirra a la cuna de la Eterna Esperanza».

AVE, ROSA Y ESTRELLA

DE "EL ROSAL DESHOJADO"

Este árbol escuchó la primera canción del pájaro que nació entre sus ramas. Llegarán otras aves, y con divinos cantos harán estremecer sus hojas; mas ¿cuál conmoverá su corazón como la nota del pájaro que nació entre sus ramas?

==

Cuando se abrió la rosa, una abeja peregrinante recogió su primer esfluvio. De flor en flor, la abeja ha recogido mieles y fragancias; mas ¿dónde halló jamás otras tan dulces como el primer esfluvio, cuando se abrió la rosa?

==

Una estrella vertió del hondo azul el primer rayo: como una per-

la tímida se asoma a la rendija de su rosada concha. Una nube pasaba, y el vellón de nieve fué encendido con el oro inviolable de aquel primer destello. Volando va la nube, y sus alas se incendian con rosas de la aurora, con besos del ocaso; mas ¿dónde halló jamás la primera llama de aquel destello?

==

Ave, rosa y estrella fué tu alma y para mí sus cantos, su luz y su fragancia. Sea mi corazón urna cerrada, y en él vivan solos, profanados, tu primera canción, tu pristino destello; tu purísimo esfluvio, ave, rosa y estrella.

A L B E R T O M A S F E R R E R.

SAULO DE TARSO

MONSEÑOR LUIS CHAVEZ Y GONZALEZ

Arzobispo de San Salvador

Excmo. Sr. Subsecretario de Instrucción Pública, Miembro Honorario del Ateneo de El Salvador:

Honorable Señor Presidente del Ateneo:

Distinguida y culta concurrencia:

Señores:

Al presentarme ante esta distinguida concurrencia, compuesta en gran parte de ameritados miembros del Ateneo de El Salvador, que han dado vida y realce a las Letras salvadoreñas, no puedo menos de tributar público agradecimiento, a la Honorable Junta Directiva del Ateneo, por la fina y atenta invitación que me hiciera, el mes de febrero retropróximo, para estampar mi nombre en las listas de la Institución, y que ocupaciones impostergables, me habían privado a corresponder tan amable como sincero llamamiento.

De un modo particular, debo externar mi agradecimiento, como también, mi afectuosa felicitación al distinguido y culto Presidente del Ateneo, quien con juvenil entusiasmo ha dado una nueva y pujante orientación a este Centro de las Letras Salvadoreñas. Heme aquí, honorable auditorio, dispuesto a poner mi granito de arena, a este edificio gigantesco, que el Ateneo Salvadoreño levanta para dar gloria a las letras patrias.

Teniendo a la vista discursos, que miembros destacados de este centro

En el Ateneo



La tribuna del ATENEO DE EL SALVADOR, fué ocupada el 8 de junio por el Ilustrísimo y Excelentísimo Arzobispo Monseñor Luis Chávez y González, quien orientó sus conceptos sobre Saulo de Tarso, el San Pablo de las epístolas a las mujeres romanas, la columna formidable de la iglesia romana, el hombre que, poseído por luz deífica, quedó deslumbrado por tres días en el camino de Damasco.

Pues bien: el digno prelado Monseñor Chávez y González enfocó gallardamente su tesis acerca de Saulo de Tarso. Desde el punto de vista descriptivo, nos presenta la figura del discípulo de Gamaliel, formado de modo admirable con un temperamento de fuego y con una resistencia de hierro para soportar todas las fatigas. Nos habla de los impulsos anímicos de este hombre como perseguidor de los cristianos y después nos lo demuestra defendiendo los principios que antes atacaba, y sosteniendo los postulados más hermosos que han contemplado las generaciones de occidente, cuales son los de Jesús, vehículo del padre, mensajero de la luz, porta-

cultural, han pronunciado con motivo de su incorporación a la Institución, me he encontrado con bellísimos temas desarrollados con verdadero arte literario, haciendo de sus discursos una filigrana que da gusto leerlos hasta el fin; temas que han sido tomados con verdadero acierto, ya en la profesión en que se encuentran graduados, ya de la afición a que son inclinados; quien, se ha fijado en un tema filosófico, revistiendo esta ciencia de las ciencias humanas, con palabras y frases hermosas, haciéndola atractiva a las inteligencias investigadoras; otros un tema literario, entrelazando con la fina cinta del bien decir, las bellas flores seleccionadas, de los mejores poetas y prosistas americanos y extranjeros etc... Abordando, de esta manera cada uno, aquella materia con la cual estaba más familiarizado.

ador de la fe y del amor en la palabra y en el hecho; Jesús el Rabí de Galilea. En la Universidad Nacional, en esa noche del Ateneo, hubo un reventar de rosas místicas en las frases de Monseñor: frases que si bien son de análisis, ostentan la convicción y la devoción por lo sublime. por lo portentoso y por lo eterno.

Las manos se multiplicaron para aplaudir al excelentísimo prelado, habiendo recibido una efusiva ovación.

En nombre del ATENE O DE EL SALVADOR contestó el Miembro Activo presbítero doctor Vicente Vega y Aguilar, quien con su fuerte mentalidad, proyecto fervoroso y elocuente, su palabra que hizo camino por el que pasaba la figura de ese Saulo, eminentemente grandioso.

Al par que rendir homenaje al bondadosísimo recipiendario, expuso su pensamiento repujado en las disciplinas teológicas; como que el doctor Vega y Aguilar es un hombre de cánones y de altas concepciones filosóficas. ensayista admirable y orador sagrado de verba cautivadora.

El ATENE O DE EL SALVADOR al incorporar a Monseñor Chávez y González, sabía que estaba contando ya con una cooperación eficiente en sus labores por la cultura.

Apoyado en esta norma seguida en estos actos tan significativos, he puesto mi atención en un tema, que quizá por ser poco trillado, no ha sido desarrollado por ninguno de mis antecesores. Se trata de poner de relieve la excelsa figura del gran apóstol de las gentes, San Pablo.

Saulo, cuyo era el nombre que sus padres le impusieron, a los ocho días de nacido, al celebrar aquella ceremonia judaica, la Circuncisión, llevará este epíteto a mucha honra y será para él, algo muy sagrado que lo pondrá en primera línea, al formular su filiación. «Saulo de Tarso, hebreo, ciudadano romano»; nombre que, predicando la *buena nueva*, lo cambiará por el Latino: PABLO.

Pertenecía a una familia distinguida de Tarso, y sus padres, deseosos de darle una cultura digna de su rango y posición, después de haber cursado en las escuelas de su origen, le enviaron a Jerusalem, a perfeccionar sus estudios, especialmente los bíblicos, en la escuela del hombre más esclarecido por la ciencia y la virtud, Gamaliel. Allí está a los pies del maestro, aquel joven que, a decir del Padre Bessieres, será el «Hombre verdaderamente superior: Orador, poeta, pensador vigoroso, escritor de alto vuelo que arrastra en pos de sí a los hombres, siendo al mismo tiempo organizador genial. Naturaleza poderosa en la que se armonizan todos los contrastes: Corazón sensible en extremo, que se conmueve hasta derramar lágrimas ante la menor delicadeza, o se irrita con las ingratitudes; voluntad que todo lo arrastra como un torrente. Místico y dialéctico a la vez, tribuno que electriza, y decidor, amigo de la ironía. Nadie como Newman ha analizado a ese hombre complejo e infi-

nitamente vivaz: «Es el hombre de las ternuras maternas y de los relámpagos que aterran, el más paciente y a la vez el más impaciente de los hombres; el hombre que siempre está comenzando la obra. En él, la humildad no destruye la altivez, ni la acción devoradora, la vida interior; hombre de iniciativas y de contemplación que, a la desición rápida une el espíritu de maleabilidad y contemporización: intuitivo y práctico. En una palabra, nada de ficticio, nada que recuerde la huera yacompañada soledad de los fariseos.

Tal será el joven que el gran Rabino Gamaliel ha aceptado como discípulo, y que él con su ilustrada inteligencia continúa amoldando, para hacer de Saulo uno de los hombres de inteligencia más cultivada, en la doctrina escriturística, que es la expresión más sublime del pensamiento, y le dará un título que lo capacite para todas las carreras liberales: «Hombre de estado, guía espiritual, maestro o padre, como se llamaban los rabinos, exégeta, abogado, profesor, juez»: para todo esto se alista aquel joven de pequeña estatura, pero de vivacidad extraordinaria que se irá agigantando, de tal manera, que, después de veinte siglos, su figura se destacará con tanta brillantez, como no lo consiguieron Suetonio, Tácito, Plinio, sus ilustres contemporáneos, que con sus estudios filosóficos, alcanzaron renombre y gloria; pero que, poco a poco, pasará su gloria, como pasa toda gloria efímera de este mundo falaz, y hoy sus nombres, ocupan un lugar en las páginas soñolientas de la historia.

Gamaliel ha logrado formar aquella inteligencia perspicaz, de tal manera que no se quede indiferente en

los momentos de la prueba, con esa indiferencia absurda producto casi siempre de la ignorancia afectada, sino que a manera de hombre superior responsable de sus actos, y apoyado en sus conocimientos, se ponga decididamente a favor de aquella parte, en que crea que está la verdad.

La sublime doctrina de Cristo, no la comprende, y lleno de coraje por el ascendiente que va tomando en el pueblo la doctrina de la BUENA NUEVA, se pone incondicionalmente a la disposición del Senedrín para llevar a cabo la empresa de terminar de una vez para siempre, con aquella doctrina que condena el materialismo escéptico de los saduceos y príncipes de los Sacerdotes, y a la hipocresía y falsas normas de los fariseos. Pocos días han transcurrido y ya tiene que enfrentarse con un adversario, que por la lógica argumentación y por la irresistible elocuencia con que adorna su discurso, le deja a él y a sus correligionarios, con la palabra en la boca; éste es Esteban el diácono. Saulo y sus acompañantes están desconcertados ante el convincente discurso de Esteban, y fraguan la primera violencia sangrienta contra el nombre cristiano, siendo víctima inocente Esteban, quien cae bajo el híbrido odio de sus enemigos. Pero este odio no podrá durar mucho tiempo, y Saulo, herido por la fuerza de la verdad, caerá en el camino de Damasco, cuando se proponga llevar hasta el colmo el odio contra el nombre del RESUCITADO. ¡Sublime escena que, para mejor saborearla, tomaremos en nuestras manos, el Libro de San Lucas, los Hechos de los Apóstoles, y leeremos en el Capítulo 26, donde el mismo Pablo, narra al rey

Agripa ese hermoso hecho que, es para él la mayor honra y gloria de su vida!

«Yo, dice Saulo, por mí estaba persuadido de que debía proceder hostilmente, contra el nombre de Jesús Nazareno. Como ya lo hice en Jerusalem, donde, no solo metí a muchos de los santos o fieles en las cárceles, con poderes que, para ello recibí de los príncipes de los sacerdotes, sino que siendo condenados a muerte, yo dí también mi consentimiento. Y andando con frecuencia por todas las sinagogas, los obligaba a fuerza de castigos, a blasfemar del *Nombre de Jesús*, y enfurecido cada día contra ellos, los iba persiguiendo hasta en las ciudades extranjeras.

En este estado, yendo un día a Damasco, con poderes y comisión de los Príncipes de los sacerdotes, siendo el mediodía, vi, ¡Oh Rey! en el camino, una luz del cielo más resplandeciente que el sol, la cual con sus rayos, me rodeó a mí y a los que iban juntamente conmigo. Y habiendo todos, caído en tierra, oí una voz que me decía en lengua hebrea: Saulo, ¿Por qué me persigues? Duro empeño es para tí el dar coces contra el aguijón. Yo entonces respondí: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor me dijo: Yo soy Jesús a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie, pues para esto te me he aparecido, a fin de constituírte ministro y testigo de las cosas que has visto, y de otras que te mostraré apareciéndome de nuevo. Y yo te libraré de las manos de este pueblo, y de los gentiles, a los cuales te envío a abrirles los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz»...

Así se consumó el llamamiento de aquel joven de 30 años, que, al de-

cir de Bossuet fué, «El más ilustre de los predicadores, el más celoso de los apóstoles, el principal cooperador de la gracia de Jesucristo en la fundación de la Iglesia».

La sangre generosa que Esteban derramó por Cristo, salpicó el pecho del perseguidor, ya así como la lluvia hace germinar las tierras áridas e infecundas, así la sangre de los mártires fecundiza los corazones en el amor, cuya fuente es Cristo Jesús; Pablo, es uno de esos corazones que se ofrenda a Cristo con una generosidad digna de un hombre superior, que sabe posponer a la pasión desordenada, la fuerza de la verdad que resplandece en su inteligencia, nada vulgar, como la luz del mediodía.

Pablo, vencido por Cristo en el camino de Damasco, como dócil cordero se pone bajo sus paternales cuidados. «Señor, ¿qué queréis que haga?» son sus palabras de obediencia.

Tres años empleó Cristo, para modelar los corazones y las inteligencias de sus apóstoles; seis años empleará Pablo en la escuela de aquél que es la misma verdad, para modelar sus facultades espirituales y su corazón, para cumplir la misión a la cual ha sido llamado; misión que durará prolongados años, y en la que Pablo hará por Cristo las conquistas más hermosas en la primera época del Cristianismo.

Desde su retiro de seis años, Pablo ha contemplado el mundo con la necesidad que tiene Dios, su corazón ha palpitado grandemente formulando grandes pensamientos y hermosas obras, para remediar tanto mal, y con una energía de apóstol, se lanza a las conquistas del mundo.

Damasco, la ciudad coronada de cedros, naranjos y palmeras, que

Saulo había elegido para baluarte de persecución contra Cristo, es ahora el punto estratégico para comenzar a medir sus aptitudes apostólicas en pro de la Verdad. Al principio se le escuchó con interés pero, muy pronto comenzaron sus enemigos a ponerle dificultades que obstaculizarían el progreso de la Buena Nueva. Un tanto descorazonado se encamina a Jerusalém a tomar consejo de sus cohermanos, los Apóstoles. Oigamos la descripción, que en dos pinceladas, hace el Padre Bessiéres, relatando este viaje de Pablo: «Sube a Jerusalém desandando el camino recorrido hace cuatro años, el día que siguió a la muerte de Esteban. Los recuerdos se le atropellan: en aquel paraje cayó derribado del caballo, allí vió al Resucitado, lo oyó, allí sus ojos se cegaron a la luz del mundo para abrirse a otro superior. En aquel lugar el mártir Esteban, amapolado por la sangre rogó por él; a la sombra de aquel árbol, guardaba Saulo las Capas de los que lapidaban al levita». Recuerdos que agolpándose como un torrente, lo empujan con una fuerza irresistible a mejor corresponder al llamamiento sublime del resucitado.

Saulo, desea predicar a Cristo allí mismo donde comenzó a perseguirle; pero otros eran los designios de Jesús, quien le ordena salir de Jerusalém, con este mandato: «Date prisa, y sal luego, porque éstos no recibirán el testimonio que les darás de Mí... Anda, que yo te quiero enviar lejos de aquí, hacia los gentiles...»

Pablo, cual general que desea dar gloria a su rey, se lanza por el mundo gentil a conquistarlo para Cristo; la gran Antioquía, con su medio millón de habitantes, engolfada en los placeres, pero refinada en la cultura

es el centro de sus correrías apostólicas; lugar desde donde se puede contemplar el hermoso horizonte que se desplanta ante su vista, el Asia menor, y el gran continente europeo; y formula al mismo tiempo, el propósito de llevarles la doctrina salvadora.

Pablo comienza su larga y penosa peregrinación, pero al mismo tiempo gloriosa, porque se creará feliz y dichoso al padecer y sufrir por Cristo. Y perseguido de nación en nación, de ciudad en ciudad y de poblado en poblado, irá hacia el confín del mundo, «Finis Terrae», así se le llamaba a España en aquella época, a ser testigo de la verdad.

Siempre, y en todas partes, las persecuciones y los grandes perseguidores de la Iglesia han contribuido de una manera extraordinaria a la difusión del Evangelio; y en Pablo, el refrán consagrado por la experiencia: «La sangre de mártires es semilla de cristianos», tendrá admirable cumplimiento. Pues, Pablo perseguido, derramará repetidas veces su sangre generosa, fecundando de esta manera, todos aquellos surcos profundos, para que, pujante, germine la simiente de la Verdad del Evangelio; como testigo de Cristo, es encarcelado, azotado, apedreado y decapitado, en Salónica, Jerusalém, Antioquía, Filipos, Corinto Efeso, ... Roma. Pero en todos estos lugares pondrá en su plana de apóstol, el blasón de su gloriosa victoria.

Sorprendámosle en Atenas, donde de la ciencia del saber era cultivada desde tiempos de Pitágoras, Sócrates, Platón, Jenofonte, Alcibiades; constituyéndose en la antigüedad del orgullo de los pueblos cultos. Allí, adelantándose hasta aquel recinto sagrado, el Areópago, donde los

hombres más sabios y prudentes se daban cita para administrar recta justicia en pro de los ciudadanos. Ante aquel selecto y distinguido auditorio, pronunció el siguiente discurso: «Ciudadanos atenienses, echo de ver que vosotros sois casi nimios en todas las cosas de religión; porque ese Dios, que vosotros adoráis sin conocerle, es el que yo vengo a anunciaros. El Dios que crió el mundo, y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombre, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes bien, él mismo está dando a todos la vida y el aliento, y todas las cosas; él es el que de uno sólo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habiten toda la extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo por esto, que buscasen a Dios, por sí, rastreando, y como palpando, pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de él vivimos, nos movemos y existimos; y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linaje del mismo Dios. Siendo pues nosotros, del linaje de Dios, no debemos imaginar que, el Ser divino sea semejante al oro, a la plata o al mármol, de cuya materia, ha hecho las figuras, el arte o la industria humana. Pero Dios, habiendo disimulado, o cerrando los ojos sobre los tiempos de esta tan grosera ignorancia, intima ahora a los hombres, que todos en todas partes hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud, por medio de aquel va-

rón constituido por El, dando de esto, a todos, una prueba cierta, con haberle resucitado de entre los muertos».

Este fué el hermoso discurso que pronunció Pablo ante aquel augusto cuerpo de hombres de ciencia, de la soberbia Atenas, que se jactaba como la Reina del saber humano.

¡Ah, Señores! si el tiempo y el reducido marco de un discurso permitiera poner de relieve la personalidad completa de San Pablo, el Apóstol de las gentes!! Pero, no es posible, y por ello me veo obligado a poner punto final para dejar a otra pluma bien cortada y al selecto auditorio, las puertas franqueadas para escudriñar a ese hombre superior, analizando sus admirables cartas, que son el instrumento viviente donde se trasluce la figura del escritor sutil y de elocuencia arrebatadora.

Permítaseme, para terminar, citar una perícopa de sus cartas, en que se da a conocer aquel don divino de que había sido investido para llevar a cabo la obra de reconstrucción social y religiosa.

Pablo se encuentra arrojado en la cárcel Mamertina, por el odio implacable del sanguinario Nerón; y, para saborear hasta las heces el cáliz de su prisión, olvidado aun de aquellos de quienes esperaba refrigerio, en aquella hora postrera; en este trance tan desconsolador se le presenta Onésimo, esclavo fugitivo y ladrón, Pablo lo convierte a Cristo, lo bautiza, y para devolverlo a su amo Filemón de Colosa, le escribe una carta, que, en su brevedad, derrama torrentes de literatura y sublime delicadeza de corazón paternal.

«Yo, Pablo, anciano, prisionero de Cristo, te ruego por mi hijo, a quien

he engendrado en las cadenas. Te lo envío como mis propias entrañas. Tal vez lo has perdido por algún tiempo, a fin de encontrarlo no como esclavo, sino como un hermano amadísimo; por lo consiguiente, si me estimas como amigo tuyo, recíbelo como a mí mismo. Si te causó algún daño, échalo a cuenta mía. Yo Pablo, escribo esto de mi propia mano. Pero sé que habrás de hacer más y mejor de lo que te pido».

Señores: Os dejo abierto este campo ameno de literatura sagrada para que, ocupándoos en la lectura de las Epístolas de San Pablo, que son fuente de Aguas vivas para el Cristiano, inspiración para el predicador sagrado, dulce solaz para el hombre de Letras y consuelo inmarcesible para el espíritu, conozcáis a Cristo, como El quiere y el mundo lo necesita.

DIJE

Contesta el Miembro Activo Pbro. Dr. Vicente Vega y Aguilar

Ilustres Miembros del Ateneo de El Salvador:

Excelentísimo Señor Arzobispo:

Señoras:

Señores:

La sola presencia de Monseñor Chávez en este recinto, es para todos, y en especial para los que vemos en él al Representante de la Iglesia Salvadoreña, motivo de suficiente honor; pero más aún, se significa en alto grado este concepto honorífico, cuando sabemos que su presencia obedece al ingreso oficial que hace su Excelencia, al Ateneo de El Salvador, con ocasión de haberlo nombrado su Miembro Activo, título al que, sin ambages, pudiera yo agregar en esta noche, todos los epítetos a que es acreedor: como Ilustrísimo, Bondadosísimo, Excelentísimo, y otros tantos caballerescos que bien caben en tan noble figura y gallarda sujetividad.

El Ilustre Prelado, al llegar al Palacio de las Letras, ha presentado como credencial protocolar, el primoroso trabajo que acabáis de oír, y que tan elocuentemente ha pronunciado ante la Representación Literaria, a la que, en estos momentos pertenece. Sus acentos han tenido la cadencia de un arpegio místico, revelando a la vez, un gran deseo paternal: la influencia psicológica del personaje histórico que tan acertadamente ha escogido para presentarnos, en sus rasgos biográficos más destacados, ellos han dejado en nuestro espíritu la mágica curiosidad de una incesante interrogación; tanto más, cuanto que la ideología de la personalidad enfocada, se ha traído en estos días aciagos, en que la humanidad gime en una especie de horfandad espiritual, retorciéndose en los estertores de una universal incomprensión fraternal, y a soslayo rehuje el sacrificio evangélico, para afilar despiadadamente las garras del

egoísmo y de las ambiciones malsanas, de los unos contra los otros, que contrastan palmariamente con la pasmosa figura del Autor de la doctrina de la Cruz, y por ende, del darse «Todo para todos», del «Hacerse esclavo para con los esclavos» y «Libre para con los libres» con tal de «Ganar a todos para Cristo».

Parece que su figura, auténticamente providencial, la escogió Dios en las generaciones, y conforme al plan de la Economía Divina, a la luz preconcebida de la epopeya del Cristianismo, como para que se destacara con destellos luminosos de un faro doctrinario, junto a la autoridad prudencial de aquel otro, que es como pedestal incommovible, maravillosamente paternal y que se llama el Apóstol Pedro, a fin de que los dos sostenidos por el mismo Cristo e invariablemente inspirados por la misma gloria; el uno, con su calma de anciano, y el otro, con el fuego de su juventud, dedicáranse a realizar la cruzada regeneradora y eminentemente cultural que más regueiros de luz y de beneficios haya sembrado en su camino, al alcanzar horizontes insospechables de orden espiritual y de proselitismo universal, que jamás hayan contemplado los siglos.

Este hombre genial, nacido en Tarso, dos años después que nació Cristo, ciudadano romano por privilegio de Augusto, concedido a los Tarsenses por premio de su fidelidad, es todavía para nosotros, como lo fué para los de su época, objeto de verdadera admiración. Su cambio brusco, de ardiente perseguidor de los cristianos, en fervoroso seguidor del Crucificado, debió tener, como lo tiene ahora ante los ojos, de la crítica, algún motivo trascendente

de carácter imperante y decisivo en su espíritu, y ante el cual, su inteligencia y su voluntad no pudieron más que resignarse. El motivo lo sabemos todos, no solo en las fuentes de la historia, sino también por narración del mismo Saulo, que el nuevo Ateneísta nos la ha contado, tomándola de los «Hechos de los Apóstoles» en su Cap. 26, a cuyo relato, con la bondadosa aquiescencia de los que me escuchan, deseo agregar lo que mi corazón siente, y lo que mi imaginación se explaya, cuando considero este hecho transformativo de aquel hombre nuevo, que al decir del mismo, había sido engendrado nuevamente, llegando a afirmar en los transportes de su nueva personalidad, y cuando se creía que había asimilado a Cristo: «¿Vivo yo? Yo ya no vivo; es Cristo el que vive en mí».

El camino de Damasco fué el escenario de este acontecimiento. El diálogo sostenido cuando fué derribado, al estampido fulgurante de un rayo, que, si bien es verdad, hubo aturdimiento y excesiva luz a su alrededor, no era menos cierto que, desde el principio hasta el fin del drama, debió simbolizarse la naturaleza y el destino del protagonista.

El racionalismo de todos los tiempos ha dicho mucho acerca de las grandes conversiones; pero de cualquier manera que sea, debemos convenir en que el espíritu humano no se ha estudiado lo suficiente para calificar los fenómenos psicológicos, para dar reglas generales con las que, pudiéramos apreciar repugnancias inaceptables en el orden de la realidad de las ideas. La conversión de San Pablo es un caso excepcional, profundamente observado por los críticos de todas las épocas pues

es muy humano pensar, que el hombre a pesar de su conversión no deje de tener en su vida normal, restos de lo que era antes de llegar a ella. La conversión, aún la más profunda, no suprime ni puede suprimir la naturaleza ingénita, del hombre antiguo. La reforma, le poda, le sublima, pero no le aniquila. Aquellas fuerzas que estaban destinadas al mal, las destina al bien, pero son las mismas siempre, en cuanto que son potencias del ánimo y del ingenio; aquellas facultades de la inteligencia que se satisfacían en el error, ahora se ocupan en la verdad, pero continúan siempre siendo las mismas facultades, no debilitadas, sino vigorizadas.

Pero San Pablo, a pesar de esta realidad fenomenal tenía una fuerza misteriosa que solía sostenerlo cuantas veces el espíritu flaqueaba en las debilidades de la carne, fuerza misteriosa que él llamaba gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Si se examinan las circunstancias concurrentes del hecho ocurrido en el camino de Damasco, alejará de nosotros la falsa idea de un rictus sugestivo o de una ilusión. En primer lugar, su constitución física perfectamente normal, antes y después de su conversión; su vanidad pagana, confiada en el tropel de su guardia; su ensueño de triunfo en la aventura que se le encomendaba, son detalles que impulsan a pensar en la imposibilidad de aceptar lo contrario de aquella ideología. Por otra parte, el lenguaje oído por el discípulo de Gamaliel, al calor de su poca simpatía, por aquellos que perseguía, hacen suponer, con fuerza de verdad que lo que hubo, fué real y decisivo para ajustarse a su nueva vida.

La súplica interrogativa: «Saulo,

¿Por qué me persigues?» era desconcertante a sus planes de conquistista y de trofeo, era el comienzo de su capitulación, pues el interpelado, reaccionando sobre los estribos de la cabalgadura, martillados sus oídos, con la espigante magia de aquella pregunta, el valiente cuidador de ropas de los que apedrearon a Esteban, «El protomártir», no pudo menos que contestar, todavía con un acento de curiosidad y de indiferentismo: «Quién sois Vos, Señor?!... ¡Y el momento inicial de aquella conversión se había realizado! La voz de Jesús se oía nuevamente, después de su ascensión, sobre la tierra; y, al escuchar el interpelado la suavidad perfumada de su voz, que era como el aliento de la montaña a donde subiría con el ropaje de la inmortalidad; que era, como el aroma del nardo que había impregnado de fragancia la casa de Simón; que era como el fulgor diamantino de las lágrimas de Magdala, cuando enjugaba con sus sedosos cabellos la suavidad impoluta de los pies del Nazareno: «Yo soy Jesús, a quien tu persigues»! «En vano te empeñas en recalcitrar contra mí.» Aquello era una aclaración sublime. El cielo de su ignorancia o de su duda, se despejaba ante los ojos atónitos del interpelado. Aquella voz era la realidad y la cordura de los fanáticos a quienes había perseguido; era su propio defensor, tan proclamado por quienes desde que lo conocieron lo amaron, y en aquel instante salía a la palestra por los suyos, cumpliendo así su palabra: «Quien a vosotros oye a mí me oye, quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia» ¡Qué lección y qué enseñanza! Recordaba con énfasis obsesionante sus palabras: «En vano te empeñas», como

diciéndole: «Por grande que sea tu soberbia, tus pretensiones; por fácil que creas la realización de tus planes, mira que eres hombre y por tanto perecedero, finito, deleznable; y Yo, soy tu Dios, tu Creador, Imperecedero, Infinito. Tu obra no puede destruir la Mía.» Esta reflexión íntima vencía lógicamente a Saulo en aquel instante; pero su derrota era el principio de su triunfo; su sinceridad en reconocerlo, era el valuarte poderoso de su eficacia futura; y, en medio de aquel ambiente de soberbia pagana, de sectarismo recalcitrante, había almacenado una cantidad considerable de humildad que le ayudaría fácilmente a ser no sólo su obsesión de amor para toda su vida, sino también la penumbra insaciable por extender día a día, su Nombre y su gloria, conforme a sus aspiraciones. Por eso, rendido ya, depuestas sus armas pidiendo no sólo la paz al que había ofendido inconscientemente de lo que era, sino también, abrochándose el nuevo uniforme, calándose la nueva coraza de intrépido soldado, exclamó: ¿Qué queréis que haga? Levántate, respondió la voz, entra en la ciudad, y ahí te dirán lo que has de hacer. Su nueva misión comenzaba con aquella orden. Quién no sabe que Ananías, puso las manos sobre él y le administró el bautismo; que su elocuencia irresistible sobresaltó a los doctores; que su celo lo llevó con Bernabé a la Pisidia, a la Panfilia, a la Talia y a gran parte de la Siria? Que sufrió persecuciones, que se expuso a peligros que rayaban en verdaderas aventuras, en el mar, en los ríos, en los desiertos. Que por sus acaloradas y convincentes predicaciones, fué blanco de los judíos, de los gentiles, de los falsos hermanos, que

fué azotado con nervios de bueyes, con varas; que por un día y una noche pasó fluctuando entre las horas del mar, revelando siempre y en todos los instantes, su más encendido amor al procurar la gloria y la extensión del Nombre de Aquel que lo había sorprendido en el camino de Damasco, del mismo Jesús que en éxtasis sublime lo arrebató al tercer cielo, según su lenguaje, como para que dijera a los mortales, que: «Ni el ojo vió, ni el oído oyó, lo que Dios tiene preparado para los que le sirven y aman».

Saulo dejó su nombre para tomar el de Pablo, a causa de la conversión del Pro-cónsul Sergio Paulo, Gobernador de Chipre, pues su palabra inflamada en los transportes de su poseída misión, empapada en la gracia de Quien se lo había prometido, resonó en todas partes: lo mismo en las humildes ciudades, en medio de los sencillos, como en las capitales del mundo pagano; lo mismo al oído del hermano, como en las grandes asambleas. Y así, no fué extraño que, el Areópago, se conmoviera ante su lenguaje desconocido; y Dionisio, uno de los sabios, se rindiera a su palabra para seguir a Cristo, llamándose el Areópagita. Roma, la Señora de los Césares, la que se impuso por el Derecho y la formalidad de sus leyes, fué el teatro de sus últimas actividades, en esa ciudad inmortal exhaló su postrer aliento, cuando, en la persecución de Nerón, rodó su cabeza, al rudo golpe del verdugo, mandado por el banal Emperador. Desde su último reducto, aquella inteligencia siempre inquieta, que nunca sintió desalientos, y quien solía exclamar: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta», escribió elocuentísimas epístolas llenas

de doctrinas; y, a pesar de las ataduras de las cadenas, que atenazeaban su cuerpo, oraba y predicaba, convirtiéndose a los mismos carceleros. ¡Qué fecundidad verbal! Alguien ha dicho con razón, que si San Pablo viviera en nuestros tiempos, se haría periodista. Y, a la verdad, sin temor podemos decir, que, sin la prudencia de Pedro; pero sobre todo, sin la energía de San Pablo, humanamente no se hubiera propagado el Cristianismo.

Monseñor Chávez, en esta noche de honor, y de inmarcesibles recuerdos para el Ateneo de El Salvador, nos ha propuesto a la consideración, a éste célebre Apóstol, por autonomía. Bien sabe el virtuoso prelado, que su vida es emblema de ejemplaridad para las grandes inteligencias en las que se anida un espíritu de sinceridad y de rectitud de carácter; es una figura de hombre constructivo que no pasa de moda y que está siempre viviendo en la Ética de todos los siglos y en la conciencia admirativa de todas las generaciones.

San Pablo era amante de la cruz, y por ende se gozaba en los sufrimientos; porque había conocido como el que más, a Cristo, quien, muriendo en ese infame madero, después de sufrimientos inenarrables, había purificado a la humanidad y señalándole el sendero de una perfección, pero a base de renunciaciones, de despojos, de desnudeces de todo aquello que nos fuera más íntimo, más querido, más unido entrañablemente a nosotros. Y esa ideología San Pablo la poseía y la practicaba, llamándose loco por Cristo y predicando a todos la divina locura de la Cruz.

Por eso ha dicho una elocuente pluma: «El sacrificio es necesario,

como condición previa del apostolado; el que no es «Otro Cristo» no puede salvar, y no es «Otro Cristo» el que, a lo menos de alguna manera, no está crucificado como Cristo. Pero hay más: el sacrificio es extraordinariamente útil, como medio principal de conquista apostólico. En primer lugar a causa de la fuerza del ejemplo. Entre los que no practican íntimamente el Evangelio, son pocos los que ponen en duda, que sólo él, posee la verdadera fórmula de la salvación.....Puede ser bello atravesar el mundo, desnudo como un profeta, con las manos llenas de afirmaciones y de Sentencias, con el corazón lleno de amor. El mundo de hoy, escucha sin duda a un San Francisco de Asís de la paz; pero San Francisco, se había quitado primero la capa y el vestido. Quién de nosotros se ha desnudado?

Decir: «Según los tiempos que corren, no es suficiente, si es que nunca lo ha sido. Es necesario mostrar al mundo de qué manera «se vive» el Evangelio. Oradores, predicadores, no faltan; son demasiados. Más que hombres que suban a la tribuna, se necesitan hombres que suban a la Cruz. Este es el gran prodigio. ¡Cuántos son llamados por el vuelo magnífico de la juventud! Escuchan, parecen dudar unos instantes. Pero el torrente de la vida los arrastra y andan rodando, llevados por el estéril movimiento de los días huecos. Van rodando hasta el fin y no han conocido a Dios, ni su alma, ni el reinado de Dios. ¡Oh Dios mío! ¡Cuán pocos son los escogidos, entre este inmenso número de llamados!

A veces, empero, Dios suscita «elegidos».

Más, en verdad, en el fondo, lo que más importa en la vida, es no

estar jamás satisfecho, ni de sí mismo, ni de sus conocimientos, ni de buscar siempre, ni de esforzarse siempre, ni de subir siempre:» ¡Son tantas las personas que se contentan prestol

Horriblemente calafateados, envueltos, cerrados, no tienen ninguna salida hacia las grandes cosas. Individuos mediocres, les basta una medianía, un ideal mediano. Rebaño, masa amorfa.

¡Cuántos gozamos de oír otros acentos! ¡De respirar otros aires!

Con razón decía San Agustín: «El precio del hombre es su voluntad.» Cada día crece el número de convencidos, dice una valiente pluma, de que la escuela actual dedica demasiado cuidado al cerebro de los jóvenes, y olvidan excesivamente la formación del carácter, de la fuerza de voluntad del joven... De ahí la realidad dolorosa de que en la sociedad de los hombres maduros abunden también más cabezas instruidas que temples de acero, de que se encuentre más ciencia, que carácter. Y sin embargo, la base del Estado, su piedra fundamental no es la ciencia sino la moral intacta; no es la riqueza, sino el honor; no es la vileza, sino el carácter.

Gracias, Excelentísimo Señor, por el rato espiritual que nos habéis proporcionado. Yo, inmerecido embajador del Ateneo Salvadoreño para daros la bienvenida, me siento asaz honrado; pero me asalta el temor de no haber cumplido con el nobilísimo encargo que todos y cada uno de mis colegas me confiaran, para hacer público en esta ocasión, su más íntimo regocijo, al contaros desde ahora en su seno literario. Entrad Excelentísimo Monseñor, con todas

las prerrogativas de un amplísimo pase, a este centro de luz; sentaos, que aquí, como en vuestra Silla Arzobispal, estaréis seguro de la admiración de quienes os quieren y veneran. La Cruz resplandeciente que adorna vuestro pecho de joven Arzobispo, es ya un lábaro de esperanza para la juventud salvadoreña. Vuestra Consagrada mano, adornada con el anillo simbólico de vuestra Autoridad, al entrelazarse con la de los ilustres miembros del Ateneo de El Salvador en comprensivo ideal de las más nobles y altas misiones de la tierra, cuando se ocupan en crear ideas, producto de los fulgores de la inteligencia para bien de la juventud y baluarte de los prestigios nacionales, efectúa, en estos momentos, una concreción espiritual, en la que se funden la ciencia sagrada y la profana, los intereses de Dios y los del hombre; las aspiraciones del cielo y los negocios de la tierra, las ascensiones del espíritu y las visciditudes de la materia; concreción que, constituirá un escudo mágico, con el que pueda la juventud ascendente, preparar sus alas aspirativas en regiones orientadoras del espacio del porvenir, realizando así el más alto ideal patriótico, cual es, el que los hombres, elevándose por encima de sus compañeros, libren la vida nacional, forjándola en las alturas en donde se realiza el progreso, llevándola hacia adelante, al producir los grandes movimientos; librándola de los inminentes peligros que le amenazan, al ejemplo de Saulo de Tarso; y del mismo modo que éste se levantó del camino de Damasco, para convertirse en órgano impulsivo de las aspiraciones del cielo, surja la juventud cuscatleca, del indiferentismo y de las ideas atraviliarias de orden social

y filosófico, y oigan la voz que oyó Pablo, y queden convencidos que Jesús nos eleva a la grandeza y a la inmortalidad, siempre que, siendo sinceros en reconocerlo y confesarlo, nos levantemos de lo vulgar por el sacrificio, y sobresalgamos por enci-

ma de la masa, no por vanidad, sino por necesidad apostólica. Y quedemos poseídos, de que, en medio de un mundo que reniega de la Cruz, para ser grandes, es necesario amar la CRUZ.

He dicho.



(DE LAS NOCHES DE PROYECCION DE CULTURA POR RADIO)

OBJETIVO Y FINALIDAD DEL COMENTARIO MUSICAL

BAUDILIO FUENTES

Motivos de sana divagación para el espíritu que tiende a elevarse en actitud inteligente, no son raros en un ambiente estrecho, como se ha dado en llamar al nuestro por quienes no lo sienten ni conocen, ni lo estudian ni aman. Motivos de superación cultural abren esporádicamente rutas florecientes y fructíferas a la emotividad colectiva, y dan materia para sentir mejor, para intuir con más amplitud los poderes expresivos e interpretativos del arte.

No es absolutamente necesario ser músico, poeta o pintor, con dominio de técnica y talento específico educado en instituciones apropiadas, para sentirse dominado en profundidades relativas por una obra de arte. Las vibraciones metafísicas del arte expresado no hacen funcionar como objeto exclusivo de su influencia los elementos trabajados del espíritu. Mejor, y a la inversa, son esos mismos elementos, obedientes a una dinámica espiritual espontánea, los que buscan ondas

atemperadas, y desarrollan, en momentos de sublime contemplación, una aptitud radioactiva, digámoslo así, capaz de absorber en cierta potencialidad artística las partículas correspondientes del gran talento sentimental del universo. Con materialidad expresiva, decimos: la vibración físico-química del nervio, tantas veces reconstruida, tantas veces afinada por los procesos educativos, tantas veces depurada por la continua electrización del estudio; la vibración psíquica, estilizada y dirigida hacia un sentido más o menos perfecto de interpretación continua bajo influencias dirigidas de otros talentos cultivados; esas vibraciones fundamentales, como expresión de vida ejercitada, responden necesariamente como hilos conductores de corrientes polarizadas, a los estímulos correctos, inequívocamente afines, del arte que se cultiva.

Pero es otro aspecto de este asunto el que simplemente queremos enunciar, sin pretensiones de demostración: ésta queda indicada para

esos intelectos privilegiados, poseedores de una doble facultad expresiva: la del arte que dominan y la del lenguaje.

La existencia experimental del observador ha demostrado hasta la evidencia que no es una condición necesaria el dominio de la técnica matemática para que alguien posea en alto grado el sentido de la proporción. Este se manifiesta de súbito en actos sorprendentes para el poseedor mismo, provocando la admiración y el respeto de quienes lo tratan: su talento tiene ese don maravilloso, que, ora se manifiesta en el cálculo numérico, ora en la especulación comercial, ora en el arte bella y aún más en el arte manual, donde es más perceptible para la comunidad. Facultad natural que no podrá aumentar, pero si refinar, ninguna influencia docente. Manifiéstase también de una manera distinta, pero viva, en el trato diario, en el manejo de ese instrumental y problemático sentido, fantástico sentido llamado por antonomasia, el sentido común.

Con el sentido de la proporción matemática que, repetimos, es en el fondo, de la misma esencia que el sentido del arte, excluyendo todo ropaje de técnica y de intelectualidad aplicada a su comprensión, todo otro sentido en cuyo espíritu haya motivos de creación y de inmortalidad, orígenes de profunda emotividad, de la emotividad que resplandece, de la que canta y deslíe inquietudes y polariza sensibilidades; todo otro sentido de tal especie y magnitud responderá íntegramente, sin análisis, sin nomenclaturas, al más imperceptible toque de una mano que se desliza magistralmente sobre un pedacito de marfil, o que

saltarina trasmite un dolor o una semblanza, animando un cordaje, o construye en la clámide invisible de una serie de vibraciones un proyecto emocional.

Insistimos: ni la técnica, ni el genio específico son la última instancia en que se resuelve la potencia comprensiva de las obras de arte. El espíritu humano tiene más allá de todas las convenciones expresivas, mucho más profundo que las más penetrantes radiaciones del arte en movimiento, tiene una estática de apoyo para la reflexión, para la vibración, para las ondas sentimentales que enlazan corazones y estimulan cerebros en horas comunes a la emotividad, en momentos de prueba del divino sentimiento.

Y no siendo la técnica, ni el genio específico, razones suficientes para concluir que quien no los posee es incapaz de sentirse abstraído, o de siquiera embaírse ante la profundísima y total manifestación de las divinas sensaciones; no siendo tales condiciones sino un accidente, basta y sobra su calidad misma de específicas para declarar libre a la humanidad asistente, a la humanidad ignorante, libre para quintaesenciar a su modo, pero con honda y total certidumbre, la dulzura inmanente, la originalidad expresiva, la virtud creadora o la habilidad imitativa, las conexiones de sentido, la gracia sonriente, la dinámica maravillosa, la interpretación exacta, la evocación ardiente, la figuración fantástica: todo, compreso en un conjunto vivo, que un espíritu libre comprende, sin axiomas ni teoremas, sin razones ni significados parciales, en una sola, viva, fecunda comprensión alada, generosa en la aceptación integral, y hermética en el rechazo.

La facultad interpretativa de todas las obras de arte es indivisible. No puede individualizarse. Se autoriza por la presencia de una suma de antenas en suspenso. Una sola alma se convierte, para sentir por todas, con sentimiento libérrimo, en cabeza de conjunto, en vía de recepción. Se despersonaliza entonces y siente por todas a la vez: aprueba o desaprueba con un sí o un no, rotundos, sin entrar en digresiones ni en polémicas interiores, ni confrontar argumentos ni razones: NO SIRVE, ESTA BIEN. ¡Bravo! La interjección asoma su extremo de flor de sentimiento en la cima de la satisfacción, y totaliza un criterio donde no interviene el pensar,

Aun en los grandes analistas, esa indivisibilidad del sentir se manifiesta como algo irreductible, en pugna con el positivismo disociador de sus talentos. Decía el genio del psicoanálisis: «Una disposición racionalista o tal vez analítica lucha en mí contra la emoción cuando no puedo saber por qué me conmuevo ni qué cosa me conmueve». Y continúa preguntando «¿No habrían considerado siquiera algunos estetas el abandono de nuestra inteligencia como una condición necesaria de los más grandes efectos que pueda producir una obra de arte?» Y a pesar de esta pregunta, reveladora de un enorme y fecundo escepticismo, Freud mismo da cabida a una esperanza en que, cumplida la interpretación de una obra de arte se podrá saber por qué apresó nuestra alma una poderosa emoción.

¿Por qué os quedáis en suspenso cuando un conjunto musical ejecuta con perfección una pieza magnífica, sin preguntaros en ese momento qué clase de motivo retiene vuestra in-

quietud y da espacio a una suprema valoración del sentimiento y os pone en contacto con un legítimo sentido de eternidad? No necesitáis saberlo, como materia que sois del sentir, cera modelable de la pasión, dócil a la impresión, conductora ignorante, sumisa, de las corrientes pasionales; receptora y acumuladora del fluido que transforma lo divino en humano. Objeto de cautivación y de estímulo, ese público nuestro que asiste a una ejecución musical es más o menos grande, por la ductilidad, y como parte de la humanidad que sufre y canta, llora y ríe de tristeza o de contento, con la misma fácil correspondencia en las zonas frías que en las zonas templadas, en el Norte o en el Sur, ese público tiene el derecho de sentir a su modo, al Este o al Poniente, pero necesita orientación.

Contemplando detenidamente el panorama interno que ofrece la emoción colectiva al pensador, surge poco a poco el problema de las relaciones entre la metafísica y la psicología. En qué medida el impulso creador, el genio que dió vida a una obra, realiza en el artista el paso cadencioso hacia las almas del público que siente, y en este público, con qué fuerza se reproduce el estado de pasión, con qué clase de energía se alimenta la intención propia del intérprete, o con qué delicada ternura se reproduce el sentimiento original?

Todas esas consideraciones que confrontan conocimientos de materia de interpretación, la misma del dominio del artista, y materia de emoción que es el alma colectiva del pueblo, sin ver más allá del sujeto creador, el genio, cuyo conocimiento está situado en otras latitudes del

alma, en contacto con lo divino y con lo eterno; todas esas consideraciones plantean para el pensador un problema de conexiones, dije ya, en que deben discernirse claramente las actitudes del artista, del creador y del pueblo que siente.

Queda, pues, la faena doble de pensar y sentir, para quienes gusten de comentar en público, el paso por nuestras tierras, de esos mensajeros de cultura estética, o aunque sea de los nuestros, que conquistan con esfuerzo y simpatía un nivel superior a la comunidad, en la gloriosa función del arte.

Faena triple, si suponemos que el oficio de comentar en tal campo de la cultura emocional requiere, sin contar el buen gusto natural y un alma de gran gustador de arte, la facilidad en el decir, donde cada palabra, cada conjunto de expresiones, gira con docilidad al ritmo del tema divulgado, donde el arte de expresarse por el habla corresponde con esmerada flexibilidad al ideal que se propaga.

No basta con que el comentarista de materia musical, ya que llegamos al tema principal de este ensayo, domine, pues, la técnica respectiva o sea un artista de alto precio. A todas sus dotes intelectuales y emotivas deben sumarse su dominio del lenguaje y su buen gusto en el decir. Si, reuniendo todas esas condiciones, no pierde de vista que la finalidad del comentario es orientar la cultura popular y estimular en el artista la perfección del mecanismo y de la aptitud interpretativa, colaborará firmemente en el magisterio periodístico, en las grandes empresas educativas del pueblo que ya no va a los centros de cultura sistematizada.

Aquí en El Salvador, que separamos, son pocas las personas capacitadas, como artistas y escritores al mismo tiempo, para elevar a un grado de orientación precisa sobre materia musical la cultura general del pueblo. Esporádicas manifestaciones de simple entusiasmo aparecen después de una temporada de arte, en artículos escritos por simples reporteros, donde el lugar común y la anfibología estropean la buena intención. Artículos periodísticos donde la admiración personal se traduce en adjetivos más o menos apropiados que llevan al lector de masa, a una desorientada apreciación. Ya en las recientes audiciones del conjunto musical que para nosotros representa esfuerzo máximo de cultura, se escribieron comentarios destinados a esclarecer la competencia de los distintos artistas que colaboraron en la exhibición: y, repito, desde el artículo entusiasta, anfibológico y desorientador, hasta el comentario de crítica sujeta a nociones de técnica, de persona entendida, y el artículo del gustador de arte y hombre de pensamiento cultivado, brindaron a los exploradores de lectura una escala de apreciaciones sobre materia musical, en que el criterio del lector echó a suerte las razones, en pro o en contra, sobre la capacidad de los artistas.

«En asuntos de comentario musical hay que ser parcos». Estas son palabras de una artista de lo más selecto de nuestro mundo emocional. Ni una palabra demás, ni una de menos, que puedan llevar la mente del lector a apreciaciones desafortunadas y a discusiones inútiles, en terrenos prohibidos. En materia musical, es preferible que el pueblo juzgue de conjunto, antes que lle-

varlo por la lectura de un comentario lateral a mayor profundidad de confusión. Es preferible que el público sienta la total y augusta conexión entre el impulso creador del genio del compositor y su propia emoción colectiva, llena de Unidad, si se nos permite la expresión, sin tener en cuenta si la técnica del intérprete falló en tal o cual aspecto de la mecánica instrumental, o de la propia ciencia musical. «Importa más en este caso, la pulsación misma que el número de vibraciones», dice el filósofo.

Podéis conocer la capacidad orientadora del escritor cuando os transcribo párrafos de un comentario de persona suficientemente apta para tal cosa, cuando se examina el segundo concierto de Tapia Caballero: ¿A qué se refiere principalmente el escritor? A presentarnos al artista «como traductor múltiple y complejo, capaz de adaptarse íntima y dócilmente», según sus propias palabras, a las más variadas personalidades y al más secreto y profundo Yo del compositor. Lo presenta como príncipe de la interpretación musical. El comentarista, luego, va más allá: reconoce en el artista y le da posición importantísima en él, a la dúctil sensibilidad manifestada en la composición de los programas y en las felices combinaciones de obras musicales. Sólo es de lamentar en ese comentario el paralelismo de términos gastronómicos que quizá sea para una sociedad que da gran importancia al gusto del paladar, el punto de comparación, guía de mejor comprensión. Haciendo a un lado, pues, la referencia del comentarista a la técnica gastronómica, descubrimos en el fondo sano de sus apreciaciones una ruta porque el cami-

nante puede conducirse con seguridad en los terrenos de la estética, hacia una ensenada libre de temporal. Altos faros en la ruta escabrosa del comentario son: la fe del escritor en la gracia de los programas que el artista confecciona, en donde combina todos los tonos de la emotividad para todas las capacidades receptoras; su seguridad absoluta, explicada y sostenida, en la magistral potencia del artista; faros, diremos, que guían al lector estudioso hacia una selección mejorada, y lo estimulan a la cultura orientada por la asistencia consciente a los actos de esa índole educativa. El delicado comentario que estudiamos aquí obedece a la condición de prudencia en cuanto a que no entra en digresiones de técnica, pero lleva, por el gusto y conocimiento que lo distinguen, por rumbos conceptuales de carácter documental. Y señala dignamente, con la medida propia del escritor que sabe para quién escribe, los vacíos de programa, significado de revelación para el lector.

El comentarista de materia musical, en este caso, tiene la autoridad del escritor y la delicadeza del gustador eximio, para comparar y dar al artista una posición segura sobre la espectación de los que especulan en el Oriente de un sabio parecer.

De distinto modo se manifiesta otro comentarista, que en este caso domina la técnica del arte, cuando se refiere a la orquesta sinfónica y al pianista, con aplomo del que sabe lo que dice, y a la insuficiencia instrumental del conjunto, que no podría ejecutar ciertas obras de carácter más complicado. Precisa la desafinación de ciertos instrumentos y la inadvertencia de la batuta, la falta de entrenamiento previo de la parte orgá-

nica de aplicación, como índice general de la falta de influencia disciplinaria y de correcta formación. Orienta al lector sobre defectos que escapan a la masa del público: una batuta que no demanda los efectos requeridos de cada grupo de instrumentos, que no marca la diferencia entre la marcialidad y el cantado, y provoca así una timidez individual; una dirección que emplea de una vez todos los recursos directivos y que se encontraría inerte para guiar los matizados. El entendido nos habla de conexiones súbitas, malogradas, y entra en detalle de coincidencias de compases y valores de figuras y precipitaciones de ritmos, de contrastes imposibles; y no se extralimita cuando critica la índole docente del concierto. Exalta la monotonía del programa que es «como esos menús inhábiles que indigestan al comensal». Finalmente toca el tema, referente al

pianista, de su mejoramiento en la pulsación, no en la interpretación, señalando con firmeza dónde el solista con la orquesta conservaron la unidad rítmica, pero expresándose en contra del automatismo sin libertad.

Dos comentarios hemos traído a nuestro estudio, para conseguir un poco de orientación sobre sucesos culturales de tan elevada emotividad. Uno de Guerra Trigueros y otro del señor Paniagua. Tan distintos el uno del otro, en su estructura ideal, pero destinados ambos a señalar, lo dije ya, una ruta de apreciaciones por donde el lector puede evitar los peligros de ser manipulado por un entusiasta inexperto o por las simplezas del presuntuoso ignorante pagado de la candidez de los lectores, que habla de lo primero que se le ocurre, y da opinión como profesional.



P E N S A R

POR JOSE INGENIEROS

El primer mandamiento de la ley humana es aprender a pensar; el segundo es hacer todo lo que se ha pensado.

Aprendiendo a pensar se evita el desperdicio de la propia energía; el fracaso es simple ignorancia de las causas que lo determinan. Para hacer bien las cosas hay que pensarlas enteramente: no las hacen bien los que las piensan mal equivocándose en la evaluación de sus fuerzas: como un niño que errando el cálculo de la distancia diera en tirar piedras contra el sol que se hunde en el horizonte.

Nunca se equivoca el que ha aprendido a medir las cosas a que se aplica su energía; no se arredra jamás el que ha educado su propia eficacia mediante el esfuerzo asiduo y sistemático.

La confianza en sí mismo es una elevación de la propia temperatura moral: llegando al

rojo vivo se convierte en fe que hace desbordar la voluntad con pujanza de avalancha.

Así ocurre a los genios: cumplen todo ideal que piensan, sin detenerse ante la incompreensión de los demás.

Sarmiento, al pensar alguna empresa eficaz para la raza, jamás se detuvo a discutirla con los que no habían pensado: la hizo como pudo; pero la hizo.

Los hombres sin energía no dejan cosa alguna de provecho: dudan y temen equivocarse, porque no han sabido pensarla. Y nunca adquieren esa confianza en sí mismo y que es fe en los resultados que hizo exclamar al vidente americano: «las cosas hay que hacerlas». Y esas palabras, latigando el rostro de los perezosos, querían decir otra cosa: las cosas que hemos pensado como buenas hay que hacerlas, aunque las crean malas los que no han sabido hacerlas.

CANCION DE

POR EL LIBRO SALVADOREÑO

CORASON CON S, DE SERAFIN QUITENO

SERAFIN QUITENO ha dado su primer libro CORASON CON S. En el ambiente torturado por informaciones macabras, este libro de ternuras y de amor, filtra su decoro para sangrar con luz, la carne amoratada en las desesperanzas. Su libro es acogido con cariño. Es un libro bien escrito y bien impreso. La sangre se hizo caricia en el verso y éste arrulla y recuerda, evoca y anda por todas partes sendereando imposibles en la realidad que tanto han amargado la ambición y el dolor.

Este libro de Quiteño, hecho con barro de Cuscatlán, como la mujer de su poema, proyecta el panorama interior del poeta y hace vibrar en diapasones claros, la gama que fija actitudes y define posiciones. Verso claro y bueno, el de Quiteño. Y con eso está dicho todo, porque la bondad es belleza y es vida. Y esto hay en el libro de Quiteño que está ahora viajando por diferentes rumbos, cayendo en manos que sabrán leer—porque hay dedos que leen— y en almas que sabrán identificarse con el poeta que aventó su primera realidad en esta hora en que más se necesita de las cosas del espíritu.

1.—

Viajera que llegas de tan lejos—,
has iluminado el pueblo.
El sol es más alegre por tí.
Las muchachas tienen los ojos grandes por tí.
Los muchachos sueñan. Quieren ser héroes.
Y tú, viajera, apenas si sabes lo que haces...

Mi corasón «mengalo»,
arrapiezo que vaga sin rumbo y sin camisa,
se ha llegado hasta tí con los ojos abiertos:
«Oiga, Señora: ¿Quiere regalarme un pecado?»

Y tú, que guardas joyas pálidas en tus arcas
y eres la madre joven de los niños sin madre,
bajando una sonrisa de tu bazar de gracia
me has dado el relicario dulce de lo inefable.

Tú has venido a enseñarnos ¡oh mujer grande y fuerte!
cuánto amor cabe dentro de las almas fraternas
y cuál es el encanto de las aves de paso
y cuál es el misterio de lo que no regresa.

Tú suave, tú frágil, tú sencilla,
fugaz como la brisa pero como ella eterna,
tienes la consistencia de los anhelos hondos
y la obediente gracia de las nubes en vuelo.

LA TERNURA

Una dicha pequeña has traído a mi aldea,
y al mirarla, en silencio, tan humilde y tan parva,
se me ha dado que cabe luminosa y entera
dentro de un «camanance» de la cara del alba.

Pero hoy te vas y aquella dicha sincera y mínima
que cabía en el hueco de un ala o de una mano,
deja en las almas tuyas un vacío tan grande,
que Dios, con ser Dios mismo, no podría llenarlo.

2.—

Oyeme, confidente: cuando en tus manos tiernas
como un pájaro enfermo te dejé mi tristeza,
ignoraba el secreto de lo que nunca vuelve
y el de las hojas muertas que el verano se lleva.

Pero hoy, solo, sin nombre, sobre la tierra dura
mi sed se alarga y fuga como dos rieles fríos.
La noche tiembla, y llora la selva de la sombra.
Yo estoy en la maleza como un niño perdido.

No volverás...no volverás...ya me lo dijo
aquella ventanilla que se llevó tus ojos.
En ellos iba el viaje, la esperanza, la muerte,
lo que se va... lo que se queda... pero que no regresa.

De qué rincón del tiempo
emergió el áura clara de tu voz, de qué vida
surges ¡oh misteriosa bandolera celeste?!
¿Qué pájaros perdidos vertieron en tu pena

esa resignación y ese gesto magnánimo,
lo que tienes de noble sacrificio,
lo que está más allá de las palabras
en sílabas de niños y en emociones párvulas?

Tus manos me enseñaron la suavidad. Tus ojos
me enseñaron la noche rebosando de estrellas
y asomado a los bordes de tu estelar abismo
todo deslumbramiento me pareció pequeño.

(Mi canción en tus ojos era una lágrima sin nombre.
En tu ternura universal, brizna de amor.)

3.—

Ya no soy solamente la flecha en el espacio
sino la fuerza misma de la flecha en lo eterno.
Ya no soy sólo el pájaro en ademán de vuelo,
sino el vuelo, el espacio, la unidad y lo cierto.

Tu nombre ágil, tendido, musical e inocente
—un vuelo de oropéndolas bajo la tarde quieta...
un collar tembloroso y apretado de lágrimas...
estremece las aguas lánguidas del silencio.

Ya puedo hundirme en todas las simas de la angustia
—las más desoladoras y más negras y bajas—
y siempre ¡oh maravilla casta de tu sonrisal
regresaré en el sueño de las cándidas alas...

La noche me ha cercado de bayonetas negras,
y en mi redor el frío mordió la soledad.
Pero en toda tristeza tu devoción me asiste
como una orquídea pálida frente a la inmensidad.

S E R A F I N Q U I T E Ñ O .



Un Miembro Que Fallece

EN mayo del corriente año, el 23, dejó de existir en esta ciudad, don Adrián M. Arévalo, Miembro Activo del Ateneo de El Salvador. Más que todo, los años vencieron al colega hoy extinto. Y ya se sabe que el tiempo es el adversario de todo lo que perece.

Fué este hombre un trabajador incansable. Ocupó puestos visibles en la política salvadoreña de otros tiempos, habiendo sido Miembro de la Asamblea Legislativa, curul en la que actuó con visión, desempeñando una de las pro-secretarías. También fué alcalde de San Salvador y uno de los fundadores de la Sociedad «La Concordia.»

Esforzado y constante en el trabajo, a su



Don Adrián M. Arévalo

muerte hubo —sobre todo en el elemento obrero— intensa conmoción, porque él se dió a la clase trabajadora con empeño y decisión.

Aunque de años ya no asistía a las actividades del ATENELO DE EL SALVADOR, por haber sido el señor Arévalo uno de los miembros que acuerparon el movimiento para la fundación de este instituto, y por sus prendas personales, lamentamos el desaparecimiento de este ciudadano que dió a las letras salvadoreñas, en sus buenos tiempos, algunos pequeños volúmenes de carácter narraciones llanas, claras en su expresión.

Y que descanse en paz el colega.

EL SENTIDO DEL VIVIR

PROFESOR JOSE ANDRES ORANTES

I

No es síntesis de teorías evocadoras de nuevas sistematizaciones la expresión «el sentido del vivir»; es la totalidad absoluta de la manifestación existencial de la vida en la conciencia de quien la vive.

Digo conciencia como sinónimo del estado actual del hombre, estado que determinaron las funciones intelectuales, sensitivas y volitivas. Alguien ha dicho que la apreciación histórica del conocimiento personal pudo haberse reducido a cuatro expresiones: inteligencia, sensibilidad, voluntad y conciencia; pero, indiscutiblemente, la afirmación careció de economía de términos, pues bastó decir «conciencia», ya que sensibilidad es la conciencia sintiendo; inteligencia, la conciencia pensando, y voluntad, la conciencia actuando.

No existen tres facultades; existe una, con distintas modalidades: «la conciencia»; al sentido que percibe a esa conciencia, he querido llamar «el sentido del vivir», y quienes lo tienen, son los hombres del buen sentido que, en un día de reflexión, Diógenes buscara a pleno medio día en la plaza de Atenas.

II

La carrera vertiginosa de cronos ha hecho perder las leyes del ritmo humano, y hay cataclismo, cataclismo espiritual; si el sistema planetario perdiera sus órbitas, una fracción de

En el Ateneo



El 18 de enero del corriente año, con un ensayo de filosofía trascendente, EL SENTIDO DE VIVIR, el profesor José Andrés Orantes cubrió una de las vacantes de la Universidad Nacional al incorporarse Miembro Activo del ATENEON DE EL SALVADOR.

Es una pieza clara tal ensayo. La sustanciación de ella evade sistemas y entra al recóndito de las almas por canales de raciocinio, ya que no es posible anular éste en cualquiera exteriorización de ideas o de principios.

Principios son los que asentó sobre bases éticistas el profesor Orantes al comentar, desmenuzar, discriminar y sintetizar enunciados de aquellas mentes que, buscando el porqué de lo existencial toparon — no con el sentido de vivir de Orantes, sino con un sentido existencial apegado al cálculo, a la utilidad corpórea y objetiva, hurgando en las porciones bio-psíquicas que Ricket llamó la razón sustantiva del ser.

Nótase, a la par que la inquietud, cierta se-

segundo bastaría para que otra vez el Universo se convirtiera en un caos, y sólo podría reconstruirlo Dios. El siglo ha perdido la armonía humana y su reconstrucción es obra gigantesca, exclusiva de quien tiene poder para reconstruir un sistema planetario.

Las consecuencias de la hecatom-

be hacen clímax en los países que van a la vanguardia de la presente civilización: allá donde las letras, las filosofías y las ciencias iluminaban por los cuatro rumbos cardinales, cual astros potentes, e iban como antorchas inextinguibles iluminando las curvas de la circunferencia tendida en nuestro globo terrestre; aho-

renidad del ensayista al percatarse de hechos que otros tratadistas tomaron como primordiales en la plasmación —si así pudiera decirse— del arranque metafísico sostenido por los pre-aristotélicos, llegando aquellos, aunque contradictorios a las apreciaciones acerca de de emotividad, razón, acción advinientes de lo ontológico y tornándolas en funciones destructivas, con sentimientos, ideas y procedimientos.

Al percatarse Orantes de estas actitudes tan antiguas, no busca anularlas o negarlas, sino que los trasmuta en esto: SENTIDO DE VIVIR el bien, con el bien y para el bien. El bien, desde luego, con todos sus atributos: subjetiva y objetivamente, personal, colectiva y sucesivamente, en lo diverso y universo, particular y trascendentemente. Quiere decir, pues, que él ha penetrado el enunciado bíblico, Amaos los unos a los otros, filosofía de filosofías, resumida en pocas palabras, punto de apoyo de todo sentido de vivir, balanza reguladora, norma de la humanidad.

Este ensayo de Orantes hace pensar en una serie de proyecciones. Y hace pensar, no por lo que pareciera simple y sencillo en la palabra escrita, sino por el contenido en el espíritu del ensayo que va escalonando ideas que sugieren otras ideas que a la vez dan cabida a otras.

¿Será éste un marco para la evolución visto con el lente de una cardinal política espiritualista? Yo me atrevo a afirmar que sí, tomando el verdadero valor de la palabra política. Y sí, asentado en comprobaciones que no van de lo concreto a lo abstracto o viceversa en un jugueteo relativo, sino que abarca los opuestos, lo antimónico, porque se busca con esta idea de vida buena, enlazar y acoplar, unir y fundir e integralizar el ser, omnímodo y a la vez sujeto, poderoso y esencial, pristino y nuevo; pero un ser consciente de conciencias; ser casi deífico, dispuesto a la complementación de vida múltiple en una y al conocimiento y comprensión de la naturaleza que para la mente es problema de problemas, al parecer simple y fácil, por la familiaridad y con-

tactos y conjunciones del hombre con ella, siendo a la vez parte de ella.

Bergsón buscaba la energía pre-pensamiento. ¿Para que? Para conocer las identificaciones. Mas antes se inquirió en la razón y en la fuerza energética del principio. ¿Para qué? Somos por naturaleza curiosos y a la vez amos de la complicación, señores del embrollo, valiéndonos de los sentidos, haciéndolo obscuro todo, cuando en ese "amaos los unos a los otros" está el bello sentido de vivir que tanto ha preocupado a Orantes.

Esta pieza del apreciado ensayista merece estudio: tanto por lo que enuncia cuanto por lo que define.

Orantes encuentra su verdad y la da sin reticencia. El afirma que no es nuevo el principio. Podría ser; pero hay que profundizar el sentido en que él lo aplica y cómo lo he penetrado; que otros tienen el sentido de vivir en el apego a lo material en la existencia, al desbogue de los sentimientos, a las pasiones, a la búsqueda de dafinas recreaciones, aunque sean mentales; y él, al contrario, lo busca y lo halla en la conciencia de conciencias —conocimiento del conocimiento— aplicado bondadosamente: por el bien, para el bien y con el bien en una integral bondad en el hombre.

Merece este ensayo que sea divulgado, con lo que sacarían provecho mentes ávidas de ejercitar sus funciones intelectuales.

*
* *

El profesor Orantes, siendo Miembro Honorario del ATENEO DE EL SALVADOR, por disposición de leyes de la Institución que dan preeminencia a los Subsecretarios de Instrucción Pública, función que él desempeña, quiso ser Miembro Activo para darse con mayor servicio. Por eso es que llegó en esta forma al ATENEO —al que le da voluntad y entusiasmo, cariño y cooperación eficientes—, en esa noche de la Universidad Nacional a la que asistiera el señor Presidente de la República, y en la que recibiera múltiples aplausos y felicitaciones.

ra retumban los cañones en aquellos países como retumbara el espacio en un choque estelar; reinan las tinieblas, y, en lugar de luz, envían densos nubarrones que opacan la claridad que ayer nos dieron, y se derrumba estrepitosamente el edificio de la cultura que las generaciones idas construyeron a base de sacrificio y abnegación. Para levantarlo, el hombre necesita de Dios, y a Dios sólo podemos percibirlo por el sentido del vivir.

III

El fundador de la Doctrina Cartesiana, para llegar a sus concepciones metódicas, tuvo, más por intuición que por lógica, visión clara de la existencia; principia de seguro con el yo, y, sin descuidar la relación constante, va a lo semejante, y de éstos dos continúa firme y marca su sistema de apreciación existencial un campo para conocer lo que el mismo Descartes talvez no logró concretar. Colón murió creyendo que su hazaña se escribiría en la historia de las Indias Orientales, pero no fué así: su glorioso descubrimiento está unido a la historia de América. Descartes, y con él, los discípulos de la Doctrina Cartesiana, satisfechos, aseguraron haber hecho una gran conquista en los límites de la Lógica, pero fueron más allá: prepararon el camino para la intuición, función del sentido del vivir, capacidad del espíritu que nos eleva desde nuestro yo hasta el ego supremo, creador de cuanto existe: de lo finito a lo infinito, de lo concreto a lo abstracto, de lo privado de nuestra alma hasta el espíritu diáfano de Dios: Sentir esta relación entre lo creado y el Creador es otra función del sentido que discute nuestro tema.

IV

Las teorías sobre los valores personales son pluralísimas; en su mayoría se encarrilan en las rutas del ideal y, por tanto, presentan algún interés, en cualquiera de las orientaciones que se propongan y, para todas hay partidarios abnegados; el mundo doctrinario ha tenido para su realización dos causas: el materialismo histórico y el espiritualismo histórico; pero la unilateralidad de las tendencias, en cualquiera de las dos modalidades, no ha permitido más que una relativa valorización ya física, ya ética o ya intelectual; mas el sentido del pensar, el sentido del crear, o el sentido del actuar aisladamente, han fallado para la vida, porque generan pensadores incapacitados para la sutileza de la Estética o la divinidad de la Ética; creyentes, sin la dicha de la discriminación, quienes nunca experimentan la satisfacción de formar un juicio y revisar su credo; o seres automáticos que no pueden sentir la fe ni acariciar un ideal. Si se nos pidiese tipología humana, sujeta a una apreciación absolutamente integral, tendríamos la pena de ofrecer al mundo antítesis censurables: nos veríamos en la pena de hacer pasar ante la conciencia universal los teístas sin Dios, los cristianos sin Cristo, los idealistas sin ideal, los pensadores sin pensamientos, los moralistas sin moral, los héroes sin lucha, los que hicieron grandes obras sin haber realizado ninguna, etc. Pero si se nos interrogase por qué medio la humanidad podría mejorar sus tipos, contestaríamos, seguros de decir la verdad, que la combinación perfecta de las funciones espirituales nos daría estos tipos:

a) Del ideal que admira, crea y plasma su ideal, su admiración y su credo.

b) De la fe y la contemplación convertida en hechos, en obras, cuyo génesis sea la lógica y cuyo fin, la intuición.

c) De la férrea voluntad que determina impulsos de la justa razón, y siente la belleza y confianza de sus hechos absolutamente deliberados, tres aspectos tipológicos en un solo ser perfecto: «el hombre integral».

El será el tipo que concebirá la humanidad al desarrollar el sentido del vivir.

V

Decíamos que la Doctrina Cartesiana había descubierto como objetivo del conocimiento: el Yo, lo Semejante y lo Diferente; colocó al hombre frente al hombre en la disputa eterna por lo que le rodea. El Yo y lo Semejante destruyéndose recíprocamente por el derecho de la tierra, del aire, del agua, etc.; y si no fuese pesimismo denunciar esta civilización defectuosa, declararíamos públicamente que el progreso de la cultura no ha logrado dominar las ansias animales en el hombre; no callaría que la civilización del siglo XX no ha podido resolver sus problemas materiales ni espirituales por medio de tratados humanos, ni diría que en este momento resolverá los problemas del hombre, el derecho del más fuerte. Lo Diferente es la causa de la hecatombe mundial; la falta de educación justa para la distribución de los medios de vida y de los derechos espirituales extingue al hombre, y en el cuerpo del hombre surge la fiera y va a la caza como fué en la época bárbara, a dis-

putarse la presa. La instrucción que imparten los pueblos sólo tiene como fin prepararse para esa lucha destructiva. Por qué? Porque falta desarrollar el sentido del vivir que venga a poner a la humanidad en condiciones de repartirse los frutos de la Naturaleza con métodos humanos.

Ninguna transformación social, ninguna superación individual será trascendente para la vida, si no incluye en sus postulados la instrucción para la conquista de la vida, respetando el derecho ajeno como base para la paz; si no establece un sistema educativo que pueda garantizar el supremo bien de la humanidad, digo de la humanidad, no del jefe, no del partido, no de una raza: el supremo bien del individuo por el supremo bien del conglomerado, y el supremo bien del conglomerado por el supremo bien del individuo, excluyendo todo ismo separatista: tal el concepto nuevo de la educación por la conquista del sentido que forja el título de mi plática.

Los sistemas de educación que el mundo ha exhibido con vana gloria, carecen de valor científico y de practicidad; sus teorías son elucubraciones de agudas mentalidades, pero sin un sentido práctico para vivir; los biólogos han dicho que los individuos y los pueblos son efectos del medio ambiente; pero también es cierto que el medio ambiente es producto, y que el individuo, es transformador y se ve transformado material y espiritualmente. Luego entonces, la instrucción y la educación deben tener como objetivo esta constante mutación, para que la ley evolutiva del perfeccionamiento siga sin sobresaltos ni alteraciones, acorde con la adaptación del hombre al me-

dio y con la transformación del medio con el hombre.

Las pedagogías antiguas demandaron la adaptación del niño al medio ambiente, pero descuidaron la preparación del medio ambiente en donde iba a adaptarse el alumno. La escuela de la vida es la escuela de la liberación; proscribire, como una sentencia fatalista, el sujetar los nuevos hombres a los ambientes maledos y capacita a los seres para denunciar y eliminar los vicios del medio y ensalzar sus virtudes.

Hay pobreza en los conglomerados y la pobreza es la falta de hombres; las sociedades se concretan a fusionar a los individuos con sus ansias y ambiciones, negándoles todos sus derechos individuales; consideran mejor elemento a quien actúa el impulso de las corrientes psíquicas, y cuando se levanta un hombre capaz de reprobar los errores de los muchos, la multitud grita: crucifícadle, pidiendo la repetición de los hechos del Gólgota; así los conglomerados destruyen sus propios elementos. Cuando el sentido del vivir alcance su verdadero desarrollo, las sociedades demandarán de los individuos armonía de idealidades, ensueños comunes, afianzamiento recíproco de intereses generales y particulares; pero en ningún caso, reclamará la práctica de vicios, ni la imposición de costumbres sin la intervención de un razonamiento detenido. La escuela que forjará a los hombres capaces de los milagros de las transformaciones, hará cambiar el medio natural por el esfuerzo y trabajo constantes, y transformará el medio social por la creación de conglomerados dignos de la lógica y de la intuición.

Bienaventurados los hombres y los pueblos que lucharon conociendo la razón y el ideal de sus esfuerzos. Pero ¡ay de los hombres y sociedades que luchan ignorando el por qué de su afán!

VI

Por haber dicho que la concepción subjetiva y objetiva del hombre como transformador y como efecto de las milagrosas transformaciones, es un alto fin de la instrucción y educación, me veo obligado a señalar otro papel importantísimo de «el sentido del vivir», y me refiero a la concepción de leyes que regulan las conciencias del hombre y de los pueblos.

El hogar imprime su sello a la vida de sus hijos, quienes heredan principios e incisos que se convierten en verdaderos códigos de sus actos personales; cierta función egoísta que por circunstancias especiales aparece en la vida, fuera de esta ley personal, es reprobada por una ley interna que dice: «No hiciste bien». Y ¿quién midió esa bondad de los hechos? La Filosofía vetusta contestaría: la conciencia; pero la contestación exacta en el campo de las realidades asegura que no existe la conciencia buena ni mala, sino una Ley encargada de demandar obediencia en todas las circunstancias y lo bueno y lo malo será medido por esa Ley.

La ley que desempeña un papel decisivo en nuestras vidas resulta en la mayoría de las ocasiones, obra de azar; en otras, imposiciones paternales; y en todos los casos exige obediencia sin que le importe valoración ética, y es aquí donde se ve la necesidad imperiosa del sentido del vi-

vir, que obligue a la conciencia a usar justamente el derecho de adaptar, reformar o crear la ley que señala el sendero de la percepción. El hombre ha ganado cuando alcanza un desarrollo intelectual, ha progresado cuando logra desarrollar su emotividad, cuando tiene energías para sus determinaciones, pero todo lo anterior carecerá de un valor efectivo en la valoración personal, si no ha hecho una selección de las leyes que regirán sus destinos.

Hombre es quien hace ley y se reserva el derecho de revisarla y reformarla cuando lo juzga necesario.

VII

La instrucción y educación de los individuos y de los pueblos se aproximará a la perfección, cuando ellas enseñen a concebir la importancia de las leyes y a observar sus prescripciones.

Los conceptos hasta aquí emitidos hacen surgir bases sobre la Filosofía de la Educación, con dos tendencias marcadísimas: una de limitaciones y otra de intensidad; limitación a los abusos que las escuelas tradicionalistas y radicales hacen en los derechos humanos de los educandos, e intensidad de los valores materiales, espirituales y morales en los dominios de la practicidad.

Uno de los absurdos más recalcados en los dominios educativos es la pretensión de fundamentar una personalidad individual muy distinta a los fines del hombre; censura que se puede extender tanto a la educación como a la instrucción; así, la enseñanza pierde el valor del tiempo dando a conocer tipos, clases, órdenes de la vida animal, vegetal y mineral: clasificaciones de palabras, reglas abs-

tractas de las matemáticas, repetición de lugar y fechas; principios de moralidad doctrinaria, y la enseñanza toda, multiplica superlativamente el cúmulo de palabras y de leyes desligadas absolutamente de la vida.

Los moldes educativos dividen y subdividen credos individuales y sociales, los hombres van y vienen haciéndose de esta o aquella bandera, complicando el espectáculo desorientado del mundo; pero la causa del hombre, la vida de sus fines humanos, parece no tener su sistema educativo ni su escuela definidos. Los educadores modernos tienen la obligación ineludible de hacer escuela para que el hombre que ha vivido por siglos de siglos, merced a impulsos esporádicos, impulsos que como los elementos de la Naturaleza suelen manifestarse con un poder destructor, se manifiesten en la actualidad, en la construcción de las naciones. El agua, al salir de su fuente, va arrasando con todo lo que encuentra a su paso; el viento, al perder la normalidad de su fuerza, espanta y desola; el fuego suele levantarse como mensajero diabólico, convirtiendo en cenizas aún las manifestaciones más caras de la belleza; pero los estragos del agua, del aire, del fuego, son incomparables cuando las energías del hombre pierden su normalidad, o cuando se manifiestan sin una orientación determinada, orientación que sólo podrá convertirse en preciosa realidad cuando el sentido del vivir pueda desarrollar sus funciones como las desempeñan los sentidos de la vista, el oído, el tacto, etc.; cuando sea capaz de medir la cuantificación y cualificación del sujeto y el objeto. Este concepto debe formar parte en los programas de las

instituciones culturales que deseen ponerse a salvo de la pseudo-cultura que se ha desarrollado con los siglos, y que deseen engrosar las filas prodefensa de las generaciones, aumentando la practicidad en el desenvolvimiento de los individuos y de los pueblos.

VIII

Debo concluir en obsequio a este auditorio de pensadores, artistas y genios de la acción; pero antes, concédaseme recordar que en las Ciencias, las Filosofías y el Arte, están los faros que deben conducir al hombre al puerto de seguridad. Muchos filósofos conocieron esta verdad al afirmar que la superación tiene estos grandes pasos: la acción aguda del pensamiento en las Ciencias y el poder de la determinación o sea la voluntad, desempeñando el papel del milagroso transformador; pero esta belleza, este pensamiento y esta determinación, fuera de los dominios del sentido que me he propuesto señalar en el presente discurso, pueden ser intrascendentes, antagónicos o constructores de la vida humana.

No es una doctrina nueva la que estoy presentando: es la que hizo

surgir el Creador al decir: «Sea la luz», y resplandeció el caos; «Sea la vida», y la vida cubrió la faz de la tierra; «Sea el hombre», y el hombre fué y gobernó la vida en la plenitud de la luz.

Luz, Vida y Hombre demandaron los grandes maestros, genuinos representantes de la Divinidad; Luz, Vida y Hombre demanda la especie, ahora que el representante de las tinieblas ha levantado su trono en nuestro globo, y blandiendo su espada mortífera ordena la reconstrucción de su reino, con estas sentencias: «Sean las tinieblas», «Sea la muerte», «Sea el espíritu infernal». Soldados del ideal, caballeros del pensamiento, copartícipes en las responsabilidades humanas; las épocas tienen momentos clímax, y el clímax de la presente debe ser la resurrección del espíritu, encarnado en una humanidad digna de la Naturaleza, del Hombre y de Dios.

Caballeros del ideal, portadores de la lira, del lienzo, del pincel y de la pluma, intérpretes de la tierra, del cielo y del mar, haced que en este universo «Sea la luz», «Sea la vida» y «Sea el Hombre, por el SENTIDO DEL VIVIR, en concepción divina.



El Sentido del Vivir, del Señor Orantes

Contesta el Miembro Activo Profesor Celestino Castro

Se acerca...y todas las ventanas del alma de esta unidad que se denomina Ateneo se abren de par en par, porque llega con antorcha de las más luminosas y porque trae un

presente sobresaturado de rica miel, digno de los que tienen alma cual mariposa: gamado el color, ágil y audaz el vuelo.

Y hace entrega del presente, cuyo

valor me es imposible abarcar en pocas palabras por lo profundo y por otra razón sencilla aunque intensa: no se trata de una exposición de conocimientos vulgares que puedan ser extraídos de cualquier libro, en donde el problema de los valores y de los bienes (que valor y bien son dos cosas distintas, no como equivocadamente se ha pretendido), puede estar muy bien desarrollado por un Hartman o por un Scheller, un Natorp o un Ortega y Gasset.

No, señores: en este trabajo, que sin duda es la joya más preciada de los últimos tiempos en la casi nula vida espiritual del país, desarrolla, quien ya era por todos motivos un consocio de élite, tesis fundamental, de trascendencia insospechada. Debo advertir a quienes me hacen el honor de escucharme que valdría mucho más leerlo y no oírlo. Yo que tuve la suerte de recorrer primero sus páginas, para analizar luego el contenido, me he convencido de ello; por eso lo advierto. Escuchando sólo no se tiene tiempo para pensar en lo dicho y si queremos hacer una justa valorización, habremos de darnos a la fructífera labor de leerlo.

Nos presenta el estimable profesor Orantes el producto de una investigación no realizable entre las cuatro paredes de un laboratorio de Química, de Biología, de Psicología o de Física, ni interrogando en las noches estrelladas esos universos que consideramos distantes; es una investigación hecha y que todos deberíamos hacer en cada uno de los momentos de nuestra vida, porque para interrogar a la naturaleza en cualquier clase de problemas espirituales, cada uno de nosotros ha de constituir el laboratorio magnífico en donde podamos hallar la respuesta.

Se advierte su inquietud ante lo que denominamos conciencia con Nicolai; pero no es este hecho en sí lo que se retiene, sino el tratar de averiguar el cómo ha sido percibido tal arquifenómeno; y de momento y a modo deductivo, no deja la sorpresa de suponer un sentido especial, percibidor de esa conciencia o tal vez el sentido propio de ella misma.

Sorprende de pronto, mas la reflexión aclara los conceptos. ¿Acaso mi brazo no es percibido por el sentido de la vista? ¿Y la diástole y la sístole, no los percibe mi oído?; ¿el olor de mi cuerpo no lo percibe mi olfato?; ¿y el sabor de mi sangre no lo distingue mi gusto?; ¿y la aspereza de mi mano no la percibe mi tacto? ¿Por qué entonces no voy a admitir que la totalidad de mi existencia, tanto el pasado como el futuro, lo interno como lo externo, cuanto constituye lo que para Descartes no fue motivo de duda alguna, por qué, repito, no puedo admitir que lo perciba un sentido especial, que no porque yo lo desconozca quiere decir que no exista?; y si tengo la sensación de mi propia existencia ¿cómo he llegado a ella, si no es por la posesión de ese sentido apropiado?

Nuestro consocio lo denomina «El Sentido del Vivir». Cada progenitor tiene derecho a darle nombre a su creación. Sin embargo, si la creación hubiese sido mía, la habría denominado, sin parar mientes en análisis alguno, «El Sentido del Existir», aunque viéndolo bien el concepto vida que algunos biólogos como Le Dantec han querido delimitar con precisiones no admitidas por la Naturaleza, por ser ella quien es, es un hecho que se diluye en todo lo existente y acaba por resultar en

consecuencia que «vivir» y «existir» son una misma cosa.

Pero más vale no discurrir sobre el nombre de las cosas o de los fenómenos. Aquel resulta siempre estorboso y a veces los científicos y los filósofos y entre nosotros, nosotros los pedagogos, hemos fallado porque discutiendo sobre la denominación dejamos a un lado y sin resolver el problema fundamental.

No nos ocupemos pues de ello y coloquémonos en el plano de lo que se halla en discusión.

Los sentidos del oído, de la vista, del olfato etc., tienen cada uno su función: oír, ver, gustar etc. ¿Cuál será entonces la función del «sentido del vivir»? «La intuición»: nos dice el profesor Orantes, en un lugar de su discurso. La intuición, cuyo desarrollo nos hará percibir a Dios; la intuición, que nos hará conocer la relación entre el Creador y lo creado; la intuición, que nos hará distinguir la «sutileza de la Estética o la divinidad de la Ética»; la intuición, en fin, que en día no lejano nos hará comprender claramente la estructura y la función del nuevo hombre que esperamos, el hombre integral en quien la animalidad haya cedido todo su campo a la humanidad, de lo cual somos nosotros actualmente apenas un pequeño asomo.

Después de darnos lo que un biólogo nos habría dado también, es decir, el detalle morfológico y fisiológico del «sentido del vivir», inicia una florecencia de ideas en otros campos de la cultura y de la civilización, para hacernos ver la necesidad de fortalecer o mejor dicho de desarrollar algo que cada uno lleva latente en sí mismo.

Entre la desarmonía actual, de este estado caótico del mundo en que

las formas de cultura y de organización parece que tienden a derrumbarse, sobresalen el odio que separa, el exceso de egoísmo que encadena; y en medio de todo ello, una débil voz clama angustiada por la paz, por el amor, por la armonía. Eso nos pinta en colorido cuadro, demostrándonos cuánta falta hace «el sentido del vivir», para que percibamos las formas supremas de liberación espiritual.

Nada hay en nosotros que no esté fuera de nosotros; y parece que prevía a la existencia del hombre como ahora es, existía todo lo que era necesario para que fuese. Pero él, como hombre, producto de formas en que lo instintivo era lo determinante, no podía abstraerse a la ley de la lucha universal, apoyada hasta hoy únicamente, con lujo de crueldad, en los instintos más brutales de todo ser viviente. Y él, como hombre, lucha y se desangra; destruye los productos de su mente y de su espíritu, sin importarle en absoluto los postulados de regeneración que crearan otros más avanzados. Las luchas por unificar, por armonizar, nada valen: el mundo sigue su marcha como si los esfuerzos de un Descartes, de un Kant, de un Hegel, de un Leibnitz, de un Bergson y otros más por definir situaciones, sólo significaran combustible para la hoguera.

«El sentido del vivir», clama el profesor Orantes en ansias de que el mundo, siguiendo aún el ritmo de las leyes del universo, construya estructuras vitales en las que la riqueza natural sea considerada como un don de Dios para sus criaturas.

Ocupa casi la mitad de su plática en referirse a la función actual de la educación y de la instrucción en to-

do el mundo. El señor Orantes, más que muchos por haber vivido los mejores años de su vida entregado a funciones docentes y por conocer en la actualidad y muy de cerca, como nadie otro lo había hecho hasta ahora, los problemas educacionales de El Salvador, que son por cierto problemas de todo el mundo, él, digo, tiene más razón en aludir a tales cosas, ya que las causas y los efectos le son bien conocidos.

La humanidad ha construido estructuras artificiales durante siglos de siglos, para fabricar en ellas a los hombres que habían de integrarla, de guiarla. El niño nacía libre, pero por ese pecado original debía sufrir el cautiverio en organizaciones de ideologías arbitrarias. Aún en estos días, en países que se precian de avanzados, los niños entran por una puerta de la «fábrica» denominada Escuela, sonrientes y bien conformados y salen por la otra convertidos en muñecos estandarizados, hechos a la medida de las trincheras y con una mano levantada, saludando una ideología que no entienden aún, pero que a fuerza de dogmas les ha entrado, para conducirlos a una muerte segura. Siglos de siglos en que se ha ignorado la naturaleza del niño, porque ha habido otras cosas que se han juzgado más importantes; siglos de siglos en que se han desconocido sus necesidades físicas más sobresalientes, ya no digamos las espirituales.

¿Quién pensaba en tomar en cuenta al medio ambiente como factor decisivo en la conformación somática y psíquica del niño? Y si alguien lo pensaba, recibía del público sólo desprecio no disimulado, reafirmando su credo con algún vulgar es-trabillo: «Árbol que crece torcido...»

Pero flota ya en el ambiente algo así como una esperanza. Y es que el mundo se está dando cuenta de que, resolviendo los problemas del niño, se resolverán todos los demás, en cualquier nación que sea. El mundo se está dando cuenta de que al niño hay que verlo como a niño, con todos sus derechos y atributos, porque en él está encarnado el hombre del futuro, con todos sus deberes; y abstenerse de seguir viéndolo como a un ente digno de cruel explotación.

Con justa razón se refiere al «sentido del vivir», cuyo desenvolvimiento hará penar, si no crear la Escuela que precisan los niños de todo el mundo; la Escuela en que el niño viva su vida de libertad, de acción y de pensamiento; la Escuela que le vuelva creador, en vez del receptor que hasta ahora ha sido; la Escuela que le dé principios sólidos de amistad, de fraternidad, de unión y de amor. Porque es necesario recordar siempre lo que nuestro hoy consocio señor Orantes nos dice: «Que el agua arrasa, el viento desola y espanta, el fuego destruye lo más bello, convirtiéndolo en cenizas; pero todo ello es incomparable con lo que ocurre cuando las energías del hombre pierden su normalidad o cuando se desorientan, es decir, cuando la intuición no acude para hacerle ver claro el sendero del bien, del perfeccionamiento, de su propia evolución».

Es una suerte que persona de la talla del señor Orantes piense de la vida todas estas cosas, porque sus ideas no pasarían de ser bellas en labios de un diletante, mientras que en los suyos constituyen una esperanza, ya que su característica sobresaliente consiste en pensar y actuar de inmediato, sin detenerse a medi-

tar como lo haría un Sancho, en el qué dirán, ni tampoco en los peli-gros que afrontará.

Es esto una síntesis del magnífico trabajo del señor Orantes, cuyo comentario extenso queda, desde luego, para otros de mejores ejecutorias que las mías dentro del vasto campo de la ciencia. Su contenido, de indis-cutable valor filosófico, psicológico, pedagógico, y hasta sociológico, pre-senta proyecciones tales que valdría mucho la pena si alguien de los es-tudiosos salvadoreños se interesa-se por él.

En muy raras ocasiones hemos te-nido la suerte de escuchar algo se-mejante, que siendo original, nos de-ja en una actitud de pensamiento que llega hasta la ansiedad por in-temtar soluciones aceptables; y es que no puede ser de otro modo,

pues cuando se trata de buscar sen-deros para lograr nuestro propio per-feccionamiento, las ventanas del al-ma deben abrirse para que por ellas penetren todas las corrientes indica-doras de una estrella de salvación.

Sea bienvenido a nuestro seno el señor Profesor don José Andrés Orantes; y tenga la seguridad de que el clamor final de su discurso de in-greso al Ateneo de El Salvador ha-brá de hacer eco en el corazón de los que en él convivimos, por ser el cla-mor de un hombre responsable, co-nocedor de las flaquezas humanas, empeñado en encontrar rumbo enal-tecedor a nuestro afán por hacernos dignos de llamarnos hombres y que nos conduzca a los dominios subli-mes del espíritu.

CELESTINO CASTRO.



SOBRE EL WERTHER

Es ésa una criatura que, como el pelicano, he alimentado con la san-gre de mi corazón. Hay en él can-tidad suficiente de vida interior, de mi propio pecho; hay sentimientos y pensamientos bastantes para llenar una novela de diez tomos como el *Werther*. ¡Es un libro lleno de ma-terias explosivas!

El libro en la edad juvenil produ-ce ahora el mismo efecto que enton-ces. Y tampoco me fué necesario extraer mi propia melancolía juvenil de los influjos generales de mi tiempo.

Lo que produjo en mí el estado de ánimo en que se engendró el *Werther* fueron más bien aconteci-mientos personales que me afectaron íntimamente y que me proporciona-

ron muchos cuidados. ¡Había vivido, amado y había sufrido mucho! Eso fué todo.

La época wertheriana de que tan-to se habla, si bien se mira, no per-tenece a la evolución general de la cultura del mundo, sino al curso de la vida individual de todo aquel que, nacido con una tendencia natu-ral libre, tiene que acomodarse a las formas estrechas de un mundo anti-cuado. Dicha actividad contenida, deseos insatisfechos, obstaculizados, no son máculas de ninguna época determinada, sino de todo individuo en particular, y no formaríamos bu-ena idea de aquel que no tuviese una época en su vida en que le pareciese que el *Werther* se había escrito para él solo. — GOETHE.

Mensaje a los Hombres de América

Del libro de poemas HACIA EL SOL

El mundo entre ígneas tormentas envenénase.
 Estalla en famélicos odios.
 Caínes modernos, Brutos sanguinarios, asesinan, traicionan.
 No fulgen auroras de redención ni de paz.
 Tempestuosas pasiones trituran los dorsos del globo.
 Millones de arpias destrozan alturas excelsas.
 Perece la armonía. Y no hay comprensión!
 Y no hay conciliación! Y ha muerto el Amor!
 Ante este treñiendo bestial cataclismo, ¿qué hacemos?
 ¿Qué hacemos los hombres habiendo ideales lumínicos
 y fuegos angélicos en el corazón?

Hombres de América! Hombres de América: Escuchad!
 A vosotros hablo constituidos en guión que se extiende
 entre la cultura de hoy y la cultura del mañana!
 Hombres de América!: oíd los vocablos angustiosos
 que, amargos, nos llegan del caos insólito.

Mirad la sangre que mana de las arterias de la tierra.
 Escuchad el estruendo de la tragedia bárbara.
 Sentid el retorcimiento de los espasmos de las naciones
 y los estremecimientos zodiacales.
 Pensad en que la catarata humana se despeña en odios.
 Que el hombre, hartándose, no se sacia, cayendo
 bajo sus propias ambiciones.
 Que claman piedad las desdentadas bocas de historiadadas íconos
 y misericordia las madres de la humanidad.

¡Vivimos la hora repugnada que desoye la voz del criterioli...
 La razón del sistema infernal, la lógica de la dinamita,
 el argumento omnímodo de la destrucción y de la matanza,
 imponen sus materiales exterminadores.

Nosotros, los hombres de América,
 los que vimos pasar con su bosque de flechas a Manco Capac,
 y cargando simbólico tronco de árbol a Caupolicán,
 y sufrir y luchar a Lempira y a Urraca,
 a Tecúm Umán, a Atlacatl y a Nicarao Calí;
 los que asistimos nervudos, totémicos, al baile del tun;
 que escuchamos el canto de Tutecotzimi, y que vimos
 morir bajo un arco de luna en creciente a Xalí
 en el monte que quiebra en sus aguas el riente Cailahuat;

los que somos hermanos por carne y por espíritu;
 los que tenemos visión de lo que es y será nuestra América,
 responsabilicémonos.

Aprontemos la idea y el alma y la lealtad en la tarea magna:
 COMPRENDAMOS.

La América habrá de fijar su cultura perfecta,
 imprescindible, universal.

La América nueva que viene creciendo en los siglos!
 Que tiene sorpresas para el hombre de extrañas costumbres;
 que oyó la canción de los astros con oídos mayálicos;
 que dió los gigantes de la antigua Lenuria;
 que sostuvo en sus hombros el paso de dioses y de enigmas;
 que habló con el fuego y el agua y el viento
 al buscar con sus fuerzas el lumínico signo
 de Verdad y de Vida;
 que aprisionó al tiempo en símbolos pétreos;
 que —de la Atlántida— asoma sus perlas de orientes magníficos
 bullentes, fulgentes;
 que, de prehistóricas épocas, sigue el rastro de Dios
 por montañas y lagos y ríos y mares
 sembrados de eternidad.

Hombres de América: tenemos que dar el aliento
 a nuevas generaciones: civilización y cultura nuevas.

¡Y que en América quepa la humanidad!

Y que haya un emporio
 de pujantes fuerzas felices en el norte,
 agricultura y riqueza fértiles en el sur;
 dos enormes bandejas de civilización.
 Y, en el centro, el fiel de la balanza,
 el puente que apréstase a ser el conducto de savia:
 corazón que regule, pecho que se abra
 y por donde ya se abrazan dos océanos
 que han de sentir en sus lomos el viaje
 de enormes mensajes llevándole al mundo novísimas normas

Y el Cristo indicando las rutas
 desde las espectantes cumbres de los Andes.

Y la humanidad que quepa en América,
 pueblo de pueblos luchadores, trabajadores, soñadores.
 Y la paz tenga asilo en el alma del pueblo titánico,
 y fije en los siglos esa alma sagrada...

—¡Así sea!

*En Defensa de las . . .**Viene de la página 65*

lengua nunca cerró la entrada a los grandes valores nacionales, por razones inconfesables de política o religión, y que liberales y conservadores, católicos e incrédulos, revolucionarios y tradicionalistas, se han sentado a esta mesa cordial al amparo de la más ejemplar tolerancia. Si ha habido voluntarias o involuntarias omisiones culpa es de la imperfección humana, y consolémonos con pensar que nada falta a la gloria de los ilustres omitidos, y que, en cambio, faltan ellos para la honra y la prez de nuestro instituto.

Después de esta defensa bien intencionada, aunque breve y torpe, de nuestra agrupación, cabe preguntar: ¿a qué se reduce el papel de las academias? Yo diría que, aparte de ser el medio único de consagración, aunque modesto e inseguro, de una vida dedicada al noble ejercicio de

las letras, la Academia nos depara, en sus reuniones periódicas, horas de grato solaz, de conversación amable, de camaradería espiritual, raramente cultivada entre nosotros; nos permite escuchar la lectura de meritisimos trabajos, ya el ensayo agudo e ingenioso, ya la fina narración novelesca, ya la disertación erudita, ya el poema de forma impecable y de emoción profunda. Y de tarde en tarde, cuando la muerte deja entre nosotros un lugar vacío, nos compensa en parte la pérdida dolorosa con un discurso como el que acabáis de escuchar, escrito en una de las más bellas prosas de nuestro tiempo, y en el cual, a la sombra sagrada de un noble recuerdo familiar, Alfonso Reyes renueva su profesión de fe de helenismo, hecha en años de juventud, mantenida sin desfallecimientos y confirmada no ha mucho en una de sus obras culminantes.

(De un Discurso)**Visión Marina**

Oculto yo en la roca que me escuda,
mudo, temblando de pasión, te admiro
cuando llegas al plácido retiro
como diosa magnífica y desnuda.

Tu seno se estremece en un suspiro
al escuchar la voz bravía y ruda
con que, al lamer tus plantas, te saluda
enamorada, la onda de zafiro.

Para esquivar los rizos de la frente,
tus brazos se levantan muellemente
descubriendo el vellón de las axilas.

Y las lumbres postreras del ocaso
van a besar mimosas y tranquilas
el oro virginal de tu regazo...

ALBERTO RIVAS BONILLA.
(Salvadorcño).

LOS QUE SE VAN

Cuando el filósofo que desapareció hace algunos meses víctima de su edad, proclamara en los principios de sus valorizaciones al pensamiento humano, que la intuición era el supremo poder de comprensión, los hombres que buscan lo positivo en el alma y la razón en el espíritu, dijeron que era uno de esos román-



HENRI BERGSON

ticos, propios para idealizar más que para vivir en medios palpables, probables y comprobables. A esto, el filósofo del pensamiento claro, sin enredos ni obscuras, contestó: *L'INTELLIGENCE HUMAINE SE CARACTERISE POUR SON INCAPACITÉ NATURELLE POUR COMPRENDRE LES CHOSES ET POUR CELA JE CROIS AVOIR TROUVÉ L'INSTRUMENT APPROPRIÉ POUR LES CONNAÎTRE ET LES SENTIR.* «La inteligencia humana se caracteriza por su incapacidad natural para comprender las cosas y por eso creo haber encontrado el instrumento apropiado para conocerlas y sentirlas».

El instrumento a que se refería, es el de la Intuición, porque para ciertos espíritus es mejor intuir que comprender, porque la razón en el mundo del fenómeno intuicional, puede fallar y en ese «sentido» de identificación verdadera, intuicional, la actuación no falla. El asunto está en que no nos conformamos con que

cada uno sienta y conozca sino que queramos que se nos haga sentir y conocer, para lo que el primer paso que se da es la razón.

Quiso él, Bergsón, liberar al hombre de esa férula de la razón cruda —contradictoria actitud aparentemente— y en ese trabajo empleó su conocimiento por experiencia pro-

pia. Fué Bergsón un filósofo del optimismo. Así podría catalogársele. Para él la alegría estaba en sentirse alegre, en el goce de estar contento de sí mismo y de los demás. Sin embargo, la existencia le dió rudas embestidas y tuvo que sufrir las consecuencias de la vida cuando el hombre complicándose en sus propias creaciones, ha hecho funcionar sus apetitos y sus ambiciones, olvidándose hasta de él mismo en el debate de supremacías personales.

Diferente a los meramente racionalistas, contrario a los exclusivamente comteanos, buscó en las fuentes del espíritu, en una filosofía del espíritu el antiguo y siempre nuevo «quid divinum» del «conócete a tí mismo» del padre del optimismo. Pareciera que en remansos de serenidad estuviera este hombre con identificaciones prístinas metafísicas: el fenómeno del ser en cuanto ser, predominante en el aristotelismo! Pero no fué así.

Con Bergsón perdió el pensamiento universal un rumbo; el del

retorno a la bondad, el del libre procedimiento mental —relativo desde luego—; el de la alegría y de la risa, del gozo y de la satisfacción, sin ver atrás para actuar; sin el requerimiento de la mecánica, sin mecanizar la historia con el hombre mismo; es decir buscó vida sin violencia, porque ésta destruye el equilibrio que debe mantenerse en el ser preparado para estar en armonía con la naturaleza.

Combatido en estos principios, Bergsón pudo mantener precisa-

mente ese equilibrio entre lo que sustentaba y sus funciones de hombre, por lo que su sinceridad respaldaba a sus ideas.

Sobre de este pensador cayeron grotescos los que manejan con habilidad instrumentos materialistas, porque en la realidad de la existencia, vivimos de substancias, razones, probanzas y experimentos. Así, al caer con Bergsón su razón de existir se fué uno de los que creyeron y sintieron el optimismo puro de la existencia — T.



SUMANDO

Hay que agregar en la cantidad de los que desaparecen de la vida científica, literaria y artística, la figura corpórea de este irlandés que vino a revolucionar el sentido de percibir y de conocer, de oír y de escribir.

Su vida fué un combate sin descanso. Atormentado consigo mismo, pasó con su dón poético haciendo geroglíficos; que así puede decirse a lo que pocos entendieron. Poeta—como todo irlandés—había en él un poco de misticismo, cierta religiosidad por lo misterioso y profundamente oculto a la captación de la generalidad. Con Marcel Proust se evadió del conocimiento regulado, de la limitación sentimental y mental y se metió a los fondos a donde no pudieron encontrarlo. De tal modo que,



JAMES JOYCE

por mucho que los perseguidores de él, o mejor dicho los que han querido aclarar ese proceso surrealista de Joyce, nos den explicaciones, quedamos en lo mismo. Padraic Colum, en «El Mundo de Joyce» quiso demostrar cómo actuaba este alucinado iconoclasta; pero parece que no consiguió su intento. Y es-

to que por conferencias y en ensayos se esforzó ante públicos, como el de Oxford, en demostrar que él comprendía a James Joyce no sólo en su *Ulises* sino en «El Velorio de Finnegan» que no ha sido posible aun traducirse al español.

Harry Hansen, en una serie de informaciones, quiso también establecer las bases sobre que se asenta-

ba la fuerza subconciente de Joyce, y quedamos en lo mismo.

Lo que podemos asegurar es que el hombre interior del irlandés que hizo *vivir* al muerto de Finnegan, viajó por cordilleras de un mundo que está más por debajo de lo subconciente; que su idioma es más bien el de un loco y que la razón anda velada por grandes masas de nubes que no la dejan asomarse a convencer.

En medio de sus tribulaciones, después de luchar tanto, Joyce consiguió que se le pagara su libro, este *Velorio de Finnegan*, por una cantidad extraordinaria. Sin embargo de ello, no pudo darse cuenta si es que él estaba en posesión de tal cantidad, o si sólo era un préstamo por el que tenía que dar intereses mayores.

Aseguran los que ha expurgado en el desmelenamiento lexicográfico de Joyce, que unas miles de palabras que este hombre extraordinario usó en sus libros últimos, no se conocen en el diccionario de Webster, que es el más completo de la lengua inglesa, ni en otros grandes libros

que sorprendieron en otra época como los de Pone y Shakespeare, al conocimiento inglés.

Ahora quizás esté viviendo esos mundos que aquí percibió el desterrado de Dublín. Pueda que quiera buscar cómo expresarse sin poder, en ese lenguaje de almas, tan nunca interpretado por desconocido.

Quedan sus dos últimas obras para los museos; a no ser que en esto que llamamos evolución, según vamos caminando, podamos llegar hasta esos fondos alucinantes y alucinados, en los que anduvieron los Huysmans, los Baudelaire; y los Hoffman, mundos que indudablemente se viven en pesadillas, visiones escapadas a lo inimaginable y que permanece en los tormentos de la subconciencia, cuando la lucha entra el delirio y la razón se establece en el ser: o que puedan apreciarse bajo la influencia del opio, del hatschis o de la morfina.

Sea como sea, el mundo de los vivos perdió a un hombre singular cuyas ideas tal vez tengan en el futuro la explicación precisa. — T.



IGNACIO JAN PADEREWSKI

El 30 de junio del corriente año, dejó de existir en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América, Ignacio Jan Paderewski, después de haber servido a su patria y al arte, de manera prodigiosa a éste.

En el desaparecido se juntaron dos aspectos eminentemente definidos: el del hombre que tenía una responsabilidad para con su madre

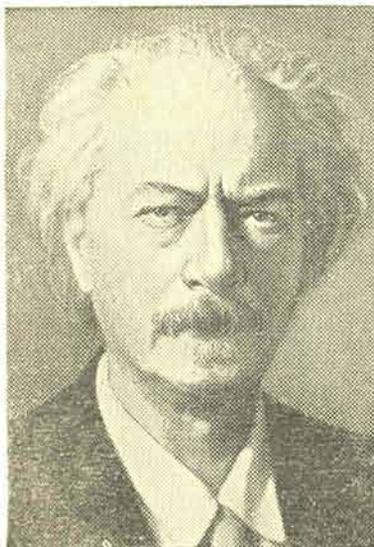
patria a la que sirvió con amor, con desinterés y con todas sus energías, y al arte al que le dió sangre y espíritu.

Como patriota, desde su puesto de primer Ministro del que salió por desavenencias con el mariscal Pildzusi, hizo la reivindicación polonesa. Construyó en la nacionalidad rediviva un sentido nuevo de la existencia, con despliegues de vir-

tualidad; se dedicó a elevar postulados de humanidad poniendo sobre la aspereza de lo que era ya para el pasado, la supremacía del espíritu comprensivo. Construyó firmemente y en esa construcción no sólo dió sus conocimientos, sino que en vez de obtener estipendios, dio de su peculio. Salido de Polonia, después de que Inglaterra le concediera la más alta condecoración al patriota, siguió por las rutas del arte, valiéndose de éste para servir a los que en su patria necesitaban de ayuda. En Nueva York, que tuvo por él admiración idólatra, en cierta ocasión, en el año 31 o 32, al dar un concierto, recogió la suma de noventa mil dólares que fueron a cooperar en la vida de los poloneses.

Ese era Paderewski patriota. El artista, no se sobreponía al hombre sino que al parangonarse a éste, lo iluminaba y entonces no existía dualidad, no estaba aparte sino que eran una sola luz maravillosa.

Y no fué únicamente el interprete de los grandes clásicos y modernos genios de la música a la que le extraía los secretos más ocultos con la magia de sus dedos. No fué sólo el que electrizará a multitudes con su magistral virtud: no sólo el príncipe del colorido y de la gama, del preciosísimo y de la honda penetración a mundos en que vivieron otros artistas: fué el creador que sacó de su universo, modalidades propias que



IGNACIO JAN PADEREWSKI

hicieron exclamar hurras admirativos a más de un eminente crítico. Fué también el del dominio de la composición, de la armonía, del canon, del contrapunto, de todo aquello con que se construyen palacios de luz en el que viven almas. Y si no, entre otras, está su sonata en mi bemol menor, de mágica atracción; su Polonnesse, su Mantrú, repetidas por varias noches en Nueva York y, la más cono-

cida obra musical, su minuetp, el minuetto clásico en donde se aprecia el genuflexo paso en los grupetos con que se abre esta danza, el ritmo del contoneo, el lenguaje de la seda y los requiebros cadenciosos.

Descansa ya en el puesto de los inmortales, el artista patriota que de manera superior, lleno de altura y de luz, sirvió a su patria y al arte: las dos, ubres en que amamantara su vida plena de inquietudes, de anhelos, de luchas y de triunfos. No alcanzó a ver el término de esta guerra en que los satanes del odio, se empeñan en destruir a la humanidad y al arte.

Que descanse en paz el inmortal Paderewski, si es que en el reino de los inmortales hay descanso. — T.

LO QUE ES EL ARTE

EL arte es esto: lo nuevo que se forma de los elementos que nos llegan del pasado. El arte tiene siempre un criterio tradicional y progresivo, aristocrático y revolucionario a la par. Es lo que puede servir de norma al tiempo y a la vida: es revolución conservadora. — Thomas Mann.

PONENCIA PARA LA III REUNION INTERAMERICANA DEL CARIBE

Remitida en su oportunidad por el General José Tomás Calderón, Miembro Activo del Ateneo de El Salvador

PUNTO DEL PROGRAMA:

III - Aspectos Comerciales y Turísticos

5 - Asuntos Deportivos, Fomento de los Deportes Turísticos de Mar y Tierra. Juegos Olímpicos y torneos atléticos Internacionales.

Proposición: Debe incluirse en los deportes del Caribe, el primitivo y autóctono JUEGO DE PELOTA precolonial.

°°

Si se hace un examen superficial de todos los deportes practicados en América, se nota a primera vista la ausencia total de aquellos juegos que se ejercitaban en épocas pretéritas por nuestros aborígenes; los cuales, fundados en la observación racional y metódica de los indígenas en lo relativo a su constitución y desarrollo físico, fueron minuciosamente adoptados a la conformación fisiológica, clima, idiosincrasias y demás aspectos indispensables al mejor éxito del mejoramiento orgánico de nuestros ancestros.

Lo ideal y conveniente, sería revivir la práctica aunque fuera de uno sólo de esos juegos arcaicos, antes de que sus detalles se olviden por completo y su estudio y adaptación no sean posibles tal como ha pasado con la casi totalidad de ellos.

En la actualidad, el único deporte del período precolombino que se conserva en algunos países de América con pequeñas variaciones, es el JUEGO DE PELOTA, el cual se



General José Tomás Calderón

Miembro Activo del ATENE O DE EL SALVADOR, es el distinguido y pundonoroso militar uno de los más entusiastas cultivadores de las letras. Lleva publicados varios volúmenes sobre informaciones históricas, geográficas características peculiares de El Salvador y demás países de Centroamérica. Estudios comparativos éstos que han merecido aplausos y elogios de dentro y fuera del país.

Actualmente el General José Tomás Calderón, desde su alto cargo de Ministro de Gobernación, Fomento, Agricultura, Trabajo y anexos, está divulgando el pensamiento salvadoreño, enviando a

practicaba en México y la América Central antes de la Conquista, no sólo por las castas privilegiadas socialmente, sino que por todo el pueblo.

Como es sabido, en las solemnes celebraciones religiosas así como en las grandes festividades populares de las primitivas ciudades Mayas y Nahoas, se alternaban los diversos actos verificados, con desafíos de JUEGO DE PELOTA entre equipos de varias poblaciones, para lo cual se construían con anticipación de manera permanente sobre las edificaciones de estilo piramidal, los patios correspondientes, con las dimensiones y detalles de comodidad convenientes para los deportistas, los jueces y el público.

Aquí en El Salvador, todavía constituye un sano y eficaz entrenamiento entre los campesinos, pudiéndose notar por una observación atenta, las ventajas que de su entrenamiento se derivan.

Se practica en cuclillas, teniendo los jugadores que ponerse de pie a cada momento para lanzar las bolas con pelotas de madera, con el fin de hacerlas pasar por un pequeño bano o hueco formado en el centro del

patio, con estacas; o de hacer carambolas en el caso de que el *enchufe* no sea posible, por no quedar de frente el hueco.

Como en la posición de acurrucado el peso del tronco descansa sobre la pierna y talones, quedando en tensión los músculos del muslo, pierna y pies, se desarrollan con ese ejercicio todos los tejidos desde la región sacrocoxigia hasta los dedos de los pies.

Ese desarrollo aumenta más todavía por el constante acurrucarse y ponerse de pie el jugador, lo que contribuye a dar vigor y elasticidad a todos los músculos y tendones de las regiones ya dichas.

Además el esfuerzo que se hace para tirar las bolas de 12 centímetros de diámetro más o menos, hechas de *guavacán* (*Pithecollobium dulce-MIMOSACEAS*), que es madera resistente, dura y elástica, contribuye dicho esfuerzo al desarrollo de los músculos pectorales y del brazo, antebrazo y mano.

Además del beneficio adquirido con el esfuerzo necesario para el juego, también hay desarrollo de agilidad para obtener maestría en los tiros, sobre todo en el centro, que es difícil.

Fuera del beneficio físico obtenido con el renacimiento del juego arcaico de pelota y su incorporación a los juegos deportivos, sería una readopción de las benéficas costumbres de nuestros aborígenes, que por falta de estudio y comprensión han sido vistas con menosprecio y dejadas al olvido, con perjuicio de la etnología y arqueología americanas.

los diferentes puntos de América, la producción del país: labor ardua y patriótica desde todo punto de vista.

En el ATENEO DE EL SALVADOR se le estima. Hoy publica «ATENEO» este trabajo que él enviara a Puerto Prince, cooperando de esta manera a la labor que la Sociedad Colombista Panamericana está desarrollando. Esta ponencia la envió en su carácter particular, por invitación que se le hiciera a él especialmente, invitación que recibiera también nuestra institución.

LA LOGICA POLIVALENTE

Por JAMES BERGSON

Nota funeral, por capítulo de la eliminación de la muy abolenguda prueba euclideana de la «reductio ad absurdum». Las autoridades del ramo geométrico aseveran en su mayoría que la «Reductio» fué inventada por Euclides. En cambio, hay autoridades gnoseológicas que niegan tal, diciendo que Euclides lo que hizo fué popularizar el truco, que ya estaba en el ambiente científico de aquellos días remotos de la invasión fascista del Peloponeso e islas circundantes del Dodecaneso, Rodas, Creta, etc. Como sabemos, se trataba de los persas de Jerjes a quien ayudó la quinta columna griega del traidor Alcibiades. Como de ley, se les dice fascistas a todas las cosas que al que habla no le caen bien, o no le cuadran. O bien se les puede decir comunistas, o bien totalitarias, o bien reaccionarias... Recordará el lector que en su discurso antepenúltimo el duce italo se refirió a Inglaterra llamándola «plutocracia reaccionaria.»

Con efecto, el principio es el mismo definido por aquel venerable obispo anglicano acusado de herejía, a quien uno de sus jueces le pidió que definiera ortodoxia y heterodoxia, vocablos estos dos que se mencionaban a cada frase por el fiscal y por la defensa. El señor obispo acusado se levantó con mucha parsimonia, se quitó las gafas, se alivió la garganta, miró en redor y dijo con grande aplomo: «Señores

obispos (porque no había arzobispos): Ortodoxia es mi doxia; heterodoxia es la doxia de mis contrincantes...» Y así en todas las demás teologías de todos los demás tiempos; tiempos pasados, presentes y futuros; teologías físicas, sociales, astronómicas, económicas, revolucionarias, etc. Porque estamos en que toda «logia» y toda «nomia» y toda «ica», es en último término teología, o teonomía, o teoica... Lo que vale por decir que aun que les duela a los ateos Dios nuestro Señor anda en todo, en el comienzo y en el medio y en el fin de todo proceso de percepción, ya sea ésta de la mente, o ya del corazón...

Pues bien, la «reductio ad absurdum» en tiempos de Euclides consistía en probar el revés, ahora la «conversa» o recíproca del teorema en cuestión, que era el previo. Se daba por supuesto que el teorema se podía demostrar falso, para en seguida mostrar que tal prueba llevaba al absurdo, esto es, a la contradicción de la proposición probada anteriormente; por tanto, se decía, lo supuesto no puede ser verdad, y por tanto número dos el teorema es verdad, etc. Todo este párrafo es cosa muy cierta y comprobada, que el que esto escribe acaba de sacar de la página 678 del tomo once de la Enciclopedia Británica. De donde la complicación del lenguaje. Puesto lo anterior en fabla común y corriente quiere decir que el principio de «reduc-

tio ad absurdum» es sencillamente el de «o somos o no somos»... Empero, todo esto valía hasta el día 22 de noviembre de 1940. Ahora ya no vale... Ahora la «Reductio» ya no es, y por ello que a la nota se le haya puesto «funeral».

Ahora se tiene un nuevo método lógico más eficiente, tan eficaz que se le ve ya desafiando —o sea «challenging»— al antiguo euclideano que había permanecido incólume a través de cerca de treinta siglos poco más o menos. Con Euclides, el mundo era asunto de o somos o no somos, que vale por esto es tuerto y esto derecho, esto blanco y esto negro, lo de aquí verdad, lo de allá mentira, al vino vino y al pan pan, o como reza el Evangelio: «sea vuestro hablar sí sí; no no...»

Etcétera.

Todo eso queda descartado, caso de que se propague y apruebe lo descubierto en la reunión reciente de la Sociedad Matemática Americana (estadunidense) que se congregó en la Universidad de Wayne para, entre otras cosas, corregirle la plana a Euclides y a la lógica escolástica, y a la de Balmes, y también a la de John Suart Mill y a la de Jevons, y a la de Romero y Pucciarelli. El nuevo sistema le salió del cerebro al ilustre profesor J. Barkley Rosser, que es profesor de lógica de la Universidad de Cornell.

Euclídicamente hablando, una palabra no tiene sino dos valencias lógicas. O es esto o no lo es. Esta maquinilla de escribir que tengo por delante es maquinilla o no es maquinilla, y San se acabó. Pero no se ha acabado. Eso era harina del costal antepasado. Ahora, rosserianamente hablando, esta maquinilla, o es maquinilla o bien es una porción infi-

nita de cosas, simultáneamente y al mismo tiempo... Ahora, o somos, o no somos, o somos a medias, o somos de lado, o somos en parte, o somos con reservas mentales, o somos en principio, o somos al derecho o somos al revés... Esto es cosa seria. Esto quiere decir que estamos tramontando —los que deseemos seguir al profesor Rosser— la colina achaparrada de la lógica bivalente para entrar de plano y como quien va en tobogán, al valle inclinado de la lógica polivalente. Se quiere decir que una palabra, en lugar de tener un significado, tiene mil, y hasta un millón, y aun un mil de millones... Ahora todo se cuenta por miles de millones aun como los presupuestos de guerra, defensa y obras públicas para el alivio del paro forzoso y demás defectuosidades del orden socio-económico en que nos es dado existir.

Volviendo a la eliminación de la «Reductio»: la Reductio representa el método de esto o lo otro, sistema de dos valores; pero la «Rosser-tio» —valga la palabra— expresa el sistema de los muchos valores (de las palabras)... El nuevo sistema se ha puesto en práctica y ha dejado sorprendidos y espeluznados aun a los matemáticos del Instituto Tecnológico de Pasadena, California. Cabe decir que este nuevo sistema fué inventado a petición del profesor F. Zwicky, de la mencionada institución matemática californiana... La petición la hizo hace siete años, por motivo de que los físicos de sus laboratorios no podían hacer sus experimentos con palabras de un solo significado.

Valgan unos ejemplos de los aducidos por el profesor Rosser. Sea por ejemplo la conjunción «Y», que

dijo en inglés: «and». En lógica euclidea «Y» no tiene más que dos significados: o es o no es «Y». Pero en una lógica de tres valores, o trivalente, «Y» puede significar 256 cosas diferentes; y en una lógica tetraivalente, de cuatro valencias, «Y» significa ni más ni menos que 14.348.907 cosas... Y así por ese orden, mientras más sube la valencia más se multiplica el significado, por cubos y cuartas y quintas potencias...

Este «bouleversement» o trastorno, que le parece a uno, es la cosa más natural donde los sabios que se dedican a espulgarle la cabeza a la realidad física para sacarle animalitos que son electrones y protones y neutrones e iones y etc. Dijo el profesor Rosser: «Imaginaos, respetable auditorio, imaginaos cuántas y cuántas especies posibles de átomos no podrá descubrir y elaborar el físico a base de electrones y protones, cuando «Y» se puede multiplicar por 256, dándole así oportunidad de escoger y agrandándole así la posibi-

lidad de encontrar el átomo que más se ajuste al problema por delante...» (Versión castellana libre).

Resumiendo: en «reductio» euclidea, una cosa o es así o no es así; pero en el nuevo sistema, la misma cosa o es así, o no es así; o es de un tercer modo, a saber «n». Cuando «n» es pequeña, las posibilidades se pueden quizás determinar. Por ejemplo, si «n» representa 3, la cosa o (a) es así, o (b) no es así, o (c) quién sabe cómo sea... Suponiendo que «n» represente 6, la ecuación es como sigue, para terminar: (a) la cosa es ciertamente así; (b) la cosa es probablemente así; (c) posiblemente así; (d) posiblemente no así; (e) probablemente no así; (f) ciertamente no así...

De suerte y modo, lector, que de aquí en lo de adelante ya no se vale decir «absolutamente», ni «de plano», ni «eso es un absurdo», ni cosa alguna de las que tenían a la «Reductio» euclidea por base, fundamento y autoridad...



LA PERFUMERIA: un Arte Científico

Para ATENE O

Doctor JOSE E. MUÑOZ

Miembro Correspondiente en Ecuador

El arte sutil del perfume, suprema expresión de un estado de ánimo dicho en efluvios invisibles, de corpúsculos leves que llegan a los sentidos como mensajes ocultos y personalísimos, no se cultiva aun entre nosotros.

Ciencia que es arte o arte que es

ciencia, con un no sé qué de elegante, noble y misterioso, debe entenderse e interpretarse mejor. Por algo los mejores perfumes vinieron del Oriente misterioso y poético y los Maestros perfumistas de la Edad Media y del Renacimiento fueron los árabes, los florentinos y los pa-

risienses. Las razas que cantan, que sueñan y que aman u odian con pasión, dan al mundo el encanto de los sutiles y evocadores perfumes, porque compenetrándose en el misterio de la Naturaleza, le arrancan el secreto de enlazar las almas y las mentes con la cadena invisible del perfume.

El arte del perfume es antiguo como el mundo y arranca del eterno femenino de la mujer y es una de las fruiciones o atractivos eróticos de todos los tiempos, de todas las razas y de todas las latitudes. La mitología griega por eso le da un origen divinamente poético: Venus, al teñir con una gota de su sangre los pétalos de la rosa, le transmitió al mismo tiempo su perfume: por esto el perfume es una conjunción materialmente vaporosa del Amor y la Naturaleza.

El aroma de la flor es la exhalación de su alma, y científicamente considerado el perfume natural de las flores, es de una complejidad molecular tan grande que eso mismo nos indica el lento y cuidadoso trabajo de la Naturaleza para condensar en unos pocos miligramos, toda una obra maravillosa de síntesis orgánica, cumplida con los ruines elementos inorgánicos del suelo y del aire.

Como todas las artes nobles, la perfumería evoluciona con la humanidad, y también cada época prefiere tales o cuales perfumes que son como una revelación del estado de ánimo, tendencia o filosofía contemporáneas. Lo mismo que la música o la literatura, marca las épocas y cambia con los tiempos. Pero quedan siempre invariables el motivo y el fin: el amor y el recuerdo.

Desde los aromas usados por los

griegos y romanos, llevados a Atenas y Roma por los mercaderes de Fenicia, hasta los de nuestros días, pasando por los que regaron en las Cortes de la Europa de la Edad Media y del Renacimiento, los maestros árabes, todos utilizan juiciosamente las materias primas naturales para la confección de las substancias aromáticas que impregnaron los cuerpos humanos, las vastas salas de los castillos feudales, las solemnes estancias pontificias y hasta las majestuosas catedrales con aromas místicos que no dejaban de ser el traspunto de un pagano rito.

Y si esta necesidad espiritual del perfume es común y universal, no es menos cierto que para cada pueblo y para cada época, como decíamos antes, corresponde uno predominante. Por eso la austeridad y sencillez de ciertos pueblos admite apenas perfumar el viejo arcón de vastas ropas con las flores de la lavanda y el membrillo. Otros prefieren la suavidad de la flor del romero, y los orientales hacen sus baúles con las maderas fuertemente perfumadas del sándalo y del palo de Rhodas.

Los años que corresponden al predominio de la Inquisición en el vasto imperio español de entonces, traen una decadencia del arte de la perfumería. El alquimista o fabricante de perfumes es considerado y perseguido como sacrilego y hereje. Desaparece de España, Portugal, Países Bajos, etc. y se refugia en las Cortes de Inglaterra, Francia y Alemania. Allí toma los relieves de una ciencia y emprende una nueva fase de su evolución. Pues si ya los maestros italianos hacen de ella un arte complicado con fundamentos de razón científica, hay que esperar casi dos siglos para lograr la organización

de la verdadera técnica tanto en la extracción de los perfumes naturales, como de la preparación de los productos de perfumería.

Con eso y todo cabe recordar que singularmente el período de los Borgias, de los Médicis y de la Casa de Austria en Italia y Francia, es particularmente beneficioso al arte de la perfumería, ya que los maestros de esa época dedican una gran actividad y sientan los primeros principios científicos de este noble y aún —complaciendo órdenes malévolas, independientes de su voluntad quizás— llegan a poner en manos de príncipes y cortesanos, ciertas combinaciones mortíferas de perfume y tóxico que eran administradas en las formas más ingeniosas.

Hay que esperar, sin embargo, el advenimiento de la química como ciencia exacta, para enlazar a ésta el progreso de la perfumería.

En efecto el conocimiento más profundo y racional de la Naturaleza y de las propiedades físico-químicas de las sustancias aromáticas, de la acción del aire y de la luz sobre ellas; el perfeccionamiento de los aparatos y métodos de extracción y destilación de productos olorosos, el descubrimiento de nuevos cuerpos disolventes y las exploraciones geográficas que aportan materiales nuevos, estudiados por la Química, contribuyen poderosamente a mejorar y ampliar el arte de la perfumería y a convertirlo poco a poco en una ciencia, o mejor dicho, en un arte científico.

Pero más que todo hay que esperar los comienzos del siglo XIX, para unir su vuelo al grandioso de la Química Orgánica y de la síntesis

orgánica, precursoras de las más modernas sobre estudios y aplicaciones de orden bioquímico, relacionados profunda y decisivamente con la higiene y la industria actual, de mediados de nuestro siglo.

En efecto, la perfumería moderna utiliza no solamente todo el acervo de conocimientos antiguos, sino sobre todo aprovecha junto con los productos naturales (aceites esenciales, bálsamos, hojas, etc.) algunos centenares de cuerpos definidos, de propiedades análogas y a veces superiores a los naturales y que se preparan en las grandes fábricas. Es decir, se obtiene en aparatos, en mayor escala, lo mismo que obtuvo la Naturaleza, en pequeñas cantidades, en los seres vivos.

Esto proporciona una enorme ventaja: disponer de cuerpos aromáticos definidos, de concentración conocida y de propiedades constantes, lo cual permite una dosificación exacta y una rápida manipulación.

Pero no por eso se desechan los productos naturales; todo lo contrario: el arte contemporáneo utiliza acertadamente unos y otros y por eso lanza al mercado las llamadas «creaciones» que son una verdadera fruición del sentido del olfato y puede reproducir también los perfumes más exóticos del Oriente o de la India.

Y cosa curiosa —modalidades psicológicas quizás— en aquellos países en donde más perfecta está la síntesis orgánica y por ende la reproducción de aromas naturales, es en donde por el contrario se «crean» menos perfumes sensacionales.

Pero no se crea que solamente hoy la perfumería como ciencia abar-

ca los líquidos aromáticos. Su campo es también todo aquello que se relaciona con la conservación de la belleza femenina, a la que sigue en sus exigencias, pero de acuerdo con las investigaciones científicas.

Así, por ejemplo, las llamadas cremas de belleza modernas se hacen con un sentido bioquímico utilizando los estudios sobre las propiedades absorbentes de la piel, los nuevos productos emulsionantes, de grasas y aceites, las radiaciones luminosas y radiactivas, los estudios sobre las vitaminas y las hormonas, los fenómenos de polimerización y conservación de las grasas y hasta el índice de hidrógeno pH. todo lo cual es motivo de investigaciones lentas y cuidadosas realizadas diariamente, en los laboratorios de las fábricas.

Y como última novedad sensacional hemos de citar la aplicación de las tierras raras en la obtención de polvos faciales, dentífricos, etc., lo cual abre un ancho campo a la investigación, de incalculables beneficios a la higiene general.

El gusto moderno por los peinados permanentes, ha creado así mismo una nueva actividad y un fervoroso estudio sobre las propiedades y alteraciones que sufre el pelo sometido al calor y a la acción de los líquidos que se emplean para el rizado. Por eso las primitivas fórmulas se desechan o se revisan, para quitarles sus defectos o incorporarles nuevos productos de innegables ventajas, de acuerdo asimismo con los estudios físico-químicos y biológicos que constantemente se realizan.

Los colores o pigmentos utilizados en productos de belleza, merecen una mención aparte, pues su fabricación y aplicación es hoy tan cien-

tífica y delicada que sólo puede hacerse con una suficiente base de conocimientos que permitan juzgar sobre resistencia a la luz, brillo, adherencia, capacidad de difusión, poder cubriente, etc.

La química coloidal, capítulo reciente de la ciencia, aporta también una gran contribución a la perfumería moderna, en la preparación y conservación de aceites y de los llamados «alimentos de la piel», en la que de manera científica se estudia el punto iso-eléctrico y los antagonismos de los coloides minerales y orgánicos.

De modo que, para finalizar esta exposición, hemos de decir que el elegante pomito conteniendo algunos centímetros cúbicos de líquido aromático, que luce en el tocador de una dama o el de blanca y suavísima crema que junto con el polvo impalpable y el esmalte que realzan su belleza, no se obtienen así no más; son el fruto de la experiencia, del estudio, de la investigación científica y del arte exquisitamente científico del perfumista. Pero como en todo arte hay obras maestras, mediocres y malas, también en éste hay de todo, y muchas veces al lado de una marca de gran renombre, amparando un producto mediano, puede hallarse un producto soberbio, cubierto por un nombre anónimo.

En nuestro país, aunque pobre en industria química, cabe sin embargo con algún optimismo, preconizar el estudio del arte de la perfumería, bien que como en el arte de la pintura, los materiales hubo y hay que importarlos aún, contando con muy pocos de procedencia nacional, lo cual no fué ni es óbice para crear obras magníficas que han sido la

admiración de la posteridad. Ciertamente hay una notable diferencia entre uno y otro arte: lo efímero del perfume y lo permanente de la pintura. Pero uno y otro son manifestaciones del espíritu delicado.

Y si no fuera posible que quede la sensación de un más alto aprecio hacia este arte noble vinculado hoy tan íntimamente a las más altas investigaciones científicas contemporáneas.

Quito, junio 21 de 1941.



El Pseudopodio Protoplasmático

Por MOISES GOMEZ HERMOSILLO

“**S**ÓNE que mi cuerpo dejaba escapar un brazo o una rama —no sabría precisarlo— a la altura de la nuca, y por esa especie de pseudopodio protoplasmático, pálido y transparente como la linfa, navegaban grandes peces que entraban y salían de mi cuerpo; entre todos ellos había uno en forma de caracol, que giraba vertiginosamente como un trompo y de repente se detenía. Cuando se quedaba quieto, le crecían dos ojos cilíndricos que se desprendían de su masa gelatinosa y venían a posarse en los míos. Su contacto quemaba. Yo comprendía que él era el Diabolo en persona que quería entrar en mí. O quizás salir. Esto en el sueño no se entendía bien. Pero, de repente, he aquí que todo este brazo mío se desprendía de mí y empesaba a flotar en el aire con unas alas doradas como las de los ángeles de las iglesias. Yo trataba de retenerlo, de alcanzarlo y de asirme a él para escapar de no sé qué imaginario peligro.

“Pero las alas del ángel se inflaman con el aire que soplaba cada vez con más fuerzas, y el viento arrancaba al rozar con ellas un so-

nido rosado y con sabor a confites. El ángel se alejaba rápidamente, y entonces unos horribles caballos negros emergían de las olas y el galope de sus cascos resonaba sobre la playa amarilla. Una mujer iba delante de ellos, azuzándolos con un enorme látigo de nubes:

—¡Zut!.....¡Zut!.....¡Ajá!.....
—¡Zut!.....¡Zut!.....¡Ajá!.....

Los caballos se cambiaban entre ellos miradas cargadas de odio, y a ratos parecían tener rostros humanos. Galopaban hacia un desfiladero lejano, una garganta de piedra entre las montañas. Adquirían tal velocidad y tal livianura que al encurvar sus cuellos con crines que echaban reflejos como finas espadas, al doblar sus ancas nacarinas, parecían jugar como bandadas de toninas en el agua densa de la alta mar.

—¡Zut!.....¡Zut!.....¡Ajá!.....
—¡Zut!.....¡Zut!.....¡Ajá!.....

Después, la mujer y el ángel se confundieron en una sola figura. Una figura pequeña, como la de la

princesa Chichibuta, en el romance de Orquidión, el Destripador. Y he aquí que al entrar al desfiladero, uno de aquellos caballos, uno peludo y grande con hocico puntiagudo de zorro, ¡zas! que se engulle a la princesita Chichibuta y se sepulta con ella en el fondo del mar... En ese momento desperté con una enorme angustia y sentí junto a mí al de guardia que me preguntaba si estaba con pesadillas..."

Sueño freudiano el que se acaba de transcribir, copiándolo de la página 45 del «Naufragio», del doctor Juan Marín —Zig Zag. Santiago de Chile. 1939.—

El doctor Marín lo es en medicina, y bien lo pudiera ser en ciencias ocultas, porque se ha metido muy adentro y hondo en el pozo cenagoso de la psicoanálisis a la manera de Freud y Jung. Ustedes sabrán que Jung acaba de echar un libro de magia negra en el que pueden leer los descreídos audaces que se atreven a comprar semejante literatura, una porción de disertaciones acerca de las imágenes simbólicas de los encantamientos, abracadabras y demás brujerías medievales... .. Marín es también capitán de navío y médico de abordaje, y en andanzas de su profesión anduvo por tierras del estrecho de Magallanes, de donde trajo datos para escribir su libro «Paralelo 53 Sur.»

Ahora, la interpretación del sueño: interpretación de un servidor, quien humildemente también se da al freudismo si bien que sólo a la diletante... Se parte del principio freudiano de que en la vida todo es picardía reprimida; que los humanos somos unos bichos que vamos por el mundo con la cabeza llena de obse-

nidades, o cuando menos de las imágenes (imago, imaginis) de las obscenidades de nuestros abuelos remotos. Nosotros no nos habíamos dado cuenta de que eran obscenidades hasta que el señor Freud nos abrió los ojos, «arrojando torrentes de luz de verdad sobre el abismo del subconsciente, y del inconsciente», que son dos entes que traen de de la gamarra al consciente, que es el tercero en la discordia, y el más apaleado.

Comienza la interpretación: La rama o brazo que se le sale de la nuca al soñador es el pecado original, la *libido* (de donde viene libidinoso) que lo empuja a usted a hacer lo que no es debido. Los peces y el trompo gelatinoso son modos de adorno elaborados ad hoc por la imaginación ferruginosa del autor. Nótese empero que los dos ojos cilíndricos le quemaban los ojos al durmiente soñador. Lo que da fe de lo infernal, por tórrido, del hacer desordenado. Nótese también que el soñador se da cuenta aún en sueños, de que el trompo que se le quería meter por la nuca era el Diablo en persona. Y que era algo que «o bien» se le quería salir.

He aquí la verdad tremenda que se puede encontrar en las Sagradas Escrituras de todas las religiones y que fueron escritas siglos y siglos antes de que Freud inventara la psicoanálisis. La verdad siguiente: que de la abundancia del corazón habla la boca: que la tentación, que parece cosa que viene de afuera, es en efecto cosa que sale de adentro; o bien, las dos casas a la vez; porque en pecado nacimosa y en pecado nos concibieron nuestras buenas madres, porque así estaba escrito... Nótese

también lo que se dice enseguida: que en el sueño, el paciente no podía entender bien si aquello era salida o entrada del Diabolo... Vale decir, que en todo caso lo mismo da, y que el Enemigo está en todas partes y que es buen cazador que siempre anda con la flecha estirada en el arco y lista a flechar, como Cupido, al que se descuide. Principio teologal implicado aquí: que el mal está en el ambiente; y también en los profundos del corazón humano; esto es, «que nos gusta la bala» por atavismo, y que reprimirse es negocio arduo de efectuar, algo como coger al Diabolo por la cola, vale decir, cogerlo cuando esté descuidado, y aherrojarlo y mantenerlo aherrojado... Lo que será vivir la vida reprimida, o como se decía de antes, la vida decente... Lo contrario, y freudiano, será vivir la exprimida, expresada, que es el vivir de quien se siente como el soñador de Juan Marín con un pseudopodio protoplasmático en lo de atrás de la nuca...

El soñador se percata de repente de que el brazo se le va, y trata de retenerlo primero y de alcanzarlo en seguida... Esto quiere decir que el placer es fenómeno fugaz y momentáneo; que no bien llega usted a la felicidad *soi disante* cuando ya se le ha escapado; negocio éste que el sabio Salomón exploró a buen fondo para llegar a la conclusión de que Vanitas Vanitatum, y más Vanitas, y más Vanitatum...

El siguiente punto es el del aire producido por las alas del ángel, que es aire como de quien vuela bajo los efectos de alguna droga estupefaciente, como el peyotl... En estado tal, el sonido adquiere color como

de rosa, y sabe a confites, claro que lo está... Quiere decir la alegoría que los placeres de la carne —que son también del Demonio— en su comienzo saben a gloria, y a confites tronadores y que son al oído dulcísima armonía y al ojo nacarada visión... pero... en seguida... el ángel que se desvanece, y los caballos peludos de hocico de zorrillo que cogen el freno, y la mujer mala simbólica de la Babilonia del Apocalipsis, que era la Nueva York del tiempo pírrino... Mujer que los azuza, y corceles que galopan como el metro de doce rumbo del desfiladero lejano, que es el abismo de la perdición...

Acto seguido, el ángel que reaparece y la mujer que se confunde con él para tomar forma de Princesa Chichibuta... Aquí el Vanitas de Salomón llega a su colmo de Vanitatum... Aquí las grandezas angelicales y femeniles de la especie humana se desploman con tumbo de desastre, y el alma exprimida y expresada se da cuenta de su pequeñez y vuelve de su expedición fantástica, contrita, cabizbaja y marchita, más sabia y más triste y más experimentada... Y, lo que es peor: reducida a condición de princesita Chichibuta, irá a parar en las fauces del corcel prieto y peludo de hocico puntiagudo de comadreja, que se la engulle y con ella se sepulta en el fondo de la mar... Lo que en castellano significa que «la paga del pecado es muerte». Y lo que nos lleva a deducir que a Freud es bueno estudiarlo, mas no practicarlo, caso de que no quiera el estudioso-practicante que una buena noche de pesadilla psicoanalítica se le vaya a salir la *libido* por la nuca en forma de pseudopodio protoplasmático...

HORA DE EXTENSION CULTURAL POR RADIO

PENSAMIENTOS DEL LIBRO DE DALE CARNEGIE "COMO GANAR AMIGOS"

Seleccionados por el Dr. ARISTIDES PALACIOS

Dale Carnegie escribió hace pocos años un libro, resultado de sus esfuerzos para llenar un gran vacío en la educación de los adultos americanos. El mismo fué un luchador rudo que necesitó desarrollar su arte de expresión y una técnica para tratar a los individuos y así poder salir de las asperezas económicas de sus primeros treinta años. La lucha por la vida le enseñó que el poder manejar a los hombres es más importante que el saber.

En su libro «Cómo ganar amigos» relata sus experiencias durante los últimos 25 años y da consejos utilísimos que explotan el caudal escondido e inusado que encerramos todos los hombres. En la introducción de ese libro, Lowell Thomas relata la biografía de ese luchador admirable que ha reducido a un mínimo las dificultades de la misma lucha por la vida, de los millares que lo han oído o leído. El libro no ha sido sólo un éxito financiero, pues lleva vendidos más de 150,000 ejemplares, sino que ha ayudado de manera efectiva a alcanzar un buen nombre y una brillante posición económica a la infinidad de individuos que han seguido sus pautas.

El libro, de más de 300 páginas, encierra 39 capítulos de los cuales titula dichosamente al primero: «Si quieres recoger miel, no des un puntapié a la colmena», y en él se refiere especialmente al hecho de que todos estamos inclinados a criti-

car a nuestros vecinos, olvidando que todo el mundo resiente de esas críticas y hace lo posible porque recaigan en el crítico mismo, creando entre ambos un resentimiento que muy a menudo no borra ni la misma muerte. Refiere ejemplos patéticos que han contribuido a cambiar la marcha del mundo; entre ellos el caso de Lee después de la batalla de Gettysburg y la ascensión al poder de Wilson, donde consta que Lincoln escribió una carta de censura para el General que le había hecho perder una batalla decisiva, sólo por no atender una orden; pero donde consta también que esa carta nunca fué enviada a su destinatario. Y se historia el hecho de que Wilson llegó al poder de la gran nación americana en los momentos más decisivos para el mundo, precisamente porque una crítica entre miembros prominentes del partido republicano les había hecho perder su cohesión, dando por consiguiente el triunfo al partido rival.

Tiende todo el capítulo a imprimir en los individuos la sentencia de que es preferible, antes de pretender mejorar a otros, hacer el intento en uno mismo; intento que seguramente es más productivo desde el punto de vista personal y que, con certeza, nunca acarreará enemistades y siempre hará que el individuo mismo explote el rico filón ignorado de sus propias capacidades latentes. Termina el capítulo con

una sabia frase del famoso educador Johnson: «Dios mismo no se propone juzgar al hombre sino hasta el final de sus días». Y pregunta Carnegie: «Por qué habremos nosotros de pretender hacer algo diferente?»

«El gran secreto para tratar a la gente» es el mote del segundo capítulo y se refiere a la técnica única que se debe usar para conseguir que la gente haga lo que a uno se le antoja. No hay ninguna duda que el mote del capítulo es de lo más atractivo y que todos desearíamos poseer ese «ábrete sésamo» que colme nuestras humanas ambiciones. El Profesor Dewey, lo mismo que Freud, dicen que el más profundo deseo de la naturaleza humana es la de aparecer importante. El deseo de ser importante es la vía que mueve todos los actos humanos y al llenar ese deseo, nosotros tendremos a todos los individuos a nuestra plena merced.

Es ya conocido que las necesidades fundamentales de toda vida humana consisten:

- 1o.) En el mantenimiento de la salud y conservación de la vida.
- 2o.) En una buena alimentación
- 3o.) En un sueño reparador.
- 4o.) En dinero y las cosas que el dinero puede comprar.
- 5o.) En un porvenir sonriente.
- 6o.) En la gratificación sexual.
- 7o.) En el bienestar de nuestros hijos, y
- 8o.) En el sentimiento de importancia.

Casi todas estas necesidades son

fáciles de llenar, menos una, por falta de comprensión de su alta urgencia como una necesidad vital. Muchas veces atiborramos a nuestros amigos y vecinos de buena alimentación, les proveemos cómodo sueño, les llenamos del dinero necesario para cumplir sus urgentes y no urgentes deseos, pero no les damos aquello por lo cual ellos se mueren: el sentimiento de considerarlos importantes. Ellos podrán aguantar hambre; podrán dispensar la falta de sueño; llevarán angustiosamente la pesada pobreza sobre sus débiles hombros, pero nunca, nunca, nos perdonarán que no les hayamos dado el más alto nivel de valimiento personal. Muchos individuos, insatisfechos en ese aspecto de su existencia, llegan a encontrar un refugio preciso en los trastornos mentales. Cuántos locos hay que viven en su locura la vida deliciosa que nunca hallaron en la realidad! Y sería muchas veces un crimen sacarlos de su enajenación para hacerlos vivir las realidades que nunca les dieron el sentimiento de importancia que ellos ansiosamente anhelaban. Es este impulso por llegar a ser importantes el que nos hace doblarnos sobre los libros, el que lleva al pintor a abrir más grandes los ojos para ver e interpretar la naturaleza, el que aguza los oídos del músico, el que asegura la mano del escultor y el que mueve al ladrillero a hacer ladrillos de mejor color y forma. Es ese sentimiento de importancia el que nutrió a Cristóbal Colón, a Jorge Washington, a Cecilio del Valle, y es ese mismo sentimiento el que blandió la espada en la mano de Bonaparte. Ha habido hombres que se han hecho merecedores a altas recompensas económicas, no tanto por su saber in-

trínseco, cuanto por su habilidad para manejar a sus empleados. Carlos Schwab, administrador de la manufactura de acero de Andrew Carnegie, confesaba que muchos de sus técnicos sabían más que él de la misma especialidad, y el mismo Carnegie decía que ninguno sabía tanto como Schwab para manejar a sus empleados, siendo esa la razón por la cual le pagaba un millón de dólares al año. Schwab no tenía por ningún secreto su habilidad como patrón y confesaba que esa su gracia sólo consistía en aplaudir el trabajo bien hecho y en alentar a sus hombres para hacerlo mejor. Decía que nunca había criticado a nadie y que siempre estaba ansioso de encontrar más méritos en el trabajo de sus empleados. Siempre que encontraba algo excelente era cordial y sincero en su aprobación y magnánimo en su aplauso. El mismo Schwab declaraba que todavía no había encontrado en este amplio mundo al hombre que no respondiera a esa línea de pensamiento. El mismo Carnegie quiso todavía después de su muerte aplaudir a sus colaboradores y en su piedra sepulcral mandó grabar estas palabras: «Aquí yace quien siempre supo rodearse de hombres más brillantes que él mismo». Rockefeller perdió una vez por mano de uno de sus colaboradores un millón de dólares en un negocio, y no lo criticó; antes bien le envió su sincera felicitación por haber salvado el 60 % del capital invertido. Ziegfeld se convirtió en el Dios de las muchachas americanas porque supo vestirlas y explotar sus gracias haciéndolas aplaudir por un mundo frenético de entusiasmo, levantando así el sentimiento de importancia de gentes que días antes habían ignorado ellas

mismas ser poseedoras de tan ricos tesoros. El elogio sincero es, ha sido y será siempre, un alimento espiritual que llevará a todo el mundo a dar lo mejor de su cosecha. Y entendiéndose bien, no se trata de la adulación barata que pronto asquea y a la cual todo el mundo ya conoce; se trata de la sincera apreciación de las buenas cualidades que en bajo o en alto grado, latentes o visibles, comunes o raras, todos, todos, poseemos. El difunto Jorge V de Inglaterra, entre una serie de máximas, tenía ésta esculpida en su estudio del Palacio de Buckingham: «No me enseñes a proferir ni a recibir un aplauso barato». El consejo es sencillísimo, pero no siempre fácil de seguir y aplicar. Aquellos que son grandes, lo son porque saben elogiar sin enlodarse en la adulación barata. Emerson dijo una vez: «Cualquier hombre es superior a mí en algún aspecto y es allí donde yo aprendo de él». Esas palabras de Emerson deberían grabarse con cincel en nuestros cerebros, junto con aquellas otras de Schwab ya mencionadas: «Sé cordial en tu aprobación y magnánimo en tu aplauso». Recordemos que cualquier subalterno podrá olvidar que le hayamos negado una vez el pan, pero no olvidará nunca que no le dimos una justa apreciación a su trabajo!

Comienza el autor el capítulo tercero contando que a él le encantan las fresas con crema y que le encanta también ir a pescar durante el verano en los fines de semana. Pero dice que nunca se le ha ocurrido ofrecerles a los pescados crema con fresas. Para atraerlos ha creído más lógico y efectivo ofrecerles lo que a los peces mismos mas agrada. Y con

ese objeto siempre se provee de un buen paquete de lombricitas.

Semejante ha sido la técnica que han seguido todos los hombres que en una u otra esfera de su actividad han triunfado en la vida; y es ese tema el que constituye el núcleo del capítulo tercero.

«Si hay un secreto de éxito —decía Henry Ford— este consiste en averiguar lo que otra persona desea y en ver las cosas a través de su punto de vista y de lo que nosotros mismos queremos conseguir de él». Quien pueda seguir ese consejo tendrá todo el mundo en su puño; quien no pueda seguirlo, debe conformarse a ser un viajero solitario. Esto es cierto en todas las esferas de la actividad humana. Consiga que su lechero le dé mejor leche ofreciéndole tomársela de manera regular y a un precio justo. Alquile su casa ofreciendo al inquilino todo el confort que él mismo desea y que puede conseguir con el precio de alquiler. Cuando quiera vender algo despierte únicamente en su cliente la idea de que es él mismo quien saldrá beneficiado con su compra. Permita más: que él sea quien compre y no Ud. quien venda. El Profesor Overstreet daba al respecto un sabio consejo: «Despierte en la otra persona un ansioso deseo para hacer lo que Ud. quiera que él haga». En uno de los tantos cursos de Carnegie, había un estudiante que estaba

profundamente preocupado porque su niño de tres años de edad no quería comer. Amenazas, ruegos y premios habían sido inútiles. Creyó un día que sería preferible aplicar las máximas discutidas en este capítulo y se puso a pensar qué era lo que su niño necesitaba. La solución no estaba lejos y no era difícil. El niño tenía un triciclo que le encantaba montar y con el cual llenaba el andén frente a su casa; pero a un vecinito suyo tampoco le desagradaba el mismo triciclo y siempre que podía sacaba del mismo al dichoso poseedor y con delicia lo montaba. Esto traía como consecuencia lloriqueos, protestas ante la madre y la intervención de ésta para colocar los asuntos en su propio lugar. Allí estaba la clave y el estimulante para el apetito. Se le habló al niño de la posibilidad de que volviéndose más fuerte podría oponerse a los ataques del intruso y mantener sus derechos sobre el disputado vehículo. Se le enseñó que una abundante alimentación resolvería el problema y no hubo más que preocuparse respecto a la dieta. Ejemplos semejantes se podrían citar a montón. Casi todos nosotros caminamos en el mundo sobre ruedas semejantes. Cuando tengamos una idea brillante, en lugar de hacer entender a otros que es nuestra, intentemos hacerles creer que es la propia de ellos y posiblemente aceptarán con agrado nuestra ayuda para hacerlas triunfar.



Pbro. DOCTOR DON JUAN BERTIS

Por el Dr. VICTOR JEREZ

El 25 de agosto de 1899, lleno de méritos y entre las dolientes manifestaciones de la sociedad, falleció, para tristeza inmensa de la patria, este salvadoreño ilustre en quien se reunieron, por modo singular, las prendas más nobles del corazón y las más altas excelencias del espíritu.

Fué varón eximio, de quien se guardan recuerdos imperecederos; de los que entre los suyos se perpetúan por el afecto y entre los extraños alcanzan legítimo renombre y prestigio merecidos.

Admiración y gratitud acompañan a estos seres en el tránsito fugaz de la vida: amor y respeto se consagran a su memoria; sus nombres van con los himnos patrióticos, y ante sus tumbas derrama lágrimas el sentimiento de los pueblos.

Labor que dejó hondo surco fué la del Padre Bertis; y en los centros en donde se trabaja por el porvenir de los pueblos, se le llamó Maestro, es decir, sembrador de ideales.

Su poderoso talento hacía que el concepto brillante y la idea nueva, al pasar por su cerebro, tomaran individualidad propia en el juicio concienzudo, en el estudio docto, en la conversación amenísima y en la anécdota espiritual.

Abarcaba extensos conocimientos sobre varias materias: objeto de su estudio eran los más áridos problemas filosóficos y de ellos pasaba a

los elevados principios de las ciencias exactas, a las investigaciones de la naturaleza, a las disquisiciones históricas, para reposar después en el amable trato de las letras.

De su pluma salía el párrafo sabio, ya en latín elegante y armonioso, ya con las áureas y regias vestiduras de los buenos tiempos del habla castellana.

Temas de sus escritos fueron los discursos de Cicerón, las arengas de Demóstenes, los sermones de Masillon y Burdaloue, las oraciones de Bossuet, las páginas, sorprendentes por lo suaves y encantadoras, del admirable Arzobispo de Cambray.

Así también estudiaba las obras de los Basilio y los Gregorios; de los Agustines y los Tomases, como se deleitaba con la prosa de Rivadeneira; y leía a Milton, comentaba a Tasso, admiraba a Racine, traducía a Molière y encontraba fuente de inspiración en la dulzura de los divinos Luises.

Por su saber parecía venir de la Academia o del Liceo, y por la majestad de su estilo hacía pensar en el siglo de oro de las letras romanas.

En su indagación espiritual juzgaba con alto criterio las cuestiones científicas, como sabía mucho de los hermosos principios del arte.

Siempre trató de ocultar su intelectualidad, tan abundante, y su vas-

to saber; su modestia rechazaba todo elogio, y por ahí circulan muchos trabajos suyos bajo nombres desconocidos.

Como patriota, el padre Bertis estaba al lado de los mejores; suyas eran las tristezas, como suyas eran las alegrías de la patria; y en más de una ocasión su palabra, tesoro de fe, se hizo oír en los días luctuosos de la república.

Las enseñanzas del patriotismo las recibió como gratas tradiciones de familia. En las tranquilas y apacibles veladas de su hogar le habló de la Patria su querido padre, el Coronel Felipe Bertis, veterano de los ejércitos del Libertador, soldado de aquellos viejos tiempos, cuando Bolívar, en reñido batallar, hizo su magnífica odisea desde los vergeles de Colombia hasta los campos iluminados por el sol de los incas, y dejó su famoso delirio a la ardiente literatura tropical.

Los méritos del sabio y del patriota, aparecen con mayor brillo al recuerdo de sus virtudes: su alma serena como mañana de primavera, tranquila como el atardecer de un día otoñal, se encendía en llamas de caridad en presencia del dolor ajeno; ponía bálsamo de misericordia en las heridas más profundas y brindaba consuelos en la hora amarga de los sufrimientos.

Sólo buscaba a los poderosos para pedir por los débiles; y las necesidades de los pobres lo vieron llegar con las manos cargadas de ofrendas y la palabra llena de esperanzas.

Vivía en atmósfera de bondades; y como en el coro de Sófocles los altos sentimientos se juntaban con su venerable sabiduría para mantener las obras de la virtud.

A todo se daba porque no com-

prendía la vida impulsada por el egoísmo; y sus sacrificios en favor de las gentes, quedaban en delicioso misterio, sublimados por el silencio.

Hay unos que en la lucha de la vida sólo buscan lo que les sirve; mientras otros tratan de averiguar para qué sirven ellos; y como el padre Juan Bertis era de éstos se prestaba siempre para hacer el bien.

Ni la lluvia, ni la noche, ni las distancias, ni las contrariedades lo detuvieron; jamás lo hicieron retroceder el peligro ni las amenazas; iba directamente a su fin con la sonrisa en los labios, la tranquilidad en la frente y su ingénita bondad en el alma.

Conocedor de los hombres sabía dirigirlos sin violencia: su misión era de paz y su ministerio de caridad.

Cuando en trances difíciles se acudía a él, bajo los impulsos del cariño y con exquisitas delicadezas de corazón, encontraba presto la solución acertada y el consejo eficaz.

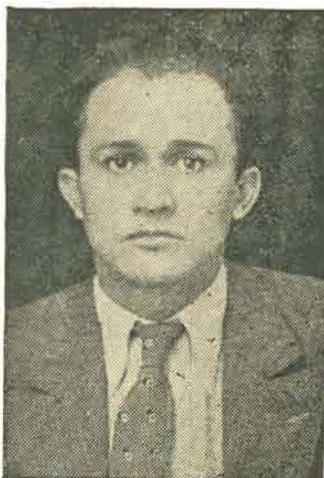
Fué luz de vivísimo fulgor que disipaba sombras de pesar y mostraba caminos de felicidad.

Estudiar la vida y referir las acciones de estos hombres beneméritos, en quienes se aunaron sencillez y pureza, energía y virtud, corresponde al historiador docto; a los demás toca tributarles respetuoso culto.

Por eso hoy, que justicia y admiración, con flores de gratitud, tejen una corona para colocarla en la tumba del Maestro, sean estas líneas a modo de un puñado de hojas. Sirven las hojas en las coronas para llevar el peso de las flores.

(De «San Salvador y sus Hombres»).

RUMBO A COLOMBIA



Profesor Don Celestino Castro

El profesor don Celestino Castro, Miembro Activo del ATENEO DE EL SALVADOR —hasta el día de su viaje—, embarcó en los primeros días del mes de agosto rumbo a Colombia.

Demasiado conocida es por aquí la preparación y competencia del estimable viajero, quien cerca de la Subsecretaría de Instrucción Pública desempeñara cargos de responsabilidad, como fuera la jefatura de la Sección de Secundaria y Comercio. Ultimamente era subdirector de la Escuela Normal de Varones. En todos estos cargos trabajó responsabilizándose; buscó siempre llevar nuevas enseñanzas en el aula, vivificó savia educacional y por sendas de

superación llevaba a los que bajo su cuidado estuvieran.

En el ATENEO DE EL SALVADOR, desde su incorporación en enero de 1940, dió intelectualmente su valiosa cooperación. Fué activa y operatoria su actuación de acuerdo con lo que este instituto de cultura mantiene latente en sus funciones.

Lleva él una credencial del ATENEO, en que consta lo que es la personalidad de Castro, quien, como ya lo dijéramos en su oportunidad, egresado de la Universidad de Chile, ha sabido responder en todo momento al llamado de la cultura.

Pasa ahora a ser Miembro Correspondiente, por su permanencia fuera de San Salvador.

Actividades de Cultura en El Salvador

EL ATENEO DE EL SALVADOR ha mantenido el tono de cultura proyectándola en diferentes aspectos. Los impulsos dados el año próximo pasado, fueron provechosos y, no obstante dificultades momentáneas, se ha seguido laborando con entusiasmo.

El 15 de mayo, el doctor Eduardo Salazar Gómez, Representante del Ecuador en los países de Centroamérica y miembro de la Comisión interamericana de economía en Washington, sustentó una conferencia de carácter económico, auspiciada por el Ateneo de El Salvador y que atrajo numerosos espectadores en el paraninfo de la Universidad Nacional.

Se congregó lo más saliente de la intelectualidad salvadoreña y extranjera residente. El doctor Salazar Gómez puso la nota atinada, clara y verdadera, englobando aspectos del momento que vive el continente americano con relación a los sucesos de Europa. Supo, con palabra fácil y convincente, presentar el cuadro económico-político del momento y estuvo feliz en la disertación.

Hizo la presentación del conferenciante, el Miembro Activo del Ateneo don Braulio Pérez Marchant.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA EN LA NORMAL DE MAESTRAS «ESPAÑA». — Desde en febrero del año en curso, el señor Presidente de la República, general Maximiliano Hernández Martínez, se impuso la obliga-

ción de asistir a la Normal de Maestras «España» tres veces por semana para dar clases acerca de filosofía espiritualista.

Los miércoles, jueves y viernes de cada semana, el Primer Magistrado de la nación —que es también Miembro Activo del Ateneo y Honorario por el alto cargo que desempeña— llega de las diecinueve horas y treinta minutos a las veintiuna y media horas, a exponer principios y a agilizar la mente de los que concurren a tales clases que da a modo de pláticas. Profesores de varias escuelas y algunos particulares, lo mismo que alumnos, asisten a estas clases con que el Presidente de la República está contribuyendo a despertar en el conocimiento de los que escuchan su palabra, la función que tiene el espíritu en la existencia, los atributos de la mente, de la emoción y de la voluntad en el hombre. Ha entrado él a fundamentar ideas claras acerca de la misión del hombre sobre la tierra en la búsqueda del camino propio por medio de la comprensión, para hallar la Conciencia, o sea el conocimiento perfecto de las cosas que escapan al intelecto.

Con estas pláticas, se van esclareciendo conceptos acerca de muchos aspectos de la razón humana en su actuación en esta vida. De esta manera, la contribución es eficaz y el provecho no sólo será beneficioso para quienes asisten a estas pláticas, sino que a los que les enseñen estas personas que concurren cada semana a la Normal de Maestras «España»

a escuchar la palabra del general Maximiliano Hernández Martínez.

Dos veces por mes, los Miembros Activos del ATENEO DE EL SALVADOR ocupan la radiodifusora nacional. Una hora en la que se da a conocer diversa forma del pensamiento actual, y la cual hora una orquesta que dirige el profesor López Navarro, hace más amena.

EL INSTITUTO ECHEVERZ, cada quince días mantiene la atención de asistentes a conferencias para que invita previamente.

Es una labor paciente la de este instituto. Concurren a esas conferencias en las que también se da el tono artístico, piano y canto, no sólo profesionales e intelectuales, sino que también elementos adictos a la cultura. Es mantenida esta actividad por las exalumnas de este establecimiento educacional, de donde han salido señoritas competentes que no sólo desempeñan roles importantes en casas comerciales, sino que también se dedican a servicios humanitarios, como es la atención de niños en consultorios médicos, a laborar en provecho de la sociedad, etc.

Estas conferencias quincenales en el Echeverz han sido y son sustentadas por elementos diferentes que van a sentar principios de cultura, científica, literaria, artística, filosófica.

De esta manera se responsabiliza el establecimiento docente dicho y coopera con eficiencia.

EN LA NORMAL DE MAESTRAS se congregaron por varias semanas, elementos de toda clase, al rededor de la figura universitaria del doctor Humberto Díaz Casanueva, informador eficiente de métodos acerca de psicología infantil, distinguido catedrático de las nuevas tendencias —complejas por cierto— de la didáctica que abarca extenso radio en la vida actual, y tantos que ahora pareciera que todo se estuviera sometiendo al marco pedagógico.

El doctor Casanueva en cinco noches que fueron bien escuchadas por personas ávidas de estos conocimientos, expuso tales tendencias, ejemplarizando, razonando, llevando al auditorio un sinnúmero de comparandos que hacían de las pláticas momentos amenos de sumo interés para quienes se dedican acuciosamente a estas cuestiones tan relacionadas ya y tan entradas en el movimiento de la existencia actual, en una actualidad de investigación, de insatisfacción y de complicaciones.

Al rededor de la joven figura del doctor Casanueva, Encargado de la Legación de Chile, ha estado una simpatía franca por sus proyecciones de cultura.

Ha tenido tiempo él, con voluntad y amor, para aportar conocimiento acerca de estos asuntos, que no hay duda vienen a satisfacer ansias científicas para ir fijando puntos en la trayectoria de la cultura; esta cultura tras de la que van los hombres de América buscando el centro en que debe actuar el hombre en un ambiente americano, con sus problemas, actitudes, situaciones, posiciones, identificaciones.

Muy bien.

LA HORA DE CULTURA DOMINICAL, es mantenida por el profesor don Adolfo de J. Márquez desde los estudios de la Radiodifusora YSP, La Voz de Cuscatlán.

De las 18 a las 19 horas está él ahí informando de lo que hay en arte poético, pictórico, musical. Lleva enseñanzas a los niños desde la ilusión, de un cuento y lleva a los hombres la razón que salió por el pensamiento de otro hombre o por su propio pensamiento.

Esta labor es de verdadero amor por la cultura. Este esfuerzo es estimulado con la moneda del aplauso y de las felicitaciones; siendo para el profesor Márquez ganancia efectiva su satisfacción por lo que divulga desde su torre dominical y que siempre es bien escuchado.

A través de su buena voluntad, han desfilado poetas de los diferentes países del continente americano. A tono con la vibración actual y a pesar de las inquietudes que motivan las noticias bélicas, se está pensando en la cultura y se sigue adelante, siendo el profesor Márquez un buen divulgador de literatura general.

EL GRUPO AMERICA, Institución internacional de ideales americanistas, sección de El Salvador, pacientemente labora. Responsabilizándose con la hora actual, desarrolla sus actividades sin algarazas. Ha hecho labor benéfica y el grupo que compone esta entidad quisiera hacer más de lo que hasta aquí ha hecho. Optimista, asienta sus razones en la fraternidad que es sostén de todo buen entendimiento. Después de

su actuación desde una de las estaciones radiodifusoras, expuso sus principios en un llamamiento que circuló profusamente en América. Prepara un nuevo plan de trabajo que habrá de ser desarrollado con la mejor buena voluntad.

Un cuerpo consultivo, un consejo superior y Miembros activos componen esta entidad de la que es Director-Presidente don Juan Felipe Toruño.

LA HORA INFANTIL es mantenida por el Ministerio de Gobernación. Cada sábado, de las 19 y media a las 20 y media horas, desde los estudios de la Radiodifusora de la YSS, Alma Cuscatleca, se escuchan este delicioso paréntesis instructivo recreativo para niños. Está a cargo tal hora de doña Antonia Portiilo de Galindo, Directora de la Escuela Anexa de Aplicación, Profesora comprensiva y minuciosa en esto de saber escoger el material que ha de servir en aquella hora, es ella. Cantos infantiles, juguetes de comicidad, cuentos, diálogos, adivinanzas, todo un ejercicio de importancia y toda una deliciosa charla de la que están pendientes no sólo niños, sino que adultos.

LA SOCIEDAD DE EMPLEADOS DE AHUACHAPAN ha venido sosteniendo una serie de conferencias mensuales, desde hace varios años. Ha atraído pensadores, poetas, profesionales, filósofos, educadores, hombres de Gabinetes de Gobierno, en fin... Han desfilado por la Sociedad de Empleados de Ahuachapán diferentes fisonomías mentales y distintas categorías. José Vas-

concelos dejó oír allí su voz, lo mismo que la Mistral, Santiago Argüello y otros más que por el mundo han viajado en siembra de conocimiento para que alguna vez florezca la comprensión.

Uno de los que ha alentado estas actitudes, ha sido el poeta y periodista don Agenor Argüello, Miembro Correspondiente del ATENEO DE EL SALVADOR.

En estas actuaciones ha vibrado el pensamiento en todos sus aspectos, de tal manera, que se le ha llamado a esta Sociedad de Empleados de Ahuachapán—cabecera del departamento del mismo nombre, fronterizo con Guatemala—Agora del pensamiento salvadoreño.

ASOCIACION CULTURAL DE OCCIDENTE. Tendrá apenas un año de haberse fundado esta entidad. Con entusiasmo y con amor, con decisión y seguridad, se han confundido en ella pensamientos juveniles y pensamientos maduros. Allí se trabaja. No se ha establecido esas categorías que tanto perjudican a los mismos anhelos de evolución. Ni tampoco se han hecho catalogaciones. A laborar se dijo y cada uno fue aportando lo que podía en

afán de servir. Más que todo, es una asociación para que lo humano se aprecie en todo su valer. Para que con lo humano y por lo humano, se siga una trayectoria de eficacias activas. Y así se labora allí, sin descanso y con empeño.

EL CUARTO DE HORA DE LYDIA VALIENTE DE MATA. Se ha impuesto esta esforzada mujer difundir otro aspecto de cultura. Ocupa el radio teatro de la YSP, La Voz de Cuscatlán, todos los martes, en lo que ella ha denominado su «Cuarto de Hora Espiritual». En ese tiempo, su charla es de mujer femenina que conoce el medio en que actúa y va dirigida a los padres de familia y a la sociedad, intercalando en ello, poesías de la lírica femenina, selección que ella hace, puesto que es una de las poetisas de relieve sentimental que tiene El Salvador y que aprisionando sus motivos de modo firme, los da en bellas estrofas, vividas y saturadas de realidad.

Con esta divulgación, Lydia Valiente de Mata está contribuyendo en las agitaciones actuales del pensamiento cuscatleco, que busca cómo vibrar por los diferentes ámbitos de la cultura actual.



RETROSPECTIVAMENTE

Por tí paisaje encontrado
en un camino cualquiera.
¿Era otoño o primavera?
Por tí paisaje admirado!

Por tí mujer: inolado
amor en la placentera
hora de la dicha entera.
¡Amor que fuera olvidado!

Por tí gloria, gloria mía!
Gloria que ya no porfía
sobre de mi corazón.

Os recuerdo, cosas bellas.
Mis paraísos de estrellas!
Todo y nada en mi ilusión!

ISRAEL PANIAGUA PRADO
(Nicaragüense)

LEON, Y EN 1941